

**ESTUDIO CORRELACIONAL ENTRE EL GÉNERO, FUNCIONAMIENTO FAMILIAR,
NIVEL SOCIOECONÓMICO Y LA VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO DE
ADOLESCENTES CON EDADES COMPRENDIDAS ENTRE LOS 14 Y 17 AÑOS**

Proyecto de Investigación presentado por:

Karen A. ARIZA MENDOZA

Y

Johanna S. CARBALLO ARRIETA

Profesora Guía:

Mary SANCHEZ RAMOS

Caracas, Septiembre de 2017

**ESTUDIO CORRELACIONAL ENTRE EL GÉNERO, FUNCIONAMIENTO FAMILIAR,
NIVEL SOCIOECONÓMICO Y LA VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO DE
ADOLESCENTES CON EDADES COMPRENDIDAS ENTRE LOS 14 Y 17 AÑOS**

Trabajo de Investigación presentado por:

Karen A. ARIZA MENDOZA

Y

Johanna S. CARBALLO ARRIETA

a la

Escuela de Psicología

Como un requisito parcial para obtener el título de

Licenciado en Psicología

Profesora Guía:

Mary SANCHEZ RAMOS

Caracas, Septiembre de 2017

Le dedico este logro principalmente a Dios, quien me mantiene de pie, en cada circunstancia. A mis padres y hermanos, porque desde siempre han sido mi empuje. A mi amado prometido, por ser ejemplo, apoyo e inspiración, sin su hombro y amor estos últimos años no hubiesen sido color, Y a mí, por mi constancia y firmeza en pro de mis sueños.
“La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma y canta la melodía sin palabras, que nunca cesa” (Emily Dickinson)

Karen Ariza Mendoza

Quisiera dedicar este proyecto a todas las personas que directa e indirectamente me han ofrecido su apoyo y colaboración. A Dios, por poner a esas personas en mi camino. Y a mi tía Yandoreni porque siempre la llevo en mi memoria, por haberme dado su amor y acompañamiento.
“Cuando la vida te golpea y caes, no te rindas. Siempre sigue pelean no importa que” (Jared Padalecki)

Johanna Carballo Arrieta

AGRADECIMIENTOS

A mis seres amados, quienes siempre han estado para mí cuando los he necesitado, algo que alivió mucho la carga en este recorrido.

A la profesora Mary Sánchez, por aventurarse con nosotras en esta investigación, por ser excelente guía y brindarnos su apoyo en todo el año, para poder lograr con éxito esta meta, y sobre todo por permitirnos el enamorarnos más de este tema, siempre con el objeto último, de que llegue a manos de otro y así ayudar a una vida.

Al personal directivo y docente de los colegios; U.E.N Alonso Andrea de Ledesma, U.E.N.B Miguel Otero Silva, Escuela Técnica Popular (E.T.P) María Auxiliadora, U.E Colegio Plaza, U.E Nuestra Señora del Carmen, y U.E Colegio Las Acacias, por abrirnos las puertas sin inconvenientes y prestarnos toda su colaboración para recopilar la muestra de nuestro trabajo de investigación. A los adolescentes encuestados, por brindarnos un poco de su tiempo, y compartir con sinceridad datos de su vida personal, sin ustedes no hubiésemos podido lograr esta meta.

A la escuela de psicología, sus profesores y personal administrativo, porque a lo largo de todo este proceso y, en especial este último año que ha sido bastante conflictivo para todos los venezolanos, han brindado flexibilidad y apoyo al estudiantado en tanto estaba a su alcance.

Y, por último y no menos importante a mi compañera de tesis y amiga, con quien tuve el privilegio de cursar toda la carrera, gracias por permitirme contar contigo, siempre cuando sentía que la carga académica me tumbaba, gracias por emprender conmigo este viaje y por levantar juntas y de la nada esta investigación, gracias por correr a mi lado y lograrlo al final exitosamente. A todos gracias totales.

Karen Ariza Mendoza

AGRADECIMIENTOS

Quería agradecerle principalmente a Dios, por esta oportunidad, por escucharme, enseñarme el sendero, acompañarme en el proceso dándome consuelo durante los momentos de pena y celebrando conmigo en mis victorias.

A Daniela Corao, por ser mi guía, enseñarme mis fortalezas y acompañarme en el proceso de autoconocimiento.

A mis padres, mis abuelas y mi primo que es como un hermano; por creer en mí y tener fe cuando yo no la tenía.

A la profesora Mary Sánchez, por enseñarnos que la tesis es algo más que un simple trabajo final y que es nuestra carta de presentación para el mundo laboral. A los profesores de la Escuela de psicología, por enseñarnos que con mucho esfuerzo se pueden alcanzar las metas que nos proponemos y a creer en nuestras potencialidades.

Al personal directivo y docente de los colegios: U.E.N Alonso Andrea de Ledesma, U.E.N.B Miguel Otero Silva, Escuela Técnica Popular (E.T.P) María Auxiliadora, U.E Colegio Plaza, U.E Nuestra Señora del Carmen, y U.E Colegio Las Acacias que nos ofrecieron la oportunidad de realizar nuestro proyecto en su institución.

A mi compañera de tesis Karen Ariza, por acompañarme en esta travesía de estudiar Psicología, por darme su apoyo, paciencia, amistad y por enseñarme a trabajar en equipo.

Y por último, quisiera agradecerme a mí misma por haber llegado hasta aquí, por haberme dado la oportunidad de creer que esta era la decisión correcta, asumir los retos de esta aventura y sobre todo de siempre sacar las fuerzas para continuar cuando parecía que ya no podía más, para dar el máximo esfuerzo hasta el final.

Johanna Carballo Arrieta

INDICE GENERAL

	Pág
PORTADA	i
DEDICATORIAS	ii
AGRADECIMIENTOS	iii
ÍNDICE GENERAL	v
ÍNDICE DE TABLAS	vii
ÍNDICE DE GRÁFICAS	x
RESÚMEN	xiii
I.INTRODUCCIÓN	1
II. MARCO TEÓRICO	5
Adolescencia	5
El Noviazgo	11
La violencia y sus dimensiones	14
Violencia en el noviazgo y la adolescencia	22
Género	29
Funcionamiento familiar	33
Nivel socioeconómico	39
Hallazgos empíricos sobre la violencia en el noviazgo y posibles variables asociadas	42
III. MÉTODO	73

Problema de investigación	73
Hipótesis	73
Definición de variables	74
Tipo y Diseño de Investigación	76
Población y Diseño Muestral	78
Instrumentos	80
Encuesta sociodemográfica y de datos relacionales.	
Escala de Nivel socioeconómico Graffar (1986).	81
La Escala APGAR (1978)	83
Inventario de Conflictos en el Noviazgo Adolescente (CADRI) (2001)	85
Procedimiento	89
IV. ANÁLISIS DE RESULTADOS	92
V. DISCUSIÓN DE RESULTADOS	144
VI. CONCLUSIONES	154
VII. LIMITACIONES Y RECOMENDACIONES	158
VIII. REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS	162
ANEXOS	176

ÍNDICE DE TABLAS

	Pág
Tabla 1. Descriptivos de variables demográficas	94
Tabla 2. Descriptivos de las variables de estudio	103
Tabla 3. Correlación entre género y violencia cometida o sufrida	124
Tabla 4. Correlación entre género y violencia sexual cometida o sufrida.	126
Tabla 5. Correlación entre género y violencia psicológica cometida o sufrida	127
Tabla 6. Correlación entre género y violencia física cometida o sufrida.	128
Tabla 7. Correlación entre nivel socioeconómico y violencia cometida o sufrida	129
Tabla 8. Correlación entre funcionamiento familiar y violencia cometida o sufrida.	130
Tabla 9. Correlación entre funcionamiento familiar y violencia psicológica cometida y sufrida	132
Tabla 10. Correlación entre funcionamiento familiar y violencia física cometida o sufrida.	133
Tabla 11. Correlación entre funcionamiento familiar y	

violencia sexual cometida o sufrida	134
Tabla 12. Contraste Mann-Whitney para tipo de colegio y violencia cometida	135
Tabla 13. Rangos promedios para tipo de colegio y violencia cometida.	136
Tabla 14. Contraste Mann-Whitney para tipo de colegio y violencia sufrida	137
Tabla 15. Rangos promedios para tipo de colegio y violencia sufrida.	137
Tabla 16. Contraste Mann-Whitney para género y violencia cometida	138
Tabla 17. Contraste Mann-Whitney para género y violencia sufrida	138
Tabla 18. Contraste Mann-Whitney para género y violencia sexual sufrida	139
Tabla 19. Contraste Mann-Whitney para género y violencia psicológica sufrida	139
Tabla 20. Contraste Mann-Whitney para género y violencia física sufrida	140
Tabla 21. Contraste Mann-Whitney para género y violencia	

psicológica cometida	141
Tabla 22. Rangos promedios para género y violencia	
psicológica cometida	141
Tabla 23. Contraste Mann-Whitney para género y violencia	
sexual cometida	142
Tabla 24. Rangos promedios para género y violencia sexual	
Cometida	142
Tabla 25. Contraste Mann-Whitney para género y violencia	
física cometida	143
Tabla 26. Rangos promedios para género y violencia física	
cometida	143

ÍNDICE DE GRÁFICAS

	Pág.
Gráfica 1. Distribución de la muestra por edad	95
Gráfica 2. Distribución de la muestra por género	96
Gráfica 3. Distribución de la muestra por tipo de colegio	97
Gráfica 4. Distribución de la muestra por nombre del colegio	98
Gráfica 5. Distribución de la muestra por Nivel de escolaridad	99
Gráfica 6. Distribución de la muestra por experiencia en el noviazgo.	100
Gráfica 7. Distribución de la muestra por tiempo en la relación	101
Gráfica 8. Distribución de la muestra por estado civil de los padres	102
Gráfica 9. Distribución de la muestra por convivencia con figuras parentales	103
Gráfica 10. Histograma de la variable nivel socioeconómico	104
Gráfica 11. Distribución de la muestra por niveles socioeconómico	105
Gráfica 12. Histograma de la variable funcionamiento familiar	106
Gráfica 13. Distribución de la muestra por niveles de funcionamiento familiar	107
Gráfica 14. Histograma de la variable violencia cometida	108
Gráfica 15. Distribución de la muestra por niveles de violencia	

cometida	109
Gráfica 16. Distribución de la muestra por niveles de violencia sexual cometida	110
Gráfica 17. Distribución de la muestra por niveles de violencia física cometida	111
Gráfica 18. Distribución de la muestra por niveles violencia de psicológica cometida	112
Gráfica 19. Histograma de la variable violencia sufrida	113
Gráfica 20. Distribución de la muestra por niveles de violencia sufrida	114
Gráfica 21. Distribución de la muestra por niveles de violencia sexual sufrida	115
Gráfica 22. Distribución de la muestra por niveles de violencia psicológica sufrida	116
Gráfica 23. Distribución de la muestra por niveles de violencia física sufrida	117
Gráfica 24. Q-Q normal de violencia sufrida	119
Gráfica 25. Q-Q normal de violencia cometida	120
Gráfica 26. Q-Q normal de funcionamiento familiar	121
Gráfica 27. Q-Q normal de género	122

Resumen

El principal objetivo de la presente investigación, consistió en determinar cómo se relaciona el género, el funcionamiento familiar, el nivel socioeconómico y la violencia durante el noviazgo en adolescentes. Para ello se realizó una investigación de tipo no experimental ex post facto y de campo, con un diseño no experimental correlacional causal. Al mismo tiempo, se empleó una muestra total de 416 estudiantes (247 mujeres y 169 hombres) con edades comprendidas, entre los 14 y 17 años, provenientes de seis colegios ubicados en la Gran Caracas; donde el 44% de los alumnos estudiaban en instituciones públicas; mientras que el 56% de alumnos restantes estudiaban en instituciones privadas.

Dichos estudiantes se encontraban cursando tercer año de educación básica y cuarto y quinto año de educación media y diversificada. De igual modo, la mayoría de los encuestados reportó tener una relación de noviazgo actualmente la cual tiene una duración mayor a los seis meses. Además, se observó un predominio de adolescentes que proceden de una estructura familiar reconstruida, donde conviven con su padre o madre y la actual pareja. Por último, en cuanto al nivel socioeconómico, los jóvenes encuestados se ubicaron mayormente en el estrato socioeconómico medio-alto.

En cuanto a los hallazgos más relevantes del estudio, se evidenció la asociación entre las variables funcionamiento familiar, género y la violencia en el noviazgo. Sin embargo, no se encontró correlación entre el nivel socioeconómico y la violencia sufrida o cometida en el noviazgo adolescente.

Palabras claves: Violencia, Adolescencia y Nivel socioeconómico.

I. INTRODUCCIÓN

El ser humano es una especie que necesita estar en contacto con sus semejantes para sobrevivir, adaptarse al entorno, disfrutar de la compañía de otros y enriquecerse del intercambio de experiencias. Esta interacción es regulada por un código de lenguaje verbal, no verbal y de normas de conductas que son aprendidas por el sujeto durante su niñez en el seno familiar, replicada en los diversos contextos donde se desenvuelve (Papalia, Wendkos, & Duskin-Felman, 2009).

Pese a ello, durante el proceso de interacción, pueden surgir situaciones conflictivas, en las cuales no son capaces de emplear estrategias eficaces para su resolución, sino que recurren a la ejecución de conductas violentas, dominantes, controladora o de posesividad sobre el otro (Rubio-Garay, Carrasco, Amor y López-González, 2015). La violencia en el noviazgo se ha convertido en un problema de salud pública de interés mundial por su impacto a nivel físico y psicológico en adolescentes y adultos jóvenes. Entre las dificultades con las que se ha relacionado se encuentran el bajo rendimiento académico, problemas en las relaciones sociales y escolares, embarazos no deseados, abuso de sustancias psicoactivas y alcohol, estrategias de control de peso poco saludables, comportamientos sexuales de riesgo y riesgo suicida. Los estudios realizados en colegios y universidades han reportado prevalencias entre el 21% y el 80% de jóvenes que informaron haber sido víctima de algún tipo de violencia por parte de su pareja y del 22% al 60% de jóvenes que comunicaron haber utilizado algún tipo de violencia en contra de ésta.

El presente estudio está vinculado con la Psicología familiar, División 43, definida por el APA (2010) como la especialidad en la psicología profesional que se centra en las emociones, los pensamientos

y el comportamiento de los individuos, las parejas y las familias en las relaciones y en el entorno más amplio en el que funcionan. Al estar enmarcada dentro de la teoría sistémica, consideran que la dinámica familiar desempeña un papel vital en el funcionamiento psicológico de los miembros de la familia, por lo cual también se toma en cuenta los contextos donde se desarrolla el individuo, y las repercusiones de este en los diversos entornos.

En este sentido, existiendo una influencia bidireccional en el sujeto y su entorno y, con el actual crecimiento considerable y naturalización de la violencia en general, el maltrato en el noviazgo, especialmente en adolescentes, es aún más difícil de detectar, debido a la etapa evolutiva en la que están transitando, lo que ocasiona que en muchos casos sea imperceptible, aún más cuando tienden a confundirlo con demostraciones de celos o afecto y porque su aparición suele ser más sutil; llegando incluso a normalizarse (Fernández-Fuertes, Fuertes y Pulido, 2005).

Hechas las consideraciones anteriores, es necesario indagar a mayor profundidad sobre este tema en este grupo etario, ya que puede comprometer la salud y la integridad del individuo; sobre todo por los múltiples cambios físicos, psicológicos y sociales por los que deben transitar, llevándolos a ser percibidos como una población vulnerable, a la que es necesario resguardar tanto su integridad física, psíquica como moral (art.32 de la LOPNA). A razón de ello, diversas investigaciones se han realizado con la finalidad de evaluar la violencia en el noviazgo de adolescentes y los factores que la causan.

En este sentido, Rubio-Garay, Carrasco, Amor y López-Gonzales (2015) realizaron un estudio meta-analítico diferenciando las variables que se relacionan con este fenómeno en varias categorías a saber:

a)facilitadoras, b)moderadoras, c)protectoras y d)inconsistentes; siendo las tres primeras las que han sido consideradas como ampliamente estudiadas y de las que se ha confirmado su impacto (Bosch y Ferrer, (2003); Rojas-Solís, Carpintero, (2011) por mencionar algunos). Sin embargo, la última categoría, han sido poco estudiada y ha dado como resultado evidencias poco consistente; haciendo difícil determinar qué efecto pueden tener sobre la violencia en el noviazgo; algunas de estas variables inconsistentes son; el nivel socioeconómico, el funcionamiento familiar y el género.

Considerando lo anteriormente expuesto, la presente investigación tiene por objetivo principal, determinar la correlación existente entre dichas variables poco consistentes; específicamente entre el género, funcionamiento familiar, nivel socioeconómico, y la violencia en el noviazgo de adolescentes con edades comprendidas entre los 14 y 17 años, pertenecientes a instituciones del ciclo medio y diversificado, ubicadas en la Gran Caracas. A su vez, este estudio pretende abrir nuevos espacios de conocimiento donde se puedan generar líneas de investigación novedosas, con resultados interesantes y enriquecedores, pues ampliará el espectro de variables que pueden o no incidir en la aparición del fenómeno en esta población particular.

En la realización de esta investigación, se cuidará en todo momento el cumplimiento de las consideraciones éticas profesionales, ya que existirá siempre un compromiso de parte de las investigadoras a orientar sus acciones hacia el respeto por los individuos participantes en la investigación, acorde a lo señalado en el artículo 2.3 del código deontológico de investigación de la práctica de la investigación en Psicología. En ese sentido, se asegurará la dignidad y buenas condiciones durante la participación, así como la privacidad,

confidencialidad de las informaciones personales, y el bienestar general del individuo; asumiendo siempre la responsabilidad sobre sus actos en la conducción de la siguiente investigación según lo señalado en el artículo 2.2 del Código Deontológico de Investigación de la Práctica de la Investigación en Psicología (UCAB, 2002). En este sentido las investigadoras mostrarán estricto apego a los principios deontológicos referentes a los participantes como sujetos de investigación, a saber: consentimiento informado, privacidad de la información, tratamiento de los participantes (Art. 4.1, 4.2 y 4.3). Asimismo, las investigadoras garantizan que el análisis de los datos y resultados se ajustará a las características de la información obtenida de acuerdo con los estándares metodológicos y teóricos del estudio.

Por último, se hace necesario mencionar que el presente trabajo de investigación se encuentra compuesto por diversos capítulos, en primer lugar por el Marco Teórico (capítulo II), en el cual se conceptualizan las diferentes variables relevantes para el presente estudio, así como también se citan los diversos trabajos empíricos que le dan sustento a las asociaciones de los fenómenos estudiados. Seguidamente, el Método (capítulo III) el cual describe el problema de investigación, hipótesis, definición de variables, tipo y diseño de investigación, población y diseño muestral, e instrumentos, y por último se presentan capítulos destinados a; Análisis de Resultados (capítulo IV), Discusión (capítulo V), Conclusiones (capítulo VI), Limitaciones y Recomendaciones (capítulo VII), Referencias Bibliográficas y Anexos.

II. Marco Teórico

Adolescencia

La adolescencia es una etapa de transición, que implica una serie de cambios de índole biológico, psicológico y social adoptando múltiples manifestaciones en función del escenario cultural en el que se desenvuelve el individuo, dicha etapa oscila entre los 10 y 19 años. Según la teoría del desarrollo psicosocial de Erikson, la adolescencia no es necesariamente un “malestar evolutivo” sino que es un proceso saludable, que se relaciona con los logros alcanzados en las etapas anteriores y que serán la base para los desafíos futuros (Papalia, Wendkos, & Duskin-Felman, 2009).

En efecto, esta etapa intermedia entre la infancia a la adultez incluyen cambios en la esfera cognitiva, emocional y psicológica, que contribuye a un desarrollo armónico de la identidad e implica la aceptación del rol de la masculinidad, en el caso de los hombres y feminidad en el caso de las mujeres, lo cual estará mediado por una serie de condiciones socioculturales propias de su entorno y la conceptualización de lo que implica ser hombre y mujer (López-Gómez; citado en Di Doménico 2012).

Asimismo, conlleva a un proceso de madurez sexual, de acuerdo hallazgos de algunas investigaciones médicas se establece como edad de inicio de la adolescencia los 10 años y culminación entre los 19 o 20 años (Papalia, Wendkos, & Duskin-Felman, 2009). Por su parte, la OMS plantea que la maduración sexual se encuentra enmarcada por determinantes biológicos universales (menarquia, espermarquia) la duración y las características propias de éste, varía de

acuerdo a características individuales, la cultura y el contexto socioeconómico.

Al respecto Morales (2005) afirma que la sexualidad del adolescente puede verse influenciada por aspectos psicológicos y sociales, que permite delimitarla en tres etapas que se detallan a continuación:

- a) Pre-adolescencia: que abarca desde los 10 hasta los 13 años y señala el inicio de la maduración sexual, una acentuada curiosidad por el cuerpo, exploración externa (auto-erotismo) y fantasías sexuales.
- b) Adolescencia: comprende desde los 14 hasta los 17 años, está determinada por una compleja maduración sexual y una marcada energía sexual con predominio en el contacto físico y poca previsión de las consecuencias, producto del contacto sexual. Aquí las relaciones son intensas y fugaces.
- c) Adolescencia tardía: corresponde a mayores de 18 años y se caracteriza por la completa maduración física y socio-legal en algunas culturas. Se alcanzan logros definitivos en la maduración psicológica, definición del rol sexual, conducta sexual más expresiva y se establecen relaciones sexuales íntimas más duraderas.

Adicionalmente Morales (2005) sugiere que esta etapa del desarrollo se caracteriza por una serie de tareas propias del proceso evolutivo. No obstante, pueden ser afrontadas de forma diferente de acuerdo a la historia personal de cada individuo, dichas tareas del desarrollo se describen a continuación:

1. Aceptación de los cambios físicos: se enmarca en el momento que el/la joven se enfrenta a la irrupción de cambios biológicos, a su vez debe afrontar el duelo por la pérdida o desaparición de su cuerpo infantil. En ocasiones,

dichas transformaciones continuas, van acompañadas por una gran preocupación del adolescente en relación al cómo se ve, cómo le gustaría verse y al cómo lo ven los demás, lo cual está influenciado por las expectativas socialmente impuestas.

2. Autonomía: Implica la necesidad de asumir independencia ante los padres, generando conflictos en la relación padre-hijo; pues surge una tensión constante producto de la continua prueba de límites que hace el adolescente y el intento de las figuras parentales por hacer prevalecer sus normas. Se plantea la búsqueda de medios para la resolución del conflicto, entre los cuales se encuentran la negociación y la flexibilización de las partes involucradas para ampliar los límites de reconocimiento y respeto.
3. Elaboración de la identidad sexual: involucra el grado en que un individuo cree haberse ajustado al papel sexual prescrito según su cultura. Esta tarea es de gran importancia, porque viene acompañado de la exploración sexual y la iniciación de las prácticas sexuales que le permitan ir definiendo qué les excita y a quién irá dirigido ese amor.

Llegado a este punto, es necesario mencionar que la práctica sexual del adolescente, puede incluir encuentros tanto heterosexuales como homosexuales y suelen realizarse sin la debida planificación y protección adecuada; trayendo como consecuencia en ocasiones, el contagio de enfermedades de transmisión sexual y el embarazo precoz.

En este sentido, las relaciones románticas para la mayoría de los adolescentes, juegan un papel fundamental en su mundo social; en especial cuando sus pares ya han tenido su primer contacto sexual. De igual manera, el tipo de relación que observaron en sus figuras

parentales o cuidadores (ya sea violentas, respetuosas, etc.), funge como el primer modelo para el adolescente, al momento de entablar sus vínculos amorosos (Bouchey y Furman, 2003, citado en Morales, 2005).

4. Búsqueda de identidad: Erikson considera que esta es la tarea más importante para el adolescente, ya que tiene por objetivo construir una concepción del yo en el cual se incluyen metas, valores y creencias. Para ello el individuo debe resolver tres problemas fundamentales: a) elección de ocupación, b) adopción de valores con los que quiere vivir y c) una identidad sexual satisfactoria.

Por consiguiente, si logra solventar los retos en la construcción de la identidad puede alcanzar la virtud de la fidelidad; entendida por el autor como un sentido de pertenencia a un ser querido e identificación con una serie de valores (Citado en Papalia, Wendkos, & Duskin-Felman, 2009). No obstante, la identidad no resuelve por completo los conflictos en la adolescencia, en ocasiones, siguen surgiendo una y otra vez durante la vida adulta; como por ejemplo: lograr la independencia total de los padres, establecer una relación amorosa estable, ejercer una profesión, entre otros.

En vista de lo antes expuesto, se considera que tanto la identidad sexual y la búsqueda de identidad en general, pueden verse influenciada por los roles de género que adoptan los adolescentes, ya que constituyen las pautas de socialización entre los jóvenes, teniendo como resultado una diferenciación al momento de asumir las relaciones de pareja, la conducta sexual y la forma de vivirla durante la adultez. Dicho proceso de socialización, si bien se ha iniciado durante la infancia cobra mayor importancia para este grupo etario, por los cambios tanto físicos, psicológicos y cognitivos, que le hacen cuestionar los patrones

sociales ligados a su género, las expectativas que se tienen en función de éste y cómo estos logran acoplarse o no a la imagen que están construyendo de sí mismos (Recagno-Puente, Otálona y Mora, 2006).

En contraste Carrizo (2011) se centra en resumir de forma sencilla los hitos que ocurren a lo largo de este proceso evolutivo, tomando como criterio para cada categoría un rango de edad aproximado, en el cual se espera que ocurran dichos eventos del desarrollo. No obstante, considera que si bien existe el criterio de edad; el paso de una fase a otra, varía en función de factores genéticos y contexto social. Para lo cual establece la siguiente clasificación:

- a) Adolescencia temprana: oscila desde los 10 hasta los 14 años de edad aproximadamente, llamado periodo de la pubertad donde se destacan los cambios repentinos a nivel físico y emocional que se presentan en ambos géneros caracterizados por un acelerado aumento de talla, seguido de la maduración de las características sexuales primarias y secundarias; un desequilibrio endocrino. Esta situación representa el principal hito que implica el proceso de adaptación al nuevo cuerpo que en algunos casos genera inseguridad o una timidez exacerbada.
- b) Adolescencia media: se observa entre los 14 y 17 años aproximadamente, siendo lo destacable el constante cuestionamiento sobre los límites impuestos, una necesidad por ser aceptados por el grupo de pares y un marcado impulso sexual que los lleva a asumir conductas de riesgo que atentan contra su integridad (consumo de drogas, contacto sexual sin protección, embarazo precoz, etc.). En esta fase, aparecen actitudes de seducción que los lleva a tener sus primeras relaciones de pareja y experiencias sexuales que vienen cargadas de elevados niveles de ansiedad por las expectativas que se tienen al respecto.

c) Adolescencia tardía: abarca las edades de 18 a 20 años aproximadamente y está marcado por la inserción al mundo vocacional a la vez que se procura establecer relaciones de pareja más estables. Esta fase representa un paso previo a la adultez temprana, mediante el cual el individuo puede ir adquiriendo independencia económica, mayor autonomía de los padres, relaciones más duraderas, establecimiento de metas que lo orienten a desarrollar sus competencias y a desempeñarse en un trabajo particular.

Considerando lo dicho anteriormente, se puede apreciar que la adolescencia es un periodo difícil y de gran vulnerabilidad ya que, esta transición genera una serie de exigencias nuevas, que invitan al cambio, a la exploración y a conductas de riesgo; que pueden comprometer la salud de los jóvenes. Esta situación despierta la necesidad de abordar directamente temas delicados como la violencia, el sexo o el consumo de drogas y, alentarlos a utilizar esa energía y creatividad en elecciones positivas en materia de salud (OMS, 1999). De manera que se garantice el resguardo de su integridad física, psíquica y moral (art.32 de la LOPNA)

Es por ello que para la presente investigación, resulta relevante seleccionar como muestra a los sujetos que se ubican de acuerdo a su grupo etario, en esta etapa particular, en especial a los que transitan por la adolescencia media, la cual abarca a jóvenes entre los 14 y los 17 años de edad, siendo una población vulnerable y propensa a sufrir daños que pueden repercutir en su vida adulta, en especial al momento de iniciar una relación de noviazgo, ya que, este suele ser un preámbulo para el establecimiento de vínculos amorosos, el cual será descrito a continuación.

El noviazgo

El noviazgo es la primera etapa de relación de pareja, la cual puede hacerse cada vez más íntima, exigiendo un grado de compromiso mayor; donde hay una interacción social con intención explícita o implícita de establecer un encuentro diádico, que pueda durar hasta que una de las partes desee terminar o hasta que se vuelva una relación más estable, con el fin de compartir actividades solidarias en las que invierten más tiempo y energía (Straus, 2004).

En este sentido, Paz-Castaño y Garrido (1993) explican que una relación de pareja, implica un vínculo sistémico (tanto afectivo como social) generalmente funcional, que permite el crecimiento personal a través de proyectos en común, siendo dinámico e iniciado de forma voluntaria.

Siguiendo esta línea de ideas, el noviazgo adolescente es un vínculo que está marcado por el enamoramiento, siendo el componente predominante; la seducción, que actúa como el principal dispositivo que activa la proximidad hacia el otro, por el que se siente atracción y con el que se desea intimar, requiriendo un gasto constante de energía para agradar o mantener el interés del otro. Estas relaciones suelen caracterizarse por ser de corta duración e intensas y tienden a estar rodeadas por una serie de conductas de riesgo y expectativas acerca de lo que esperan obtener de este vínculo, como por ejemplo confianza, respeto, seguridad, comprensión y afecto (Carrizo, 2011).

Ahora bien, pese a que ambos miembros de la relación esperan recibir un trato equivalente, en el que exista una moderada devolución de estas demandas; en algunos casos se pueden observar desigualdades en este intercambio de afectos, que pudieran desembocar en conflictos en donde convergen las características particulares de cada miembro de la relación para poder lidiar con estas

discrepancias, a saber: capacidad para resolver conflictos, expectativas, rasgos de personalidad, historia personal, contexto social, etc. (Meras, 2003). De ahí que las relaciones afectivas puedan resultar complejas en general, enmarcando el proceso de elección de pareja y dándole un sello único que la hace diferente de las demás, por lo que no deberían ser abordados desde la singularidad, sino desde una totalidad (Paz-Castaño et al., 1993)

En este sentido, al momento de establecer un noviazgo es imprescindible considerar que, hay varios factores que pueden interferir en el desarrollo del mismo, como por ejemplo, el tipo de vínculo que se ha establecido con las figuras parentales, de modo que si esta relación fue afectiva, comunicativa, de apoyo y basada en el respeto, es probable que el individuo elabore habilidades sociales asertivas que le lleven a establecer relaciones amorosas satisfactorias y saludables (Baumrind, citado Di Doménico, 2012).

Así mismo, los patrones observados en la relación que mantienen los padres, en especial si estas son violentas; podrían implicar un factor de riesgo que favorece el desarrollo de conductas agresivas durante la infancia y la adolescencia de los hijos. Dicha exposición puede ser directa o indirecta, siendo una víctima o un espectador, de modo que aquellos que hayan observado o sufrido agresiones en su núcleo familiar pueden aprender a comportarse de la misma forma contra su pareja e incluso contra sus propios hijos cuando decidan formar una familia (Gámez y Calvete, 2012).

A este respecto uno de los modelos teóricos que sustenta lo planteado previamente, es la Teoría del Aprendizaje Social de Bandura (citado en Rojas-Solís, Vázquez y Llamazares, 2016) la cual señala que el aprendizaje observacional es el principal mecanismo de aprendizaje de

las conductas violentas en el ámbito familiar. En este contexto, los padres actuarán como modelos agresivos con los que el niño o adolescente tiene elevada identificación y aprende que al repetir la conducta violenta se obtienen consecuencias reforzantes.

Teniendo en cuenta lo señalado anteriormente, el noviazgo en la adolescencia proporciona un espacio en el que el joven puede conocerse a sí mismo, resolver conflictos, ser empático e incluso reelaborar la percepción que tiene de sí mismo y de los demás, teniendo en cuenta sus intenciones o historia personal, haciendo que la experiencia amorosa sea un evento satisfactorio lleno de cariño, respeto y cuidados o doloroso, marcado por agresiones que pueden derivar en humillaciones, peleas o maltrato físico (Guzmán y Contreras, 2012).

Por tal motivo, el foco de atención del presente estudio recae en el nivel de las relaciones de noviazgo de jóvenes que transitan por la adolescencia, ya que esta etapa del desarrollo coincide con el proceso de búsqueda de la identidad, la exploración de la intimidad, orientación sexual y la autonomía.

Adicionalmente, en muchos casos las experiencias amorosas conflictivas no son detectadas por los jóvenes de este grupo etario como una situación de riesgo, es decir, como una situación que pueden causarle daños en un futuro inmediato, debido a que el proceso de desarrollo en el cual se encuentran inmersos, no les permite ver con claridad las señales de maltrato o el efecto que puede tener sobre su integridad. De modo que, se esperaría que la detección temprana de situaciones de abuso, pudiera evitar o disminuir la incidencia de consecuencias negativas, como es el hecho de algún tipo de maltrato consecutivo y permanente, sea de índole psicológica, física o sexual,

que afecta tanto el área conductual, cognitiva, emocional y física del adolescente.

Visto de ese modo, la vulnerabilidad unido a la dificultad que tienen los jóvenes para percibir con claridad las señales de maltrato dentro de sus relaciones amorosas; genera para la presente investigación un campo de estudio, que por una parte está dirigido a realizar una revisión de las nociones que se tienen respecto a la violencia en general y los elementos que pudieran estar asociados a este. Mientras que, por el otro, proporciona la oportunidad para indagar qué variables pudieran relacionarse con este fenómeno en población adolescente y su prevalencia en Venezuela. Estos aspectos serán discutidos a continuación.

La violencia y sus dimensiones

El ser humano es una especie que necesita estar en contacto con sus congéneres para sobrevivir, adaptarse al entorno, disfrutar de la compañía de otros y enriquecerse del intercambio de experiencias. Esta interacción es regulada por un código de lenguaje verbal y no verbal y de normas de conductas que son aprendidas por el sujeto durante su niñez en el seno familiar, para posteriormente desarrollarlo en otros contextos sociales como la escuela, el trabajo y la comunidad donde vive, poniendo a prueba sus creencias e ideas para darle un sentido a la realidad donde se desenvuelve. (Papalia, Wendkos, & Duskin-Felman, 2009).

Durante el proceso de interacción, pueden surgir situaciones conflictivas en las que los individuos en ocasiones, no son capaces de emplear estrategias eficaces para su resolución, tales como el diálogo o

negociación, sino que recurren a la ejecución de conductas tales como, el uso desmedido de la fuerza, manifestado a través de actitudes o acciones; con la intención de imponerse sobre el otro y ejercer dominio sin considerar las posibles consecuencias negativas, lo cual se encuentra enmarcado dentro de las manifestaciones de la violencia (OMS, 2014).

De acuerdo al informe mundial sobre la violencia y la salud mental realizado en el 2002 y en años sucesivos por la Organización Mundial de la Salud (OMS) consideran la violencia como: "El uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho o como amenaza, contra otra persona o grupo, que causa o tenga muchas probabilidades de causar daño psicológico, lesiones, muertes, trastornos del desarrollo o privaciones" (OMS, 2002 pág. 1). Asimismo, sugiere que estos actos violentos pueden dividirse en:

a.- Físico: Se refiere a actos de agresión intencional en la que se utiliza cualquier parte del cuerpo, algún objeto, arma o sustancia, con la finalidad de sujetar, inmovilizar o causar daño a la integridad física de otra persona, generalmente más débil o vulnerable. Incluye los empujones, bofetadas, puñetazos, puntapiés, etcétera. Este tipo de violencia muchas veces deja cicatrices, enfermedades que duran toda la vida, lesiones leves y/o severas e incluso puede causar la muerte.

b.- Sexual: Se refiere a toda conducta reiterada por acción u omisión de connotaciones sexuales, cuyas formas de expresión dañan la intimidad de la persona, vulneran su libertad y afectan su desarrollo psicosexual; algunos ejemplos son: Prácticas sexuales no deseadas o que generen dolor, exhibición de genitales sin consentimiento del espectador, tocamientos íntimos o roces sin el

consentimiento de la persona, penetración sin consentimiento por la boca, vagina o ano.

c.- Psicológico o verbal: Consiste en actos que dañan la estabilidad emocional y disminución o afectación de la personalidad de la otra persona. En ocasiones son difíciles de detectar pero pueden incluir intimidaciones, amenazas, Insultos, gritos, descalificaciones, humillaciones, hablar en tono hostil, etc.

Por su parte, Pueyo (2009), consideró la violencia como un conjunto complejo de comportamientos, actitudes, sentimientos, prácticas, vivencias y estilos de relación entre los miembros que participan en la interacción que producen daños, malestar y pérdidas personales. Por otro lado, Fernández, Socarras, González, Nápoles y Díaz (2012), consideran que la violencia es "una expresión de agresión manifiesta o encubierta que tiene consecuencias negativas, para todo aquel que se ponga en contacto con ella. Estos actos pueden ser intencionales o accidentales como una reacción necesaria y justificada." (pág. 2)

En este sentido, a partir de las definiciones previamente citadas se puede percibir que la violencia tiene por característica, ser un comportamiento manifiesto directamente (golpes, patadas, etc.) o indirectamente (coacción, intimidación, humillación, etc.) que implica un uso desmedido de la fuerza y puede presentarse en diferentes contextos cuando se interactúa con otro que es percibido como vulnerable (mujeres, niños o ancianos) y que sufre las consecuencias de este tipo de acciones (lesiones físicas, tristeza, angustia, etc.).

Estas características hacen que la violencia sea un fenómeno complejo, difícil de dividir en categorías o tipos debido a las múltiples

manifestaciones conductuales y escenarios de observación, requiriendo un marco analítico o una tipificación que separe los hilos de este intrincado tapiz, para esclarecer la naturaleza del problema y las acciones necesarias para afrontarlo. Con este propósito, la OMS (2014) ofrece algunas taxonomías que divide a la violencia en tres categorías:

1. Según la persona que comete la acción violenta:

- A. Auto infligida (suicidio y autolesiones).
- B. Interpersonal (entre personas sin parentesco y familia como por ejemplo la pareja, los hijos o ancianos).
- C. Colectiva (Social, política y económica) (Organización Mundial de la Salud, 2002, para.2).

2. Según la víctima que recibe la agresión:

- A. Maltrato a menores, que fue definido por la organización en una reunión de Consultoría sobre la prevención del Maltrato de menores en 1999 como: “El maltrato o vejación de menores, que abarca todas las formas de malos tratos físicos, psíquicos, abuso sexual, descuido, negligencia o explotación que origine daño real o potencial para la salud del niño (...)” (Organización Mundial de la Salud, 2002, para.11).
- B. Maltrato a los ancianos, descubierta en 1975 en una revista científica con el término “*Grammy battering*” y es entendida por la organización como el maltrato o vejación dirigido hacia personas mayores generando daños y pérdida de la calidad de vida, puede cometerse tanto por omisión como por acción e incluye cinco categorías a saber: violencia física, sexual, económica, psicológica y descuido (Organización Mundial de la Salud, 2002).

C. Maltrato en la pareja, suele ser infligido por la pareja (homosexual o heterosexual), siendo la víctima más frecuente la mujer ya que, según la Organización Mundial de la Salud (2002) las mujeres tienden a estar más expuestas a sufrir agresiones por parte de extraños o de personas que no pertenecen a su círculo íntimo.

Cabe mencionar que este tipo de violencia interpersonal, puede presentarse tanto en el noviazgo como en el matrimonio y suele tener al menos dos modalidades: (1) Grave: llamado maltrato físico, caracterizado por diversas formas de amedrentamiento o amenazas aunadas a una conducta posesiva y comportamiento dominante por parte del agresor. (2) Moderado: llamado violencia común de pareja, que se caracteriza por una continua frustración e ira que ocasionalmente estallan en forma de agresión física (OMS, 2002, pág. 4).

Esta última categoría propuesta por la Organización Mundial de la Salud correspondiente a la violencia en la pareja, ha sido de gran importancia e interés para los investigadores de diferentes áreas (derecho, psicología, etc.), ya que las cifras difieren notablemente entre las diversas regiones del mundo, debido a que es un problema frecuente en todos los países, al punto de ser considerado un problema de salud pública. Dichos estudios se han orientado a explorar cuáles factores (internos o externos) pudieran precipitar su aparición, así como aquellos factores que limitarían su persistencia en el tiempo (OMS, 2014).

En relación a estos elementos internos o externos, una forma de agrupar estas variables que inciden en la violencia de pareja, la establecen González-Ortega, Echeburúa y Corral (2008) en una investigación, cuyo objetivo fue hacer una revisión bibliográfica sobre los posibles factores de riesgo de la violencia en las relaciones de pareja presentes en los agresores y las víctimas; siendo los indicadores de riesgo

para ambos casos: características sociodemográficas, dimensiones de la personalidad e interpersonales, estilos de comportamiento violento como una forma de resolución de conflictos, experiencias previas de violencia, comportamiento de riesgo (p.ej: consumo de alcohol o drogas) y variables psicopatológicas.

Así mismo, en un estudio meta-analítico realizado por Rubio-Garay, Carrasco, Amor y López-Gonzales (2015) efectuaron una revisión crítica de diversas investigaciones que abordaron el tema de la violencia en las relaciones de pareja; reportan que hasta el momento se han identificado más de 30 variables asociadas al fenómeno, mencionando además que estas pueden agruparse en función del papel que juegan, como lo son: a) Precipitantes, que implican aquellas variables que provocan un episodio de violento; b) Facilitadoras, entendidas como aquellos factores que incrementan la probabilidad de cometer un acto violento o sufrir agresión; c) Moduladoras/mediadoras, que se refieren a aquellos factores que moderan la relación entre una o más variables con la violencia y d) Protectoras, que incluyen aquellos factores que disminuyen la probabilidad de perpetrar o ser víctima de agresión.

Los autores también sugieren que dichas variables pueden categorizarse en función, de si son de origen interpersonal (autoestima, rasgos de personalidad, antecedentes de violencia en la pareja, empatía, edad, etc.) u origen situacional (apoyo social, violencia en la comunidad, estrés psicosocial, etc.), e incluso proponen una categoría nueva para aquellas variables en las que no existe un claro consenso entre los investigadores, sobre el papel o el efecto que pueden tener sobre la violencia en el noviazgo; denominadas “variables inconsistentes” (p.ej: funcionamiento familiar, sexo, nivel socioeconómico, etnia, etc.).

Del mismo modo, en un estudio realizado por la Organización Mundial de la Salud (2014) se mencionan que entre los hechos que pudieran desencadenar la violencia en las relaciones de pareja, especialmente en las que existe un mayor nivel de compromiso (p.ej: el matrimonio) se encuentran la desobediencia o las discusiones con la pareja masculina, preguntarle acerca del dinero o de sus amistades femeninas, no tener la comida preparada a tiempo, no cuidar satisfactoriamente de los niños o de la casa, negarse a mantener relaciones sexuales, y la sospecha del varón de que la mujer le es infiel, entre otros detonantes.

Además, en este mismo estudio; se ofrecen dos tipos de factores: Individuales y externos, que intentan ser abordados de acuerdo al impacto que genera sobre el individuo según su género. De manera que los hombres que tienden a agredir a su pareja suelen tener antecedentes de violencia familiar, sobre todo el hecho de haber visto que la figura paterna golpea a su propia madre y el abuso del alcohol por parte de ésta figura paterna (OMS, 2014).

Por otra parte, en el caso de las mujeres, es valioso resaltar el hecho de que estas son consideradas particularmente más vulnerables al maltrato infligido por la pareja, cuando tienen ciertas características psíquicas y de comportamiento; como, por ejemplo: un escaso control de impulsos, una baja autoestima, trastornos de la personalidad y/o de la conducta. De igual manera, resultan importantes las experiencias previas en el entorno familiar, como la falta de lazos emocionales y de apoyo, el contacto temprano con la violencia en el hogar (ya sea como víctimas directas o como testigos) y las historias familiares o personales marcadas por divorcios o separaciones. También se consideran entre los factores externos el abuso de drogas y alcohol, debido a que el

consumo de dichas sustancias en ocasiones conlleva a pérdida de control de impulsos y a problemas emocionales vinculados con los síntomas de abstinencia (OMS, 2014).

Ahora bien, al considerar el contexto cultural o social en el que se desenvuelve la pareja, se ha encontrado que las mujeres que son más vulnerables, son aquellas que viven en sociedades en las que existen importantes desigualdades o rigidez en los roles de género, normas culturales que respaldan el derecho del hombre a mantener relaciones sexuales con independencia de los sentimientos de la mujer y sanciones blandas para las conductas violentas hacia las mujeres (OMS, 2014).

Esto demuestra, que los elementos culturales desempeñan un papel fundamental, al establecer la frontera entre comportamientos aceptables o abusivos y definir la respuesta hacia la violencia en cuanto a sanciones o medidas de protección que resguarden a la víctima. De manera que cuando una mujer considera abandonar una relación en la cual está recibiendo malos tratos; estos aspectos socioculturales suelen incidir en la decisión final que toma, debido a que en algunas sociedades no se logra garantizar adecuadamente la seguridad de la víctima, ya que la violencia en ocasiones, puede continuar e incluso agravarse después de que una mujer ha abandonado a su pareja (OMS, 2014).

Algo semejante suele ocurrir en algunos países, donde no se dispone de servicios que ofrezcan apoyo, protección y atención de calidad para reducir el trauma y ayudar a la víctima para prevenir otros actos violentos. Un ejemplo de lo mencionado, es que, en algunas culturas, las niñas y mujeres violadas no están protegidas por la ley, sino que pueden morir a manos de sus parientes para preservar el honor de

la familia, o bien verse obligadas a casarse con sus violadores para legitimar la relación sexual (OMS 2014).

Violencia en el noviazgo y la adolescencia

Como se ha mencionado en apartados anteriores, la violencia de pareja es considerada como una problemática de salud pública mundial, ya que ha representado un avance a nivel social y jurídico. En el caso de Venezuela, esta problemática se encuentra envuelta por un contexto económico, social y político particular, que resulta importante tener en cuenta al momento de entender el fenómeno y los posibles efectos que podría tener sobre la población, en especial los adolescentes que son el punto focal de la presente investigación.

En este sentido, tal como lo señala García (2013) la situación sobre la violencia en Venezuela a nivel global es precaria, ya que la misma se encuentra generalizada y en aumento, así mismo lo confirman índices del Observatorio Venezolano de Violencia (OVV) del 2015, donde se estimaba que al finalizar el año se tendría "27.875 muertes para una tasa de 90 fallecidos por cada cien mil habitantes" (OVV, 2015, p.3).

Por otra parte, es importante mencionar que, el Observatorio Venezolano de Violencia, no consta de la aceptación como dato oficial por parte del poder ejecutivo, la metodología empleada consta con los criterios de confiabilidad y validez científicos requeridos, que permiten predecir el avance de este tipo de conductas violentas y establecer estimaciones. En apoyo a lo planteado, el OMS (2014) menciona que el 60% de los países no dispone de registros civiles o de estadísticas vitales que puedan representar información precisa respecto al sexo de la víctima, edad, relación entre víctima y agresor o incluso el mecanismo de homicidio empleados; ya sea porque estos datos no son llenados

adecuadamente por el funcionario designado a esta tarea o bien porque no se dispone de estas encuestas, de manera que se pierde una información que podría ser muy útil para crear estrategias de prevención efectivas.

Siguiendo este orden de ideas, el psicólogo Alejandro Moreno, señala que el problema en esta situación no es el venezolano per se, sino el sistema de gobierno con sus políticas poco eficaces para garantizar la protección de los ciudadanos. Agregando de igual manera que, esta condición hace que se activen mecanismos en la población que les permitan defenderse y que se reflejan en un proceso de naturalización de la violencia, trayendo como consecuencia una “pérdida de la capacidad para asombrarse” y que puede manifestarse en diferentes contextos, como, por ejemplo: el trabajo, la escuela o la familia (citado en González, 2016).

A estos efectos, la naturalización de la violencia puede traer como consecuencia, la aparición de pautas relacionales violentas en los adolescentes que podrían estar vinculado a conflictos con la autoridad, la dificultad para poner límites claros, hablar, escucharse y a la confusión entre actos violentos y juegos (Blanco, García, Grissi y Montes, 2006).

Teniendo en cuenta el panorama general, en el cual se encuentra sumergido la población venezolana; cuando se desea indagar sobre los datos de violencia en el noviazgo adolescente, resulta evidente que se carece de información completamente actualizada sobre el número de víctimas que sufren dicho maltrato, lo cual puede ser explicado por varias razones que van desde la falta de denuncias hasta la censura y autocensura.

Algunos datos que se disponen provienen el Cecodap que, en sus reportes bianuales, señalan que con más frecuencia, los niños y en especial los adolescentes están muriendo por causas vinculadas al maltrato de diversa índole o simplemente la presencia de la violencia en el entorno donde se desenvuelven. Todo esto aunado, a una situación de impunidad en la mayoría de estas muertes, pueden generar un círculo de violencia difícil de discontinuar. De tal manera aun cuando, las tasas de muertes violentas han aumentado en el tiempo para todas las edades, este incremento ocurre de forma desigual; entre los adolescentes de 12 a 14 años, ya que la tasa casi se duplica entre 1997 y 2009; mientras que para los de 15 a 17 años prácticamente se triplica y llega a posicionarse en 79 muertes por cada 100.000 dentro de estas edades en 2009 (Centros comunitarios de aprendizaje [Cecodap], 2013).

Otra organización que ofrece información relativamente reciente es el Observatorio Metropolitano de Seguridad Ciudadana (OMSC), a través de un estudio realizado en el 2011, señalan que para ese año el Incosec (2011) atendió en el área Metropolitana de Caracas, alrededor de 4545 casos y se abrieron 1964 expedientes de niños, niñas y adolescentes por haber sido víctimas de abuso contra su integridad personal (violación o explotación sexual, exposición a situaciones de riesgo como consumo de sustancias y privación de sus derechos, maltrato físico, entre otros.) (citado en OMSC, 2011).

Igualmente, el Observatorio Venezolano de los Derechos Humanos de la Mujer y la Asociación Venezolana de Educación Sexual Alternativa (AVESA) reportó que de 26 casos atendidos para el año 2006, el 73% manifestó algún tipo de maltrato mientras que el 27% asistieron por otras razones (Orientación por salud sexual y reproductividad). Asimismo, de los casos que reportaron haber recibido algún tipo de

maltrato un 63% eran niños y niñas con edades que oscilaban entre los 0 a 11 años; mientras que el 37% eran adolescentes con edades que oscilaban entre los 12 a 17 años (Citado en Laurens, 2009).

En síntesis, los datos expuestos por, el Cecodap, el Observatorio Metropolitano de Seguridad Ciudadana (OMSC) y AVESA resultan ser relevantes para el presente estudio; debido a que ofrece una visión un poco más global respecto a la frecuencia con que este tipo de actos violentos son reportados en la población infantil y adolescente en nuestro país.

A la vez que, pone en evidencia el contexto en el que se desenvuelve la mayoría de los ciudadanos, en especial los jóvenes adolescentes que son la población foco. Un contexto marcado por la violencia, el irrespeto a las normas o de la ley que en lugar de ser implementada para colocar límites o resguardar la integridad de las personas que se desenvuelven en ella; parece haber desaparecido o ser ignorada por las entidades correspondientes.

Esta situación puede estar marcando un hito en la adolescencia de los jóvenes actuales, haciéndolos más vulnerables o propensos a ser víctimas de cualquier tipo de agresión o malos tratos, ya que no logran percibir y discriminar con claridad que están siendo violentados ya que forman parte de su cotidianidad. Además de interferir en el desarrollo de otras áreas, como por ejemplo la familiar, escolar o social, específicamente en sus relaciones de amistad y de noviazgo.

En este sentido; se asume que los individuos que están sumergidos en una sociedad marcada por la violencia y la violación de los derechos del otro, reciben un efecto negativo que se ve reflejado en su forma de percibir la realidad, al punto de naturalizar la violencia en la comunidad

en que vive como una manera de lidiar con esa situación. Este efecto, también se ve reflejado en la forma habitual de vincularse con los demás, aspecto que podría ser más llamativo en la etapa de la adolescencia debido a que las relaciones con otros jóvenes de su edad cobran mayor importancia durante esta etapa evolutiva, de modo que pueden llegar a vincularse con el otro a través de la hostilidad, el control y la dominación o desde una postura más pasiva y sumisa (OMS, 2014).

Visto desde esta perspectiva, es relevante mencionar, que si bien en esta etapa evolutiva ocurren una serie de cambios madurativos que le permiten al joven desarrollar habilidades para la vida adulta; el estar sumergido en un contexto con estas características, podría precipitar la aparición de algunas conductas violentas durante el noviazgo y que podrían pasar desapercibidas como demostraciones de afecto o que suele asociarse con comportamientos de dominación o control sobre la pareja. También es posible, que aun cuando no hayan asumido completamente los roles de género, propios de la adolescencia tardía o la adultez, sean menos proclives a tener relaciones románticas con compromiso y que por lo tanto eviten menos conductas generadoras de conflicto como los celos o el sobre control (Windle & Mrug, 2009 c.p Valdivia et al 2014).

No obstante, se ha evidenciado que el significado de determinadas conductas y actitudes que se expresan dentro de las relaciones de noviazgo va cambiando a través de los diferentes momentos de la adolescencia, como si fuese un continuo; partiendo desde grados leves de violencia que podrían confundirse con conductas de coqueteo hacia el sexo opuesto y que tienden a significar inmadurez en la adolescencia temprana; pasando por conductas más hostiles que reflejan grados moderados de dominación interpersonal o

control sobre la pareja y que podrían aparecer en la adolescencia tardía, hasta terminar en violencia hacia la pareja instalada en la adultez temprana (Windle & Mrug, 2009 citado por Valdivia et al 2014).

Dentro de este orden de ideas, se ha encontrado que además de los elementos de maduración, la violencia en el noviazgo cuenta con tres elementos subyacentes que deben ser considerados para diferenciarlo de otros constructos: el primero es la presencia de una amenaza intencionada, capaz de ocasionar un daño real, sea físico, psicológico o sexual; el segundo es la presencia del control o dominio que ejerce uno de los miembros de la pareja, que hace que en la relación se produzca un contexto asimétrico y de dependencia, donde uno de los miembros trata de dejar bien claro quien domina y controla la relación, a través de métodos coercitivos que generan sufrimiento y daño a la víctima (Amor, Corral, Bohórquez, Oria, Rodríguez, López y Calderón, 2010). Por último, el tercer elemento se refiere a la coacción o agresión que se produzca durante la relación de noviazgo (Rubio-Garay et al., 2015).

En este sentido al ser la violencia en el noviazgo un fenómeno multicausal que puede generar efectos nocivos en la salud física y mental; es fundamental que los jóvenes estén atentos ante la presencia de relaciones con dichas características, aunque por lo general las conductas de este tipo no suelen ser percibidas como tales ni por las víctimas ni por los agresores, pues usualmente las confunden con amor y aunque no es sinónimo de violencia en la vida marital, pudiera ser un buen predictor de la misma e incluso del maltrato en el seno familiar futuro. Esto es así debido a que, en la etapa de la adolescencia, se está ensayando cómo comportarse dentro de una relación amorosa, a la vez que se intenta lidiar con los retos y exigencias propias del momento

evolutivo en que se encuentran; empleando para ello el bagaje de conocimientos que han adquirido a partir de sus experiencias previas con sus padres y otras personas cercanas (Adame, 2003).

De hecho esta dificultad para detectar las agresiones hace que algunos adolescentes tiendan a no reportar estas situaciones o a evitar la búsqueda de ayuda e incluso, si la consiguen pueden llegar a abandonarla prematuramente, lo que deja en evidencia que las parejas más jóvenes que experimentan algún tipo de maltrato en sus relaciones de pareja, son más vulnerables y están más expuestos a sufrir daños a largo plazo contra su integridad y sufren un mayor impacto psicológico que las víctimas de mayor edad (Sarasua, Zubizarreta, Echeburúa y Corral, 2007).

En resumen, como se ha venido discutiendo hasta ahora, la violencia en el noviazgo en adolescentes es un fenómeno complejo, que puede manifestarse de diversas formas en diferentes contextos; causando un impacto significativo en la vida de los jóvenes que la experimentan ya sea como víctimas o como victimarios. También se ha observado a través de la evidencia teórica que se han citado a lo largo de la presente investigación, que la violencia en el noviazgo es multicausal y que está sujeta a una serie de variables que pueden fungir como un factor que facilite su aparición o como un factor que protege al individuo de sufrir o cometer agresiones durante una relación de pareja; a saber: contexto social, género, nivel de ingreso, contexto familiar, experiencias previas de maltrato, rasgos de personalidad (p.ej: impulsividad) e incluso los cambios madurativos que ocurren en la adolescencia.

Dichas variables han despertado el interés de varios autores con el fin de indagar su efecto o asociación con la violencia en el noviazgo,

obteniendo como resultado conclusiones que si bien logran confirmar su incidencia sobre el fenómeno, como es el caso del consumo de sustancias (alcohol, drogas) o rasgos de personalidad. Otros en cambio, han develado evidencia contradictoria que ha abierto una nueva línea de investigación, dirigida a ampliar el espectro de variables que se relacionen con la violencia en el noviazgo en adolescentes, permitiendo subsanar las lagunas de conocimiento existentes.

Un ejemplo de esto, lo puede ofrecer el estudio meta-analítico realizado por Rubio et al. (2015), quienes proponen que existe una serie de resultados inconsistentes y poco consenso entre autores respecto al papel que juegan algunos factores sobre la violencia en el noviazgo en adolescentes, como lo es, el género, el nivel socioeconómico, funcionamiento familiar, etnia, entre otras.

Por tal motivo; el presente estudio tomara en consideración lo planteado por estos autores, con el objetivo de determinar si existe una correlación entre dichas variables inconsistentes, específicamente el género, el nivel socioeconómico y funcionamiento familiar, las cuales serán expuestas a continuación.

Género

El género es entendido, como el elemento constituyente central en el sentido del yo de cada persona y en la idea de una cultura de lo que significa ser persona (Recagno-Puente, I., Otálora, C. y Mora, L. 2006). A su vez, se puede distinguir en dos formas: 1) la manera de referirse a las mujeres y/o hombres y 2) a una construcción cultural de la diferencia sexual, aludiendo a las relaciones sociales de los sexos (Lamas, 1999).

En este sentido, tener información acerca del papel que juega una mujer o un hombre en el contexto social, proporciona una comprensión acerca de la masculinidad y feminidad establecidas socialmente y, cómo estas se relacionan entre sí. (Scott citado en Lamas, 1999)

Por consiguiente, el "género" implica una construcción social o cultural sobre, qué es ser mujer u hombre e influye en el aspecto físico de las personas, la manera en que se mueven, trabajan, juegan, piensan de sí mismas y de los que otros piensan de ella (Papalia, Wendkos, & Duskin-Felman, 2009).

Así mismo, Castañeda señala que el género permite hacer énfasis en la dinámica de las relaciones entre ambos; permitiendo comprender el sentido de la construcción de identidad y las relaciones como parte de una determinada organización de la vida social, que involucra ambos sexos (citado en Di Doménico, 2012)

Después de las consideraciones anteriores, resulta pertinente para el presente estudio, el uso de la acepción de género, debido a que como se ha mencionado, el género se encuentra enmarcado dentro del proceso de socialización del individuo, y así mismo en los adolescentes, lo que incluye, la forma de interactuar con sus pares especialmente cuando tienen la intención de establecer una relación de noviazgo; pues inevitablemente estas experiencias despiertan una serie de creencias, mensajes o expectativas que han sido transmitidas culturalmente por sus padres y otras personas cercanas, que le sirven de pauta sobre qué puede y debe hacer un hombre o una mujer, creando diversos estereotipos que inciden en la manera de desenvolverse en sus vidas (Di Doménico, 2012).

En relación con las implicaciones que lleva consigo el término género, suele relacionarse con algunos eventos o variables, como por

ejemplo; la violencia de pareja; que si bien puede designar aquellas conductas que serán o no aceptables dentro de las relaciones amorosas; se ha visto ampliamente influenciada, por eventos sociales que han hecho que el papel de la mujer tenga un mayor valor social e importancia en lo que respecta a su rol y a los abusos que se ejercen en contra de ella (p.ej: el feminismo); agregando una comprensión particular al fenómeno y haciendo que dicho constructo se confunda casi involuntariamente con el concepto de violencia hacia la mujer, dándole cierta exclusividad y sugiriendo que en apariencia los hombres no padecen ningún tipo de violencia de género (Martín y Navarro, 2012).

Sobre la base de las ideas expuestas, existen evidencias de estudios realizados donde se observa resultados inconsistentes acerca de la perpetración y victimización, dentro de las relaciones de parejas violentas, en especial cuando se trata de una población joven. De aquí, se desprenden tres perspectivas sobre quién juega el rol de víctima y quién juega el rol de victimario; *la primera*, plantea que los hombres tienden a ser visto como más propensos a agredir a sus parejas (35.7%) en comparación a las mujeres (14.8%); *la segunda* propone que mujeres tienen una mayor probabilidad de realizar algún tipo de maltrato hacia su pareja (24% vs 31.2%) (Alegría del Ángel y Rodríguez, 2015)

La tercera vertiente, plantea que en las relaciones amorosas de los adolescentes y jóvenes adultos, las conductas de maltrato son bidireccionales y que tanto hombres como mujeres tienen igual probabilidad de ser violentos con sus parejas, pero que en la medida que exista un mayor compromiso en la relación y los individuos alcanzan la madurez evolutiva, la asimetría se va haciendo cada vez más evidente; siendo los hombres los que terminan ejerciendo el maltrato con mayor frecuencia (Alegría del Ángel y Rodríguez, 2015).

A estos efectos Rojas-Solís (2013) considera que estas tres vertientes podrían estar obedeciendo a un debate ideológico entre dos posturas, que desde hace años dominan la investigación de la violencia en la pareja como son: la perspectiva del construccionismo social y la de violencia familiar. De modo que, desde la primera perspectiva se contempla la violencia contra la mujer como el resultado de una sociedad patriarcal en donde el hombre ha tenido el papel predominante y ha ejercido el poder, proponiendo un modelo unidireccional de medición de la violencia en la pareja, centrándose en la experiencia de la mujer como víctima y rara vez considerando su papel como perpetradora o la del hombre como víctima.

Por otra parte, desde el enfoque familiar se considera un modelo bidireccional de la violencia, donde se evalúan tanto a hombres como a mujeres, arrojando resultados que muestran que ambos sexos pueden ser víctimas y agresores, a excepción de la violencia sexual grave donde la mujer siempre es la víctima y el hombre el victimario. A partir de las discrepancias en ambos enfoques, se han generado una serie de propuestas teóricas, ideológicas y metodológicas que condicionan la construcción del conocimiento y las técnicas de recolección de datos, que podría evidenciarse en resultados contradictorios y que se ven manifestados en las tres vertientes mencionadas (Rojas-Solís, 2013).

Llegados a este punto, es importante retomar la importancia que tiene la influencia de algunos factores culturales, ya que en muchos casos persisten en esta sociedad y son transmitidos a través del lenguaje enmarcando los roles que debería realizar una persona según su género, los cuales son reforzados principalmente por la familia, por ser esta el principal ente de socialización humana. Por lo cual es imperativo adentrarse en el estudio de este micro sistema social, especialmente lo que respecta al funcionamiento de la misma.

Funcionamiento familiar

La familia es una institución formada por sistemas individuales que interactúan y que constituyen a su vez un sistema abierto, que se encuentra formada por individuos de una misma cultura, tradiciones, sistemas sociales y concepciones ético-morales. Adicionalmente, constituye el espacio por excelencia para el desarrollo de la identidad y es la primera fuente de socialización del individuo (Valladares-González, 2008). Por su parte Papalia, Wendkos y Duskin (2002) consideran que la familia es aquella donde sus miembros tienen algún parentesco y cumplen un rol específico, además estos miembros mantienen relaciones e interacciones, formando así una dinámica familiar que se ve reflejada en el funcionamiento familiar.

Partiendo de lo anterior, Friedemann (1995) menciona que el funcionamiento familiar es la base para la generación y permanencia del vínculo familiar, promoviendo la cohesión, la estabilidad de la familia y la salud física y mental de sus integrantes. A la vez que, está relacionada con el acuerdo mutuo, el compromiso, el afecto, la comunicación, el consenso, el apoyo, la participación en las decisiones, la distribución de responsabilidades, la solidaridad y la religiosidad (citado por Rey Anacona, Bolívar y Martínez, 2017).

A su vez estos planteamientos permiten suponer que, a través de la dinámica o interacción que se da entre los miembros de una familia, se deben cumplir una serie de tareas que por una parte garantizan el desarrollo adecuado del individuo y por otra, que permitan definirla como funcional. Dichas tareas se refieren al “desarrollo de un sentido de identidad, pertenencia a un grupo estable y acogedor, y poseer sentimiento de autonomía e individualidad frente a los demás miembros de la familia” (Minuchin, 1977).

Por otra parte, Losada (2015) señala que la dinámica familiar como consecuencia de su interacción con los sistemas de la sociedad se va modificando tanto en forma negativa como positiva. De igual manera, menciona que la familia puede dividirse de la siguiente manera: 1) la nuclear, la cual está conformada por padres e hijos, 2) la extendida, que se encuentra integrada por abuelos, tíos, primos, sobrinos; etc. 3) la reconstruida, donde conviven cada uno de los hijos producto de uniones previas, sumados a los hijos compartidos, y por último 4) la monoparental, que se encuentra formada solo por uno de los progenitores que particularmente en la sociedad venezolana es la madre.

A este respecto, Recagno-Puente et al. (2006) señalan que la estructura familiar venezolana tiene ciertas particularidades, pues en ella se puede apreciar que la madre y los hijos son los miembros incondicionales dentro del grupo, quienes, además mantienen un vínculo muy cercano. Al mismo tiempo, en esta estructura la mujer cumple un rol fundamental como madre que lo antepone a su rol de esposa; mientras que el padre usualmente está ausente o suele ser reemplazo por otro hombre que pueda cumplir con dicha función parental (p.ej: otras parejas, abuelos, tíos, etc.). Estas características, convierte a la familia venezolana en matricentrada, pues implica una ausencia real o simbólica de la figura paterna; a la vez que la ubicaría dentro de la clasificación propuesta por Losada (2015) en la estructura familiar de tipo monoparental.

Estos rasgos constitutivos de la familia popular en Venezuela, genera un impacto en los jóvenes al momento de decidir iniciar las relaciones de pareja, puesto que disponen de referentes culturales y parentales, que refuerzan la premisa de que los vínculos amorosos tienen

por característica ser inestables o muy pasajeros y que no se antepone al vínculo familiar de origen. Sin embargo, es relevante acotar que existen algunas excepciones en la población venezolana, donde los núcleos familiares no necesariamente son monoparentales (Hurtado, citado en Recagno-Puente et al. 2006).

Esta perspectiva, denota que existen diversas maneras de estructurar las familias, sin embargo, cada una de ellas es única e irrepetible y de ahí la imposibilidad de crear tipos de familias para ajustarlas a determinados patrones. En este sentido, independientemente de la clasificación que se le da al término familia, los autores señalados concuerdan, que es en la familia, donde cohabitan un conjunto de miembros, con roles específicos, pero cuya relación e interacción generan una dinámica familiar, que incide en las demás relaciones interpersonales que establecen cada miembro por separado y que dicha dinámica no siempre es funcional.

De acuerdo a lo anterior, Foshee, Ennett, Bauman, Benefield & Suchindran (2005) plantean que la dinámica familiar es un factor determinante en la manifestación de violencia en el noviazgo de los hijos; debido a que, la familia es un factor que incide significativamente en la manera en que los hijos establecen sus relaciones interpersonales en general. Inclusive, a través de la observación se puede dar un aprendizaje muy eficiente, ya que el niño a través de ella, capta y adquiere conductas, actitudes, creencias, entre otros; que posteriormente son replicados en otros contextos, como si fueran modelos o patrones a seguir ante determinadas situaciones (Villegas, 2012).

A este respecto un autor que ofrece un argumento a favor de estos planteamientos, es Bandura (1967) quien en su "Teoría de

Aprendizaje Social"; plantea que en la medida en que un niño o adolescente observe a los adultos realizando conductas agresivas, transmitiendo cierto grado de permisividad a los comportamientos de este tipo, es decir, sin que hayan consecuencias tras haberlas realizado; se puede suponer que dicha exposición no sólo facilita el aprendizaje de nuevas conductas violentas, sino que también debilita las respuestas inhibitorias en los niños o adolescentes que las observan y aumenta la probabilidad de que ocurran en otro momento.

En otras palabras, las agresiones físicas percibidas en los padres se reflejan en la conducta social de sus hijos, quienes copian a través de la observación y modelado lo que viven en casa, a través de lo que el autor llama "aprendizaje vicario" el cual posteriormente se convertirá en una información codificada que servirá de guía a la acción o conducta no deseada de su entorno.

Visto de esta forma, la familia es una unidad biopsicosocial cuya función principal es contribuir a la salud de todos sus miembros, por medio del apoyo brindado y la transmisión de creencias y valores de padres a hijos. Por lo cual, todo el proceso de crecimiento y desarrollo de los adolescentes, se encuentra mediado por las decisiones que se adoptan en el seno del grupo familiar (Forero-Ariza et. al. 2006).

De igual manera, es aquí donde se debe promover el aprendizaje de estrategias dirigidas a cómo integrar el afecto y obtener autocontrol de los sentimientos e impulsos, que puede ser logrado a través del establecimiento de parámetros normativos claros, donde se pudiera expresar cada sentimiento vivenciado. Y son estos aspectos los que determinarían una buena funcionalidad en la familia.

En apoyo a lo anterior, González, Mejía, Angulo y D`Avila (2005) consideran que la funcionalidad familiar, es la capacidad del sistema para enfrentar y superar cada una de las etapas del ciclo vital y los eventos críticos que se puedan presentar. Esto va a depender del manejo adecuado de la red de apoyo social y familiar con que se dispone; debido a que los problemas de la familia cambian y consecuentemente las prioridades en las funciones varían de acuerdo con las etapas por la que pase su ciclo vital.

En este sentido, la funcionalidad familiar debe procurar el cumplimiento de cuatro metas universales: la espiritualidad, la estabilidad familiar, el crecimiento de sus integrantes y la reducción del estrés producido por las demandas del entorno, a través de cuatro dimensiones: (a) la coherencia, es decir, unas relaciones armónicas que promueven la unidad familiar; (b) la individuación, o sea, el desempeño de unos roles y responsabilidades que permiten aprender de otros y de sí mismos; (c) el mantenimiento del sistema, es decir, el sentido de seguridad y autonomía al interior de la familia y (d) el cambio del sistema o incorporación de nuevos conocimientos para afrontar las demandas del entorno (Friedemann, 1995 y Gómez, Castillo, Díaz, Luis & Cogollo, 2013 citado por Rey Anacona, Bolívar y Martínez, 2017).

Una propuesta similar es la ofrecida por Forero-Ariza et al. (2006), que describe la funcionalidad como todas aquellas contribuciones al núcleo familiar y que se puede medir a través de cinco componentes, a saber:

- 1) La adaptabilidad (*adaptability*): definida como la utilización de los recursos intra y extrafamiliares para resolver los problemas cuando el equilibrio de la familia se ve

amenazado por un factor de estrés durante un período de crisis.

- 2) La cooperación (*partnership*): implica la participación en la toma de decisiones y responsabilidades, lo cual define el grado de poder de los miembros de la familia.
- 3) El desarrollo (*growth*): consiste en la posibilidad de maduración emocional y física, así como de autorrealización de los miembros de la familia, por el apoyo mutuo.
- 4)) La afectividad (*affection*): entendida como la relación de amor y atención entre los miembros de la familia.
- 5) La capacidad resolutiva (*resolve*): definida como el compromiso o determinación de dedicar tiempo, espacio y/o dinero a los otros miembros de la familia.

De este modo, a medida que la familia cumpla o deje de cumplir eficazmente las funciones señaladas, se hablará de familia funcional o disfuncional. A lo que Tellechea (2014) señala, que cuando una familia no está cumpliendo sus funciones, existen problemas de comunicación, los miembros no pueden expresar libremente sus sentimientos, la unión no es productiva ni satisface las necesidades emocionales de sus integrantes y adicionalmente la comunicación defectuosa lleva a un deterioro en la relación de sus miembros, que provoca discusiones, frustraciones y hostilidades.

Sobre la base de las consideraciones anteriores, la presente investigación analizará el funcionamiento familiar de la muestra obtenida, según el modelo propuesto por Forero-Ariza et al. (2006) en base a la idea de que una familia funcional debe contar con

capacidad de adaptación con la cual resolver los problemas que se le presenten, cooperando unos con otros en la resolución y tomas de decisiones. A su vez, debe ofrecer apoyo a cada miembro en su desarrollo evolutivo y en las diversas áreas en que se desenvuelve, además de tener la habilidad resolutoria que implica la determinación de dedicar tiempo, espacio y dinero a la relación. Por último, debe mantener una relación familiar basada en el cariño y la expresión adecuada del mismo.

Ahora bien, aunque el funcionamiento de la familia ejerce un efecto conductual y emocional en el sujeto, existen otros factores que ejercen una influencia en la conducta de los individuos y que es mucho más amplio que la familia. En este macrosistema se incluye otros componentes como el nivel socioeconómico, la cultura y aspectos sociopolíticos que ejercen en mayor o menor medida un efecto sobre el individuo y su desarrollo (Bronfenbrenner, 1979). Sin embargo, para el presente estudio, resulta relevante el impacto que ejerce el nivel socioeconómico sobre la violencia en el noviazgo adolescente.

Nivel socioeconómico

El nivel socioeconómico es considerado una combinación de factores económicos y sociales que describen a un individuo o familia, los cuales incluyen: el ingreso, la educación y la ocupación (Papalia et al., 2001). Otros autores como Vézina y Hébert (2007), agregan que el estatus socioeconómico varía en función del nivel que tienen los padres del adolescente en alguno de estos elementos señalados previamente.

Por su parte, Méndez y Castellanos resaltan que debido a lo dificultoso que resulta categorizar a las familias venezolanas según su

estatus económico, la clasificó mediante estratos sociales. Entendiendo como estratos sociales a la ruptura y discontinuidad significativa entre grupos de una misma colectividad, de acuerdo a la desigualdad de la distribución de diversos atributos en función de la posición social (citado en Benítez y Dunia, 2011).

En este sentido y según estos mismos autores, la estratificación de las familias se haría tomando en cuenta cuatro atributos, a saber:

- 1) La profesión del jefe de familia: incluye carreras universitarias, técnicas especializadas o sus equivalentes, empleados sin profesión, obreros especializados y no especializados.
- 2) El nivel de instrucción de la madre: corresponde a instrucción universitaria, secundaria, primaria o sus equivalentes.
- 3) El ingreso de la familia: puede incluir inversiones de empresas y negocios familiares o adquiridas por herencia, así como empleos cuya remuneración está calculada sobre una base mensual, anual o por semana.
- 4) Las condiciones de vivienda: se refiere a si el hogar (casa o apartamento) dispone de las condiciones sanitarias adecuadas que garanticen el bienestar de sus habitantes (p.ej: servicio de agua, luz y teléfono).

Considerando lo dicho hasta ahora, el nivel socioeconómico, es una variable que puede incidir de manera general en la familia y es un factor que puede estar asociado a los índices de violencia y agresividad, destacando de forma global que en los países donde existe un bajo índice de ingreso, pobreza, problemas educacionales y un bajo estatus socioeconómico, se reportan mayores márgenes de violencia y conductas antisociales en sus habitantes (Alarcón, et. al citado en Salazar y Sarayo, 2011).

Algo semejante lo mencionan Puente-Martínez, Ubillos-Landa, Echeburúa y Páez-Rovira (2016), quienes en su meta-análisis reportan que entre los factores de riesgo que precipitan los actos de violencia en el noviazgo asociados al macrosistema están: 1) la falta de poder de las mujeres, relacionado con el nivel educativo y bajo nivel de ingresos que se ve reflejado en un bajo estatus socioeconómico; 2) la falta de derechos políticos y sociales igualitarios; 3) un contexto cultural machista y 4) la globalización. Estos cuatro elementos tienen un fuerte impacto sobre el empoderamiento de la mujer, debido a que, en la medida que los países estén orientados hacia la protección de los derechos humanos, permitan el acceso de las mujeres a estudios universitarios y proporcionan un mayor reconocimiento de la mujer en el ámbito laboral, se reduce la probabilidad de sufrir agresiones en las relaciones de pareja, en comparación a aquellos países que tienen altos niveles de pobreza, bajo desarrollo de económico, pocas políticas que prevengan la violencia contra la mujer y una cultura machista que tienda a justificar y legitimar las conductas violentas hacia su pareja.

En apoyo a lo anterior, el informe realizado por la Organización Mundial de la Salud (2014) reporta que, este variable también destaca como un factor de riesgo que pudiera precipitar la violencia en la pareja, debido a que el bajo nivel de ingresos proporciona un motivo fácil de discordia conyugal o dificultan a la mujer el abandono de relaciones violentas; aunque es importante señalar que no se conoce con certeza el por qué genera un aumento en el riesgo de sufrir o cometer violencia.

Un resultado similar lo obtuvieron Vézina y Hébert (2007) quienes en una revisión de varios artículos empíricos, el cual tenía por objetivo mostrar los factores asociados a la violencia sexual, psicológica y física

en relaciones de pareja de jóvenes entre los 12 a 24 años de edad; encontraron que en las investigaciones que emplearon la variable nivel socioeconómico como un factor sociodemográfico de riesgo para la victimización de la violencia en el noviazgo, reportaron diferentes resultados en cuanto a su efecto sobre dicho fenómeno, dividiéndolos en tres tipos de evidencias: 1) Aquellos estudios que no encontraron asociación entre ambas variables, 2) Aquellos que encontraron una relación negativa y 3) Aquellos estudios que encontraron una relación positiva entre violencia y nivel socioeconómico.

Dicha discrepancia proporcionando una oportunidad para ampliar el rango de conocimiento y para determinar si en el contexto venezolano específicamente, la estratificación social juega un papel crucial, como factor de riesgo para los adolescentes que se encuentren en una relación de noviazgo en el contexto venezolano.

Hallazgos empíricos sobre la violencia en el noviazgo y posibles variables asociadas

A continuación, se presentarán una serie de evidencias empíricas las cuales pretenden mostrar los hallazgos más recientes respecto a la violencia en el noviazgo adolescente, su prevalencia y relación con las variables de estudio.

Con respecto a la prevalencia de la violencia en el noviazgo, en un estudio realizado en Estados Unidos por Montoya, Smith, Eng, Wynn & Townsend, (citado en Valdivia et al 2014), se encontró en una muestra de 20 casos entrevistados con edades entre 18 y 21 años que, aproximadamente un 10% de los estudiantes de secundaria reportaron haber sido físicamente violentados por su pareja en los últimos 12 meses

y cerca de un 8% indicó haber sido forzado a tener sexo en algún momento de su vida. Porcentajes similares se encontraron dos años después en la Youth Risk Behavior Survey (YRBS) en una muestra de 4131 jóvenes con edades entre 13 y 18 años; donde casi el 10% de estudiantes de secundaria (10% de varones y 9% de las niñas) denunció haber sido golpeado, abofeteado o lastimado físicamente a propósito por su novio o novia al menos una vez en los últimos 12 meses (Ali, Swahn & Hamburger, 2011 citado por Valdivia et al 2014).

Por otro lado, en una investigación realizada en España, se encontró en una muestra de 601 estudiantes de enseñanza media de Salamanca, que el 95% de los jóvenes indica haber perpetrado o sufrido agresiones verbales-emocionales, un 25.3% haber cometido agresiones físicas y un 23.6% haberlas sufrido al menos una vez, mientras que el 51.1% de los adolescentes afirma haber cometido una o más agresiones sexuales y el 57.4% señala haberlas sufrido (Fernández-Fuertes, Orgaz & Fuertes, 2011).

Del mismo modo, en un estudio descriptivo, no experimental y de campo, efectuado en Colombia con personas entre los 15 y 35 años de edad, previa verificación de antecedentes de violencia en la mayoría de los casos, se encontró que en aquellos sujetos con edades entre 15 y 17 años la frecuencia de reporte de violencia en las relaciones de pareja, llegaba en promedio al 73.2% (Rey-Anaconda, 2013). Asimismo, al revisar la Sexta Encuesta Nacional de la Juventud realizada por el Instituto Nacional de la Juventud en el año 2009 en Chile, resulta llamativo observar que un 16.9% de los jóvenes encuestados reporta la existencia de violencia psicológica, seguido por un 7.7% violencia física y un 0.8% violencia sexual (citado por Valdivia et al, 2014).

En este sentido, en una amplia investigación realizada en México con una muestra de 4.587 estudiantes entre 12 y 24 años (con un promedio de 15 años), provenientes de 260 escuelas secundarias, de las cuales 92 eran escuelas preparatorias y una de estudios universitarios; se encontró un 28% de prevalencia total de violencia (Rivera-Rivera, Allen, Rodríguez-Ortega, Chávez-Ayala & Lazcano-Ponce, 2006). Este porcentaje sería menor que el indicado por Cárdenas et al. (2013) quienes señalan porcentajes que llegan al 45.5 y el 46.8% en hombres y mujeres, respectivamente, en una muestra con jóvenes entre 15 y 25 años (citado en Valdivia et al, 2014).

Bajo estos lineamientos y con el objetivo de estudiar la violencia en las relaciones de noviazgo en contexto venezolano, Rodríguez (2013) realizó un estudio con jóvenes estudiantes de la Universidad de Los Andes en Mérida; con el objeto de analizar la prevalencia de jóvenes que incurren y son víctimas de agresión física y psicológica en sus relaciones de noviazgo, evaluar la frecuencia con la cual los jóvenes ejercen y se ven afectados por estas agresiones durante el noviazgo, ofrecer datos sobre la reciprocidad de la agresión psicológica y física y determinar la variedad de dichas agresiones experimentadas como víctima o perpetrador en la relación de noviazgo de jóvenes universitarios.

Para ello, el autor realizó un estudio de tipo no experimental empleando una muestra (no representativa) de 616 sujetos donde el 39.4% eran hombres y 60.6% eran mujeres, con edades que oscilaban entre 17 y 30 años; la muestra además fue tomada de tres facultades de la universidad merideña a saber: Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, Facultad de Humanidades y Educación y Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.

En cuanto a los resultados más relevantes; Rodríguez (2013) obtuvo con respecto a la variable prevalencia de agresión y victimización, que un 52.1% de los hombres reportó haber agredido físicamente de forma leve a su pareja, mientras que un 54% de las mujeres reportó haber ejercido el mismo tipo de agresión mediante las siguientes tácticas: lanzar objetos, amenaza de golpe, cachetear y morder. En cuanto a la victimización, el autor no encontró diferencias significativas entre ambos sexos, ya que tanto hombres como mujeres manifiestan haber recibido algún tipo de agresión física leve (60% y 40% respectivamente).

Al mismo tiempo, el autor señaló que las mujeres practican con mayor frecuencia la agresión psicológica (promedio 6.95 versus 6.97, $t=-2.60$, $p<0.01$). Por otra parte, al analizar la variedad de la agresión, el autor encontró diferencias significativas ($t=-2.94$, $p=<0.01$), revelando que las mujeres cometen hasta 5.09 formas distintas de agresión contra su pareja tanto física (leve como lanzar un objeto, cachetear o morder) como psicológica (negarse a hablar, insultar, maldecir o amenazar con golpear) en contraste con los hombres quienes tienden a cometer hasta 4.50 formas diferentes de agresión física leve (como golpear, patear, sujetar o empujar) y psicológica (marcharse, humillar, amenazar con golpear).

Por último, en lo que se refiere a los resultados de victimización y reciprocidad, el autor hace un aporte importante, pues revela que los hombres tienden a reportar con mayor frecuencia que las mujeres haber sufrido más agresiones psicológicas (promedio 7.01 versus 5.79, $t= 4.59$, $p<0.001$) y además dicen haber sido víctimas frecuentes de agresiones físicas leves (promedio 2.14 versus 1.58, $t=2.05$, $p=<0.05$). Mientras que en la variable reciprocidad señala que casi el 99% de los hombres y mujeres informan que la agresión psicológica es bidireccional, a la vez que

cerca del 46% de los hombres y el 42% de las mujeres manifiestan haber maltratado y ser maltratados por su pareja. Asimismo, es válido señalar que el 98% de los hombres y el 95% de las mujeres manifiestan no incurrir en agresiones físicas graves.

Con estos hallazgos, se pudo conocer que, cinco de cada diez universitarios ejerció violencia física leve en su relación actual y que el tipo de agresión que prevalece mayormente es la psicológica; estos datos son congruentes con los resultados obtenidos en investigaciones previas referentes a la ocurrencia de abusos psicológicos en comparación a otras tácticas de violencia (Corral, 2009). También resultó congruente con otros estudios los niveles de agresión/victimización que se comportan de forma similar (Corral y Calvete, 2006 y Ramírez, 2002 citado en Rodríguez, 2014). Sin embargo, los resultados que reportan que los hombres eran víctimas frecuentes de agresión física leve, concuerdan con los resultados obtenidos por Straus et al. (1998) y Magollón (2002) para el caso venezolano (citados en Rodríguez, 2014).

A este respecto, Morales, Montenegro, Pulido, Herazo y Campos-Arias (2011) efectuaron un estudio analítico transversal, que pretendió estudiar la prevalencia de abuso psicológico y de abuso físico por parte de la pareja, considerando algunas variables asociadas como la autoestima, funcionamiento familiar y trastorno mental común, en mujeres residentes en áreas socioeconómicas bajo de Bogotá (Colombia).

Para ello, los autores emplearon un muestreo intencional, seleccionando a un total de 290 sujetos de sexo femenino, las cuales se sometieron a una entrevista donde se les preguntó información demográfica básica. Entre los resultados más significativos, Morales, et al.

(2011) encontraron que el 68.6 % de las mujeres informaron sobre abuso psicológico y el 70.2% sobre abuso físico. Unido a estos resultados, los autores observaron que la baja autoestima, se relaciona tanto con abuso psicológico como con físico, mientras que la disfunción familiar se asoció significativamente con el abuso psicológico, pero no con abuso físico.

Sin embargo, Cáceres y Cáceres (2005) quienes realizaron un estudio no experimental y de campo, tenía por objetivo analizar la frecuencia y la intensidad de violencia física, psicológica y sexual en 60 jóvenes provenientes de Navarra, España; obtuvieron resultados opuestos a los planteados con anterioridad. Ya que encontraron diferencias significativas en los índices de violencia entre las relaciones de noviazgo y conyugales, tanto en violencia total ($F(1,58)=32.63; p < 0.000$), como en violencia física ($F(1,58)=31.65; p < 0.000$) y violencia psicológica ($F(1,58)=42.64; p < 0.000$) siendo las puntuaciones de violencia física y psicológica más bajas entre los novios, pero muy elevadas entre marido y mujer (matrimonio).

En este sentido, los autores aclaran que, si bien estos hallazgos afirman que hay una prevalencia mayor de violencia en el matrimonio, también parecen indicar que las respuestas de los más jóvenes pudieron estar influenciados por diversas causas, como por ejemplo; la deseabilidad social, que aún no han experimentado situaciones de crisis en sus relaciones de noviazgo que deban solventar a la fuerza o que simplemente no perciben tales conductas como agresiones, sino como formas de demostrar amor. Otra causa que pudiera explicar la inconsistencia de los resultados, según los mismos autores del estudio, es el tamaño pequeño de la muestra, por lo que recomiendan interpretar estos hallazgos con cautela (Cáceres y Cáceres, 2005).

Por otra parte, en cuanto a los factores asociadas a la violencia en el noviazgo; Allen, Rodríguez-Ortega, Chávez-Ayala y Lazcano-Ponce (2006) encontraron que la violencia en el noviazgo adolescente está influenciada por diversos factores tanto individuales como factores situacionales. Resultados similares fueron reportados por Rubio-garay, Carrasco, Amor y López-Gonzales, 2015 y por Windle & Mrug, 2009 (citado en Valdivia et al 2014) quienes señalan como factores personales baja autoestima, dificultad para regular las emociones, impulsividad entre otras; mientras que entre los factores externos se encuentran el nivel socioeconómico, bajos ingresos familiares, vivir en zonas con alto índice delincuencia, el estrés psicosocial, el consumo de alcohol, inicio temprano de las relaciones sexuales y bajo rendimiento escolar.

En apoyo a lo anterior, investigaciones retrospectivas de tipo cualitativos han confirmado que la violencia durante el noviazgo también puede verse influenciado por otros factores internos, como por ejemplo el género (Stephenson, Martsolf & Draucker, 2013). A este respecto, entre los estudios más relevantes que evidencian la asociación entre violencia en el noviazgo adolescente y el género se encuentra, el estudio de casos realizado por Salazar, Torres y Rincón (2005) sobre la violencia en la pareja, en víctimas y victimarios que acudían a la Medicatura Forense del Estado de Mérida, Venezuela en el lapso de Abril y Mayo de 2004, donde emplearon una muestra de 43 casos de los cuales 76.7% eran mujeres y 23.26% eran hombres.

Entre los resultados más relevantes se observó, que en primer lugar el 81.4% de las víctimas eran mujeres y el 18.6% de los victimarios eran hombres, siendo el tipo de maltrato más frecuente la violencia psicológica (97.67%) donde la manifestación más frecuente era el trato

vejatorio (48.84%). Seguido por la violencia física (86.05%) y en último lugar la violencia sexual (61.11%) donde 14 de los casos reportados era por contacto genital no voluntario y 7 por contacto no genital; por otra parte, de los 43 casos revisados, 42 han reportado haber sufrido daño psicológico reflejado en conductas de evasión y de defensa.

Estos datos obtenidos por Salazar et al. (2005) son importantes para fines del presente estudio, en primero lugar porque aporta información descriptiva de la población venezolana, sobre el tipo de maltrato más frecuente y las víctimas sobre quienes es ejercido usualmente. En segundo lugar, debido a que sugieren que si bien tanto hombres como mujeres pueden ser víctimas; estas últimas tienden a estar más expuestas a situaciones de riesgo o de desigualdad en las relaciones, donde el hombre suele ser percibido como la figura dominante o quien puede ejercer mayor poder y control en la relación; mientras que la mujer suele ser percibida como más sumisa. Esto podría estar influenciado por algunos factores culturales, que a través del lenguaje enmarca los roles que debería cumplir una persona según su género y que son transmitidos en el seno familiar.

A diferencia de estos hallazgos, Rey-Anaconda (2013) realizó un estudio cuyo objetivo principal era examinar la prevalencia general y por sexo de algunas conductas violentas (física, psicológica, sexual, económica y negligente); para lo cual realizó una investigación no experimental de campo y empleo una muestra total de 902 estudiantes, 417 varones y 485 mujeres provenientes de la universidad pública de Colombia cursantes de 22 carreras profesionales y que estuvo compuesta por adolescentes y jóvenes adultos solteros, con edades comprendidas entre los 15 y 35 años. Además, dicha muestra contaba con diversas características socioeconómicas, de modo que 4.8%

pertenecían a un nivel bajo; 34.6% nivel bajo; 42.6% medio bajo; 13.3% media; 2.2% media alta y 0.2% alta.

Entre los resultados más relevantes Rey-Anaconda (2013) encontró que el 85.6% reporta haber cometido al menos una conducta violenta, siendo las mujeres las que tienden a realizar con mayor frecuencia conductas de maltrato hacia la pareja (53.1%) en comparación a los hombres que mostraron una incidencia menor (46.9%); mencionando además, que las agresiones que se realizaron con mayor frecuencia fueron las conductas de maltrato psicológico (51.5%) y emocional (92.2%). También se encontró una correlación general positiva y estadísticamente significativa entre el tiempo de relación y la frecuencia de malos tratos ($r(860)=0.089$ $p=0.009$) así como con los tipos de maltrato estudiados: físico ($r(891)=.872$ $p=.000$); psicológico ($r(857)=.958$ $p=.000$); sexual ($r(898)=.772$ $p=.000$); económico ($r(902)=.739$ $p=.000$) y negligente ($r(901)=.772$ $p=.000$).

Sin embargo, este estudio presenta como limitaciones, que el instrumento utilizado tiende a recoger mayor información sobre maltrato psicológico, que de los otros tipos de maltratos y, el segundo, que el procedimiento para obtener la muestra no fue probabilístico, observándose una mayor proporción de participantes que pertenecían a nivel socioeconómico bajo; de manera que estos hallazgos deberán ser interpretados con cautela.

Resultados similares fueron observados por Pazos-Gómez, Oliva-Delgado y Hernando-Gómez (2014) quienes estudiaron la prevalencia de la violencia en las relaciones de parejas jóvenes y su relación con variables como: el sexo, el estatus socioeconómico, la edad, la duración de la relación, el sexismo, la tolerancia a la frustración, la existencia de un modelo de agresión en las relaciones interparentales o la presencia de problemáticas externalizantes.

Para ello realizaron una investigación no experimental y de campo, cuya muestra elegida a través de un muestreo de juicio de casos típicos, estuvo compuesta por 716 sujetos con edades comprendidas entre los 14 y los 20 años, siendo la edad promedio 17.39 años ($DT = 2.25$ años). Además, la muestra estuvo compuesta por 398 chicas (56%) y 314 chicos (44%); los cuales cursaban el segundo ciclo de Educación Secundaria Obligatoria, bachillerato, ciclos formativos y primer curso de la universidad, en diversos centros educativos públicos pertenecientes a la ciudad y provincia de Huelva- España.

Los resultados obtenidos con respecto a los diferentes subtipos de violencia que componen la sub-escala de violencia cometida, muestran que la violencia verbal/emocional fue ejercida tanto por los chicos ($M = 1.63$; $DT = 0.45$) como por las chicas ($M = 1.81$; $DT = 0.51$) de forma superior al resto de subtipos de violencias evaluadas, seguida de la violencia de tipo sexual (chicos $M = 1.40$; $DT = 0.42$; chicas $M = 1.24$; $DT = 0.33$). El subtipo de violencia que menos fue ejercida tanto en chicos como en chicas fue la violencia de tipo relacional (chicos $M = 1.12$; $DT = 0.34$; chicas $M = 1.07$; $DT = 0.25$).

Posteriormente, a través de un análisis de varianza, los autores mostraron la existencia de diferencias entre los subtipos de violencia cometida, el sexo y la edad de los sujetos, revelando que, respecto al ejercicio de violencia durante el noviazgo, el sexo muestra diferencias significativas $F(1,698) = 7.201$, $p = .007$, $n_2 = .01$, siendo las medias de las chicas ($M = 34.21$; $DT = 7.52$) superior que la de los chicos ($M = 32.64$; $DT = 6.80$). No obstante, no se obtuvieron resultados significativos para la variable edad ni para la interacción entre ambas.

En cuanto a la manifestación de violencia sexual, Pazos-Gómez, et. al (2014), encontraron diferencias significativas entre chicos y chicas,

$F(1,698) = 26.748, p < .001, n_2 = .04$, obteniendo el grupo de los chicos ($M = 5.55; DT = 1.68$) una media más alta que el de las chicas ($M = 4.94; DT = 1.32$). Viéndose que el ejercicio de violencia sexual durante el noviazgo los chicos eran mayormente los victimarios, en comparación con las chicas.

Finalmente, a través de un análisis de correlaciones mostraron que los varones obtuvieron correlaciones positivas significativas entre violencia cometida y todas sus subdimensiones, las variables sexismo y problemas externalizantes. Mientras que en las mujeres se observaron correlaciones positivas entre la violencia cometida y las variables conflictividad interparental, y problemas externalizantes.

No obstante y contrario a los hallazgos expuestos hasta ahora, hay autores que en sus investigaciones no han encontrado diferencias significativas en cuanto al sexo, tal es el caso de Rubio-Garay, López-González, Saúl y Elvira-Paniagua (2012) quienes tuvieron por objetivo general estudiar la direccionalidad y frecuencia de las diversas manifestaciones agresivas de tipo psicológica y físicas en el noviazgo, teniendo en cuenta el sexo de los miembros de la pareja. Para ello efectuaron una investigación ex post facto prospectivo simple y emplearon un muestreo no probabilístico accidental, contando con un total de 69 estudiantes, de los cuales el 49.3% son hombres y 50.7% son mujeres, entre los 16 y 27 años, todos estudiantes de un instituto público de Madrid donde 27 cursaban bachillerato y 42 formación profesional de grado medio.

Entre los resultados más relevantes, se observó que el 98.55% de los participantes informaron del empleo recíproco de la violencia psicológica y en menor medida agresión física (39.13%). Por otra parte, la relación sexo y direccionalidad entre agresión psicológica y física

arrojan que el sexo no hizo una aportación significativa y no predijo la direccionalidad de la agresión psicológica (Wald= .000, $p= .998$) al igual que en la agresión física (Wald= .372, $p=.542$).

En cuanto a la asociación agresión cometida y sufrida en función del sexo, los autores señalan que ninguna mostró efectos significativos con el sexo (agresión cometida: $F(1.65)= 0.312$, $p=.578$, $n2=.005$ y agresión sufrida): $F(1.65)=2.638$, $p=.109$, $n2=.039$). Por otro lado, en el análisis de las diversas formas de agresión cometida y agresión sufrida; se encontró que con la primera variable, hay diferencias significativas que sugieren que la agresión psicológica fue la forma más empleada ($F(2.64)=175.994$, $p=.000$, $n2=.730$), seguida de la agresión física. Con la segunda variable, se encontraron diferencias significativas entre los tres tipos de agresión ($F(2.64)=194.755$, $p<.001$, $n2= .750$).

Esta investigación sugiere que la violencia es recíproca y que el sexo no predijo la direccionalidad de la agresión psicológica o física. Tampoco se encontraron diferencias significativas entre sexo y agresión sufrida ni entre sexo y agresión cometida.

Algo semejante obtuvo Corral (2009) en su estudio de tipo no experimental transversal, el cual tuvo por objetivo principal, aportar mayor evidencia sobre la existencia de la violencia en el noviazgo de 1081 jóvenes universitarios provenientes de la provincia de Bizkaia y con edades entre 18 y 30 años. Siendo sus hallazgos más relevantes, que en la escala de agresión total, el 62.7% de los hombres reporta hallarse en una relación físicamente violenta, donde ambos miembros de la relación maltrataban a su pareja; al igual que el 48.2% de las mujeres quienes informaron estar en relaciones mutuamente agresivas.

Ahora bien, es valioso señalar que al contrastar los tipos de violencia en el noviazgo, con la variable sexo, Corral (2009) encontró algunos resultados inconsistente; debido a que halló que no existen

diferencias significativas en la escala de abuso psicológico y lesiones; pero sí encontró discrepancias para la agresión física menor ($\chi^2= 21.42$, $p<.001$, V de Cramer=.33 $p<.001$), coerción sexual menor ($\chi^2=53.94$, $p<.001$, V de Cramer= .58 $p<.001$), agresión física total ($\chi^2=20.45$, $p<.001$ V de Cramer=.31 $p<.001$) y coerción sexual total ($\chi^2=52.98$, $p<.001$ V de Cramer=.57 $p<.001$).

En síntesis, todos los estudios expuestos hasta ahora, son relevantes para el presente trabajo, ya que coloca en tela de juicio las diversas opiniones que se tienen, acerca de la relación que pudiera tener el género con la violencia dentro del noviazgo juvenil y pone en evidencia algunas incongruencias en las conclusiones, que van desde la ausencia de asociación entre ambas variables, hasta los hallazgos que sugieren que el hecho de ser hombre o mujer puede tener correlación con haber cometido o sufrido algún tipo de violencia en el noviazgo. En este sentido, es menester, indagar si los jóvenes de la población venezolana tienen un comportamiento similar al reportado por alguno de los autores citados.

Sin embargo, dadas las características sociopolíticas de Venezuela, es necesario considerar la influencia de algunos factores externos, que en muchos casos persisten en dicha sociedad y que son transmitidos o reforzados principalmente por el seno familiar, por lo cual es imperativo adentrarse en el estudio de este microsistema social, especialmente lo que respecta al funcionamiento de la misma.

Siguiendo este orden de ideas, Merten (2008), señala que dentro de los factores que han contribuido a la justificación de la violencia en los jóvenes, se encuentra el modelamiento de conductas violentas entre los padres, experimentada en la infancia como por ejemplo: ser humillado/a por la pareja y/o el acto de violencia como represalia a

una agresión ejercida previamente (Citado en Valdivia et. al 2014). Además, se ha encontrado que, aquellos niños o jóvenes expuestos a violencia entre los padres, desarrollan visiones distorsionadas acerca de la aceptabilidad de la violencia: comienzan a creer que es común, justificable y a menudo la única vía para resolver los problemas. Incluso, en la mayoría de los casos, tienden a pensar que esa violencia ocurre por responsabilidad de ellos mismos (Nabors et al., 2006; Howell, Miller & Graham-Bermann, 2012; Jouriles, McDonald, Mueller & Grych, 2012 citado en Valdivia et al 2014).

A este respecto, Rey-Anaconda (2011) realizó un estudio que tuvo por objetivo determinar si la exposición a la violencia entre los padres podría relacionarse con el informe de haber sido objeto de algún tipo de maltrato por parte de la pareja en el noviazgo. Para llevarlo a cabo, el autor realizó una investigación no experimental de campo y empleó una muestra de 403 estudiantes, solteros y sin hijos entre los 15 y 30 años, de los cuales 149 eran varones y 254 mujeres; todos provenientes de una universidad pública en Colombia y vivían en zonas de estrato socioeconómico medio-bajo (48.4%) y bajo (32.6%).

Entre los hallazgos más relevantes, Rey-Anaconda (2011) encontró, que los jóvenes que reportan haber sido víctimas de maltrato por parte de su pareja, informaron con una frecuencia significativamente mayor, haber presenciado groserías, insultos y humillaciones del padre hacia la madre en comparación a aquellos que no informaron haber sufrido algún tipo de agresión ($\chi^2 [1.401] = 5.956, p = .012$). Por otra parte, al comparar el grupo en cuanto a la variable; haber presenciado algún tipo de violencia entre sus padres, el autor observó que el grupo de jóvenes que estuvo expuesto a este tipo de situaciones, reportó haber

recibido algún tipo de agresión por parte de su pareja, mostrando valores significativamente más elevados ($\chi^2 [1.403] = 7.853, p = 0.005$).

Asimismo, en la comparación por sexo, el autor reportó que las mujeres víctimas de algún tipo de maltrato por parte de su pareja, presenciaron con mayor frecuencia conductas violentas en comparación a los hombres, que se evidencia en los siguientes valores: a) actos de violencia física del padre hacia la madre (mujeres=24% y hombres= 13.6%, $\chi^2 [1.333] = 5.293, p = .024$) y grosería, insultos o humillaciones del padre hacia la madre (mujeres=18.4% y hombres=4%, $\chi^2 [1.331] = 14.079, p = .000$).

Por último, en la comparación entre adolescentes y adultos jóvenes Rey-Anacona (2011) encontró que no existían diferencias significativas en relación con las conductas violentas analizadas. Del mismo modo, el porcentaje de adolescentes cuyas edades oscilaban entre los 15 a 20 años que presenciaron al menos una conducta de violencia entre sus padres no fue significativamente diferente al porcentaje de adultos jóvenes encuestados con edades entre 21 a 35 años ($\chi^2 [1.333] = .407, p = .604$), lo cual indica que el riesgo de ser víctima de violencia en las relaciones de noviazgo es igual entre ambos grupos.

Sin embargo, el autor señala que una de las limitaciones de dicha investigación consistió en que la muestra provenía de un nivel socioeconómico bajo o medio-bajo y con estudiantes universitarios, dificultando la posibilidad de generalizarlo estos hallazgos a otros individuos que provengan de otro estrato socioeconómico y niveles educativos, por lo que sus resultados deben ser interpretados con cautela.

A razón de lo expuesto antes, Rey-Anacona (2015) replicó su investigación previa, siendo más abarcativo en cuanto a los datos sociodemográficos de la muestra; siendo el objetivo principal comparar a un grupo de adolescentes y adultos que habían ejercido algún tipo de maltrato hacia su pareja en el noviazgo, en relación al número de actos violentos observados en sus padres. De igual modo, consideró la correlación de las puntuaciones obtenidas en otras variables, a saber: rasgos agresivos, comunicación de pareja y en afirmaciones a favor de la violencia en el matrimonio.

Para ello realizó una investigación no experimental de campo y empleó una muestra de 902 estudiantes vinculados a una universidad pública de Colombia, de los cuales 417 eran varones y 485 eran mujeres entre 15 y 35 años de edad; dichos estudiantes vivían en zonas de estrato socioeconómico bajo-bajo ($n=43$), bajo ($n=312$), medio-bajo ($n=384$), medio ($n=120$), medio-alto ($n=20$) y alto ($n=2$) y cursaban entre el primer y el noveno semestre de 22 carreras profesionales y de licenciatura.

Entre los resultados más notables, Rey-Anacona (2015) encontró que existen diferencias significativas entre el grupo de estudiantes que habían agredido a su pareja (NV) y habían presenciado algún tipo de acto violento entre sus padres, en comparación al grupo de estudiantes que no había ejercido este tipo de comportamientos; resultados que coinciden con los reportados en el estudio anterior del mismo autor (Rey-Anacona, 2011). Además, en el grupo (NV), los varones presentaron puntajes significativamente elevados en rasgos de agresividad, dominación e intransigencia; tendencia que también se observó en el grupo de mujeres ($d=0.24$) pero no entre los varones ($d=0.11$). Del mismo modo, este grupo mostró un número significativamente mayor de

enunciados a favor de la violencia en el matrimonio, con un tamaño del efecto bajo tanto en hombres ($d=0.16$) como en mujeres ($d=0.23$). Sin embargo, no se encontraron diferencias significativas entre los grupos en comunicación con la pareja, ni entre los grupos de mujeres ($d= -0.12$) y hombres ($d= 0.06$).

En cuanto a las correlaciones, Rey-Anaconda (2015) reportó, que en general la frecuencia de maltratos hacia la pareja correlaciona positivamente con el número de conductas violentas presenciadas entre los padres ($r=.251$, $p=.000$), con puntuaciones en rasgos agresivos, dominación e intransigencia ($r=.261$, $p=.000$) y con el número de enunciados a favor del uso de la violencia en la pareja ($r=.260$, $p=.000$), mientras que correlaciona negativamente con la puntuación en comunicación de pareja ($r= -.173$, $p=.000$).

Estos resultados fueron similares al estudio anterior al considerar la variable sexo, ya que en el caso de los hombres mostraron correlaciones positivas entre conductas de maltrato presenciadas ($r=.286$, $p=.000$), rasgos agresivos, dominación e intransigencia ($r=.232$, $p=.000$) y enunciados a favor del uso de la violencia en el maltrato ($r=.277$, $p=.000$); así como también mostraron correlaciones negativas entre conductas violentas presenciadas y comunicación en la pareja ($r= -.180$, $p=.000$).

Asimismo, en cuanto al grupo de mujeres, se observaron que las correlaciones fueron positivas, respecto a las conductas de maltrato presenciadas ($r=.220$, $p=.000$), rasgos agresivos, dominación e intransigencia ($r=.274$, $p=.000$) y enunciados a favor del uso de la violencia en el maltrato ($r=.236$, $p=.000$), mientras que con la comunicación en la pareja resultó ser una correlación negativa ($r=-.162$, $p=.000$) (Rey-Anaconda, 2015).

En conclusión, estos resultados si bien corroboraron los hallazgos obtenidos en el estudio del 2011, donde se señala una relación entre la ejecución de conductas violentas en el noviazgo y haber observado actos violentos entre los padres, el cual pudo haber propiciado un entorno familiar disfuncional, también evidenciaron, que la ejecución de las conductas agresivas en las relaciones de adolescentes y adultos jóvenes parece asociarse con rasgos de personalidad y actitudes a favor del maltrato en el matrimonio; aspecto que se puede apreciar en ambos sexos aunque el tamaño del efecto sea bajo.

En otro estudio realizado por Rey-Anaconda et al., (2016) cuyo objetivo principal fue someter a prueba dos modelos: uno para la victimización y otro para la perpetración. De igual modo, los autores incorporaron la variable funcionalidad familiar, cuyas dimensiones fueron: mantenimiento del sistema, cambio del sistema, individuación y coherencia, como posible predictora de las conductas de maltrato en el noviazgo. Para este estudio, emplearon una muestra de 589 estudiantes, de los cuales 294 eran mujeres y 295 eran hombres, con edades que oscilaban entre los 12 y 22 años de edad y que provenían de tres colegios públicos de la ciudad de Tunja (Boyacá, Colombia) donde cursaban desde noveno a undécimo grado. Cabe acotar que para esta investigación, los autores consideraron el número de experiencias de noviazgo previas como una posible variable moduladora entre ambas variables de estudio.

Entre los resultados obtenidos más resaltantes, se encuentran que las correlaciones de Spearman señalan que, la puntuación global de funcionalidad familiar y en particularmente, la obtenida en la dimensión de mantenimiento del sistema, correlacionaron negativamente y de forma estadísticamente significativa con la frecuencia de malos tratos

en general (sufrida y perpetrada); así como también con el tipo de maltrato, obteniendo una correlación de $r = -.022$ para la violencia psicológica, $r = -.089$ para la violencia emocional, $r = -.054$ para la violencia física, $r = -.097$ para la violencia económica, y $r = -.045$ para la violencia de tipo sexual (Rey-Anaconda et al., 2016).

De igual manera, la funcionalidad familiar y sus dimensiones correlacionaron de manera inversamente proporcional con el número de relaciones de pareja previa ($r = -.16$), mientras que esta última, también correlacionó significativamente, pero de manera positiva, con la frecuencia de malos tratos en general y con sus modalidades, a excepción del tipo de violencia sexual (violencia psicológica $r = .028$; violencia emocional $r = .043$; violencia física $r = .029$; violencia económica $r = .139$ y violencia sexual $r = .008$) (Rey-Anaconda et al., 2016).

En resumen, estos resultados sugieren que mientras mayor sea el número de relaciones previas, mayor será el riesgo de ejercer malos tratos hacia la pareja. Adicionalmente, a menor funcionalidad familiar mayor será la probabilidad de sufrir y perpetrar malos tratos en el noviazgo adolescente.

En un marco de investigación similar González-Méndez y Santana-Hernández (2001), focalizaron su trabajo en analizar el nivel de violencia de pareja existentes en los jóvenes encuestados. Específicamente, estudiaron el clima familiar (violencia marital observada, castigo físico recibido, afecto recibido de los progenitores y grado en que los consideran justos) y las expectativas respecto a la pareja (que la pareja se lo cuente todo, sepa defender su opinión, y sea atractiva). Para ello, realizaron un estudio de tipo no experimental de campo, cuya muestra estuvo integrada por 1.146 estudiantes, proveniente de la provincia de Santa Cruz de Tenerife, España; con edades que oscilaron entre 16 y 18

años (63.4% mujeres y 36.6% varones) de los cuales, el 76.4% había tenido pareja en algún momento.

En cuanto a los resultados obtenidos, los autores reportan, que las variables que mejor predicen la violencia de los varones, son la violencia hacia la madre, el deseo de que la pareja no defienda sus opiniones y sea atractiva, y el nivel de castigo recibido del padre ($R^2 = 0.21$; $F(4,298) = 20.45$; $p \leq 0.001$). En cambio, para el caso de las mujeres, las variables que mejor predicen la violencia hacia su pareja, son la violencia ejercida por la madre, el castigo recibido por el padre, el deseo de que la pareja sea atractiva y el grado de afecto recibido de la madre ($R^2 = 0.10$; $F(4,560) = 15.79$; $p \leq 0.001$).

Dichos resultados, permitieron a los autores concluir que los jóvenes más agresivos con sus parejas, son los que han observado más violencia en sus madres y han recibido más castigo físico de sus padres. Asimismo, el afecto recibido de las madres predice la violencia de las mujeres, cuando este factor va unido a los anteriores. Por lo cual, de manera general afirman que los jóvenes expuestos a un contexto familiar violento, donde haya carencia de afectos y presencia continua de castigos, tienen mayor tendencia a mostrarse agresivos en sus propias relaciones de pareja.

Ahora bien, las evidencias presentadas por Rey-Anaconda (2011, 2015, 2016) y González-Méndez et al. (2001) se consideran de gran valor para la presente investigación, debido a que muestra que la observación de este tipo de conductas en el contexto familiar, juegan un papel significativo en el desarrollo de los adolescentes y podría ser considerado como un factor de riesgo al momento de contemplar las relaciones de noviazgo entre los jóvenes que transitan por esta etapa evolutiva; ya que los jóvenes perciben a los padres como un modelo a seguir y aprenden que la violencia es una forma habitual de relacionarse

con otros o de resolver los conflictos que surgen en las relaciones de pareja. En este sentido, González-Méndez et al. (2001) mencionan que un factor protector para evitar la aparición de este fenómeno, es el buen funcionamiento familiar, ya que permitiría que el adolescente establezca vínculos sociales adaptativos, afectuosos y adecuados; además de evitar otras conductas de riesgo tales como; consumo de alcohol, drogas, embarazo no deseado, delincuencia, entre otros.

Como complemento a lo planteado por los autores anteriores, Foshee, Benefield, Suchindran, Ennett, Bauman, Karriker-Jaffe, McNaughton-Reyes y Mathias (2009) consideran que además de la dinámica familiar que se desarrolla entre los miembros que la componen, pueden haber otras características de tipo socio demográficas que pudieran estar asociadas al funcionamiento familiar y a la violencia en el noviazgo adolescentes, las cuales deberían ser consideradas al momento de estudiar el fenómeno, tales como la etnia, la estructura familiar e incluso el nivel socioeconómico.

Visto desde esta perspectiva y en relación a lo expuesto antes, Foshee et al. (2009) realizaron una investigación no experimental de campo y correlacional que tenía por objetivo central determinar si las características demográficas (estatus socioeconómico, manifiesto a través del nivel de estudio de los padres, estructura familiar, la edad y el sexo) están asociados con la trayectoria de la violencia en el noviazgo, según los cuatro tipos de maltrato (físico moderada, físico severo psicológico y sexual).

Para verificar esta hipótesis, los autores seleccionaron una muestra de 973 adolescentes que cursaban el 8vo y 9no grado de 14 escuelas en un condado principalmente rural en Carolina del Norte, con edades comprendidas entre 13 y 15 años al inicio del estudio. De los 973

adolescentes, 478 fueron varones y el resto mujeres (n= 195), 782 (80,37%) eran de hogares biparentales, es decir que vivían con ambos padres; 724 (74,41%) eran blancos, 176 (70,68%) eran negros y el otro 73 eran asiáticos, indio americano o adolescente de raza mixta.

En cuanto a los resultados más relevantes obtenidos por Foshee et al. (2009); se encuentra que el tipo de violencia más frecuente en el noviazgo de adolescentes era el de tipo psicológico, seguido por el abuso físico moderado, el abuso severo y por último el sexual. Por otra parte, al calcular la trayectoria de la pendiente para cada una de las cuatro modalidades de violencia en función de la edad, los resultados evidenciaron que la pendiente para abuso físico y sexual dio negativa y estadísticamente significativa, siendo el pico de edad para cometer el abuso físico moderado fue de 17,1 años; mientras que la edad máxima para el abuso físico grave fue de 16,3 años; y el pico de edad para cometer el abuso sexual fue de 16,3 años. Por otra parte, la pendiente para el abuso psicológico no es estadísticamente significativa, pero la pendiente lineal fue positiva y estadísticamente significativa para este tipo de violencia, lo que indica que los adolescentes de 13-19 años de edad, en general, aumentaron el uso de la violencia psicológica en el noviazgo a través del tiempo.

En cuanto al nivel de estudio de los padres, Foshee, et. al (2009) reportaron que los adolescentes con padres que no completaron la secundaria obtuvieron un puntaje promedio de 0.31 sugiriendo una mayor probabilidad de practicar abuso psicológico y abuso físico moderado hacia su pareja, en contraste a los adolescentes con padres que culminaron la educación universitaria. Sin embargo, la educación de los padres no parece estar asociada con abuso físico severo y sexual en el noviazgo adolescente.

Por último respecto a la estructura familiar, los autores encontraron una asociación entre cometer violencia psicológica o física severa en el noviazgo y la estructura familiar biparental, las cuales presentaron una media de 0.82 puntos por debajo en la prevalencia de este tipo de maltratos, en comparación con los adolescentes que vivían en hogares con un solo padre, sugiriendo una menor probabilidad de cometer este tipo de actos contra la pareja. Por su parte, los jóvenes que vivían en hogares con una estructura familiar monoparental, tenían una media de 0.16 puntos por encima en la prevalencia de violencia física; sugiriendo una mayor probabilidad de ejercer este tipo de agresiones hacia su pareja, en comparación a los adolescentes que viven en hogares con estructura familiar biparental. No obstante, los autores no observaron una asociación entre la estructura familiar y el abuso sexual a cualquier edad.

Sobre la base de las evidencias expuestas, referentes al funcionamiento familiar, cabe mencionar que estos hallazgos son importantes para el presente trabajo porque muestra el impacto que tiene para los jóvenes y sus relaciones íntimas, el vivir en un contexto familiar violento, no solo por el hecho de que estos patrones son aprendidos por los adolescentes y posteriormente reproducidos en el contexto interpersonal, sino también por el hecho de que este tipo de actos afectan en mayor o menor medida la dinámica familiar, al punto de alterar su funcionamiento y el desarrollo de los miembros que la conforman; ya que se convierten en un factor de riesgo que aumenta la vulnerabilidad de los adolescentes de involucrarse en relaciones amorosas violentas, debido a que no logran percibir que los comportamientos que realizan o sufren por parte de su pareja son dañinas para su salud física y mental, pues las consideran como formas habituales de relacionarse con otros o de resolver los problemas.

Adicionalmente, en estas investigaciones ha sido evidente que, para algunos autores como Rey-Anacona (2011, 2015, 2016) y Foshee, et. al (2009) el nivel socioeconómico es uno de los factores contextuales que pudiera estar desempeñando un rol importante en la prevalencia de la violencia en el noviazgo adolescente; ya que incide en la familia de manera general. Aunque los resultados han sido inconclusos, por lo que es menester continuar ampliando lo referente a dicha variable (Salazar y Saravo, 2011).

En apoyo a lo previamente planteado, Foshee, Ennett, Bauman, Benefield & Suchindran (2005) efectuaron una investigación que pretendía indagar la relación entre etnia racial, estatus socioeconómico, estructura familiar y violencia en parejas adolescentes. Para ello, realizaron un estudio no experimental de campo, con un total de 1218 adolescentes cursantes del 8vo y 9no grado de la escuela Johnston County Public en Carolina del norte, Estados Unidos. Dicha muestra, tenía una edad promedio de 13,8 años y estuvo compuesta por 200 sujetos afro descendiente y por 1018 sujetos de tez blanca, de los cuales 689 eran hembras y 529 eran varones, mientras que 988 vivían con ambos padres y 230 con un solo padre.

Entre los resultados más relevantes, los autores obtuvieron que la relación entre ser testigo de la violencia entre los padres y la ocurrencia de violencia en el noviazgo adolescente, fue moderada por la estructura de la familia y la raza, mientras que la dirección de la relación variaba dentro de los estratos socioeconómicos. En otras palabras, Foshee, et. al (2005) encontró, que ser testigo de violencia entre los padres, predice la violencia en el noviazgo de adolescentes que viven en hogares con un solo padre, pero no lo predecía en los jóvenes que vivían en hogares con ambos padres. De igual modo, observó que en

cuanto al nivel socioeconómico, el castigo corporal materno se asoció positivamente con la violencia en el noviazgo adolescente en jóvenes afro-descendientes cuyas madres tenían bajos niveles de educación ($B = 0.78, p = .001$).

Adicionalmente, los autores reportaron una mayor incidencia de violencia entre los padres en las familias cuya estructura era biparental (ambos padres) de los adolescentes afro descendientes, en contraste con los jóvenes de tez blanca. Asimismo, los jóvenes afro-descendientes reflejaron mayor violencia en sus relaciones de pareja que los adolescentes de tez blanca. Dichos resultados evidencian diferencias en la perpetración de violencia de acuerdo al tipo de raza y estructura familiar ($B = -0.90, p = .003$). En conclusión, dichos resultados afirman, que existe una relación estructura familiar, el nivel de estudio de los padres y la aparición violencia posterior en el noviazgos de los adolescentes; siendo estas primeras variables un factor que aumenta la perpetración de las agresiones en las relaciones de pareja.

Hallazgos similares obtuvieron los autores Malik, Sorenson, Aneshelsen (1997) quienes en su estudio reportaron, que tanto la estructura familiar como el nivel socioeconómico y el nivel educativo de los padres puede ser un factor de riesgo para la violencia en el noviazgo de los jóvenes. Específicamente, los autores encontraron que, para las mujeres la estructura familiar y el nivel de educación de los padres eran factores importantes ya que, las chicas que vivían con una figura parental que además tenía un nivel educativo alto (universitario), aumentaba la probabilidad de que cometiera o sufriera algún tipo de agresión en la relación amorosa. Mientras que, en el caso de los hombres las variables que aumentan la propensión a ser víctimas o agresores, es la edad, vivir con un solo padre (estructura familiar

monoparental) y estar expuesto a violencia en la comunidad a través de armas o lesiones.

Asimismo, Mailk, et. al (1997) plantean que este riesgo elevado puede deberse a que un nivel más alto de educación en los padres, podría dar lugar a un empleo que requiera más horas de trabajo y en consecuencia menos tiempo para supervisar a los hijos. Finalmente, cabe destacar que para llegar a estas conclusiones los autores realizaron una investigación de tipo no experimental de campo y encuestaron a un total de 719 jóvenes entre 14 y 17 años, provenientes de cinco escuelas secundarias, ubicadas en el distrito escolar unificado de Long Beach, Los Ángeles. Dicho distrito está compuesto por una población de 438.771 personas en el que el 57% son blancos, 23% son latinos, 13% son afroamericanos y 13% son asiáticos, lo que permite abarcar un amplio espectro económico.

Otro estudio relevante, y a su vez contradictorio a los resultados expuestos por Mailk, et. al (1997), es el realizado por Halpern, Oslak, Young, Martin y Kupper (2001) quienes pretendían examinar la prevalencia de la victimización y su relación con factores sociodemográficos, que generan un riesgo potencial para la victimización en el adolescente, tales como: el género y el nivel socioeconómico manifestado a través del nivel de estudio de los padres; para lo cual realizaron una investigación no experimental de campo y correlacional, empleando para ello, una muestra de 7500 adolescentes heterosexuales, que informaron haber mantenido alguna relación amorosa en los últimos 18 meses.

Entre sus hallazgos resaltan, que en general el 32% de los encuestados informaron, haber experimentado violencia sexual en las relaciones de pareja, el 13% mencionó haber sido víctima de agresiones

físicas (empujones 10% y arrojar objetos 3%) y la mayoría reportó haber recibido algún tipo de agresión psicológica, agregando que era normal (55%) (Halpern, et. al, 2001).

Por otro lado, al agregar las variables socio-demográficas, los autores encontraron que los varones que vivían en familias con estructura de tipo biparental, que tenían al menos un padre universitario, tenían menos probabilidades de sufrir algún tipo de agresión en las relaciones de pareja, en comparación a los chicos que tienen al menos un padre solo con estudios de secundaria y cuya estructura familiar era biparental. Por otro lado, en el caso de las mujeres que vivían en una familia monoparental, cuyo padre o madre había cursado sólo la escuela secundaria, tenían una mayor probabilidad de ser víctimas de algún tipo de agresión en las relaciones de noviazgo, en comparación a aquellas chicas que vivían con ambos padres pero que solo habían cursado la escuela secundaria.

En resumen, estos hallazgos parecen indicar que existe una relación negativa entre el nivel socioeconómico medido a través del nivel de educación de los padres y la violencia en la pareja. En otras palabras, en la medida que los padres tengan una educación universitaria que les permita ubicarse en estratos socioeconómicos altos o medio-altos, los adolescentes tendrán menos riesgos de sufrir o perpetrar algún tipo de agresión en sus relaciones de noviazgo; incluso si la estructura familiar es monoparental.

A conclusiones similares llegó Moreno-Martín (1999) quien en su estudio, tenía por objetivo realizar un análisis descriptivo y comparativo de la violencia en la pareja en ocho ciudades y determinar qué variables están relacionadas con la prevalencia de dicho fenómeno. Obteniendo entre sus resultados que, en cuanto a las variables nivel de

estudio y nivel socioeconómico, las personas que habían realizado estudios universitarios y se ubicaban en niveles socioeconómicos altos, reportaron haber cometido menos violencia contra su pareja, en contraste a aquellas personas que carecían de estudios o tenía la primaria incompleta y que se ubicaban en estratos socioeconómicos bajos.

Ahora bien, pese a que las evidencias expuestas hasta ahora indican que existe una asociación entre nivel socioeconómico y la violencia en las relaciones de pareja adolescente; hay autores que reportan que tal relación no es significativa entre ambas variables. Un ejemplo de esto, lo muestran Lavoie y Vézina (2002) quienes realizaron una investigación de tipo no experimental, con el objetivo de describir la incidencia de violencia cometida o sufrida en el noviazgo de adolescentes entre los 13 y 16 años de edad, tomando en cuenta las características del entorno familiar (estructura familiar monoparental, estatus socioeconómico manifestado a través del nivel de ingreso familiar, apoyo emocional paterno, exposición a violencia familiar y número de parejas sexuales) y las características personales de los adolescentes.

En cuanto a los factores asociados a estos hallazgos más relevantes, Lavoie y Vézina (2002) encontraron que en el caso de las chicas que reportar haber sufrido algún tipo de agresión durante sus relaciones de pareja, las características personales que dieron significativas fueron el consumo de sustancias; como drogas o alcohol, baja autoestima, haber sufrido violencia en el contexto escolar, el nivel de apoyo emocional por parte de la madre. Sin embargo, las variables referentes al entorno familiar no resultaron ser significativos para el estudio.

Respecto a la violencia cometida por los varones, los autores observaron, que en general aquellos jóvenes que admitieron haber realizado algún tipo de agresión hacia su pareja (física, sexual o psicológica); presentaron como características personales: problemas en el comportamiento, haber sido víctima de violencia en el colegio, haber sido expuestos a violencia doméstica y tener bajo nivel de autoestima. Mientras que, entre las variables referentes al entorno familiar, tales como el nivel de apoyo emocional de los padres, la estructura familiar y el nivel de ingreso familiar, encontraron que los resultados no fueron significativos.

Por lo que para Lavoie y Vézina (2002) la variable referente al nivel socioeconómico representada a través del ingreso familiar, tanto para el caso de las víctimas como para los victimarios, no se asoció de forma estadísticamente significativa con la violencia en el noviazgo de los adolescentes.

Para concluir, el conjunto de evidencias empíricas expuestas previamente sobre el nivel socioeconómico, son relevantes para el presente estudio porque reflejan una serie de conclusiones inconsistentes respecto al efecto y asociación que puede tener dicha variable medido a través de diferentes aspectos (ingreso familiar o nivel educativo de los padres); sobre la violencia en el noviazgo de jóvenes adolescentes, despertando así el interés por parte de las autoras para poder esclarecer las incongruencias y ampliar el conocimiento que se tiene sobre el área.

Por otro lado, a modo general se pudo observar que si bien los diferentes hallazgos citados concuerdan en que existe una alta incidencia de violencia en las relaciones de pareja de los adolescentes, lo cual queda en evidencia a través de los datos descriptivos referentes a la prevalencia del fenómeno; así como también reflejan la asociación

entre las variables de estudio, a saber: género, funcionamiento familiar y nivel socioeconómico. Resulta muy llamativo las inconsistencias respecto a quién suele ser la víctima o el perpetrador más común de este tipo de agresiones, en una población con estas características, ya que algunas investigadoras reportan que la perpetración suele ser bidireccional mientras que otras señalan una mayor participación por parte de las mujeres u hombres.

Algo semejante ocurre con la variable el nivel socioeconómico, ya que se ha observado que para algunos autores aquellos jóvenes que se ubican en un estrato socioeconómico bajo caracterizado por bajos ingresos familiares y un bajo nivel educativo de los padres tienden a ser más propensos a agredir a su pareja, en contra posición a otros expertos que sugieren que dicha asociación no es significativa. Mientras que con la variable; funcionamiento familiar si bien es considerada como un factor protector, que disminuyen los riesgos de que los adolescentes se involucren en relaciones violentas cuando esta es óptima; algunos autores plantean que su asociación está relacionada con otros factores como por ejemplo el estatus socioeconómico en el que se ubica la familia.

Con lo mencionado hasta ahora, es válido señalar que el aporte de estas investigaciones, radica no solo en que ofrecen una manera de organizar los distintos factores que inciden sobre la violencia en el noviazgo y cómo podría trabajarse con ellas; sino que al tener una noción sobre el papel que juega cada factor, permitiría elaborar planes de intervención primarios y secundarios más efectivos, en especial en población de jóvenes adolescentes, de manera que se les proporcione información útil que les permita detectar cuando se encuentran en una relación amorosa de maltrato.

Adicionalmente, generan una línea investigativa novedosa, que puede resultar interesante y enriquecedora, pues ampliaría el espectro de variables que pueden o no incidir en la aparición de dicho fenómeno en esta población particular. Por este motivo, el presente trabajo, tuvo por objetivo principal, efectuar un estudio correlacional para verificar las asociaciones existentes entre el nivel socioeconómico, género, funcionamiento familiar y la violencia en el noviazgo de adolescentes y si dichas variables se comportan de manera similar en la población venezolana, así como determinar la prevalencia de dicho fenómeno.

Teniendo en cuenta lo anterior, se presenta a continuación el capítulo correspondiente al marco metodológico, en el cual se expondrá el problema de investigación, las hipótesis generales, específicas y estadísticas planteadas, el tipo y diseño de investigación, así como los instrumentos y procedimientos realizados para cumplir con el objetivo.

III- Método

Problema de Investigación

¿Cómo es la relación entre el género, funcionamiento familiar, nivel socioeconómico y la violencia durante el noviazgo de adolescentes con edades comprendidas entre los 14 y 17 años?

Hipótesis general

El género, funcionamiento familiar y nivel socioeconómico se asocian con la prevalencia de violencia en el noviazgo de adolescentes entre los 14 y 17 años de edad, pertenecientes a diversos colegios ubicados en diversas zonas de la Gran Caracas.

Hipótesis específicas

1. Se espera que las mujeres sean más propensas a realizar violencia en el noviazgo de tipo psicológica.
2. Se espera que los hombres sean más propensos a realizar violencia en el noviazgo de tipo físico.
3. Se espera que los hombres sean más propensos a realizar violencia en el noviazgo de tipo sexual.
4. Se espera que a menor funcionamiento familiar, mayor violencia en el noviazgo de adolescentes.
5. Se espera que a menor nivel socioeconómico, mayor violencia en el noviazgo de adolescentes.
6. Se espera que la violencia psicológica sea mayor que la violencia física.

7. Se espera que la violencia psicológica sea mayor que la violencia sexual.
8. Se espera que la violencia física sea mayor que la violencia sexual.

Hipótesis estadística

Ho= no existe una relación entre el género, funcionamiento familiar, nivel socioeconómico y violencia en las relaciones de noviazgo de adolescentes.

H1= se espera que exista una relación entre el género, funcionamiento familiar, nivel socioeconómico y violencia en las relaciones de noviazgo de adolescentes.

Definición de variables

Variable independiente:

Género

Definición conceptual: construcción social o cultural sobre, el qué es ser mujer u hombre (Papalia, et al., 2009).

Definición operacional: Atribución realizada por los individuos de la muestra en el cuestionario de datos, la cual constituye una variable categórica con dos valores, "femenino" y "masculino", los cuales fueron codificados como 0 y 1, respectivamente.

Funcionamiento familiar

Definición conceptual: son todas aquellas contribuciones al núcleo familiar, según cinco componentes, a saber 1) la adaptabilidad (*adaptability*) definida como la utilización de los recursos intra y extra

familiares para resolver los problemas cuando el equilibrio de la familia se ve amenazado por un factor de estrés durante un período de crisis; 2) la cooperación (*partnership*), siendo la participación en la toma de decisiones y responsabilidades, lo cual define el grado de poder de los miembros de la familia; 3) el desarrollo (*growth*), como la posibilidad de maduración emocional y física, así como de autorrealización de los miembros de la familia, por el apoyo mutuo; 4) la afectividad (*affection*), como la relación de amor y atención entre los miembros de la familia, y 5) la capacidad resolutive (*resolve*), siendo el compromiso o determinación de dedicar tiempo (espacio, dinero) a los otros miembros de la familia.

Definición operacional: Puntaje parcial obtenido en la escala de APGAR a través de la sumatoria de las puntuaciones asignadas en cinco sub-escalas, donde a mayor puntaje, mejor funcionalidad familiar.

Nivel socioeconómico

Definición conceptual: combinación de factores económicos y sociales que describen a un individuo o familia, en los cuales incluyen: el ingreso, la educación y la ocupación (Papalia et al., 2001).

Definición operacional: Puntaje parcial obtenido en la Escala Graffar, a través de la sumatoria en las puntuaciones asignadas en cuatro sub-escalas componentes de carácter social, entre las que se incluyen: a) profesión del jefe de la familia, b) nivel de instrucción de la madre, c) fuente y/o modalidad de ingreso y d) condición habitacional, donde a mayores puntajes, menor el nivel socioeconómico del sujeto. Méndez y Castellanos (citado en Benítez y Dunia, 2011).

Variable dependiente:**Violencia en el noviazgo**

Definición conceptual: Actitudes del perpetrador hacia la víctima, que van desde la hostilidad presentada en forma de reproches, insultos, amenaza y desvalorizaciones, suponiendo un desprecio a las opiniones, tareas o incluso del propio cuerpo de la pareja y así mismo una falta total de atención a las necesidades afectivas de la pareja, adicionalmente daño físico y sexual, refiriéndose a aquellas agresiones físicas que consisten en bofetadas, patadas, golpes con los puños u objetos sexuales, el cual implica relaciones sexuales forzadas y otras formas de coacción sexual (Amor, Echeburúa, De Corral, Sarasua y Zubizarreta, 2001).

Definición operacional: Puntaje parcial obtenido a través de la sumatoria en el Inventario de Conflictos en el Noviazgo Adolescente (The Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory, CADRI), donde un mayor puntaje, sugerirá una mayor presencia de la característica o maltrato.

Tipo de Investigación

El presente estudio se ubicó según el grado de control, como no experimental Ex post facto y de campo; definida por Kerlinger y Lee (2002) como "la búsqueda empírica y sistemática en la que el científico no posee control directo de las variables independientes, debido a que sus manifestaciones ya han ocurrido o son inherentemente no manipulables" (p.504); asimismo es de campo, ya que como menciona Kerlinger y Lee (2002) buscó descubrir o evaluar relaciones e

interacciones entre variables sociológicas y psicológicas en estructuras sociales reales.

En el mismo orden de ideas, dado que la presente investigación es expo-facto no se pudo realizar un control manipulativo de las variables de estudio, dado que el estudio se basó en analizar eventos ya ocurridos de manera natural. No obstante, algunas otras variables fueron consideradas dentro de la investigación como criterios de selección de la muestra las cuales fueron incluidas a modo de preguntas, en el apartado de datos sociodemográficos.

Asimismo, de acuerdo al nivel de análisis dicho estudio fue de tipo confirmatorio debido a que se buscó contrastar hipótesis en contextos diferentes a los que se obtuvieron los primeros resultados empíricos (Santalla de Bandereli 2011).

Por último, de acuerdo a la secuencia temporal de la medición del nivel de asociación de las variable género, nivel socioeconómico y funcionamiento y la prevalencia de la violencia en el noviazgo adolescentes. Siendo la recogida de datos realizada en un solo momento y espacio, se clasifica en un estudio de tipo transversal analítico, ya que, su propósito fue describir variables y analizar su incidencia e interrelación en un tiempo único (Hernández, Fernández y Baptista, 2015).

Diseño de investigación

Tomando en cuenta que el objeto de la presente investigación fue conocer el grado de asociación entre la violencia en el noviazgo y las

variables funcionamiento familiar, nivel socioeconómico y género, se utilizó un diseño no experimental correlacional causal.

Dicho diseño permitió determinar la dirección y magnitud de la relación existente entre las variables a estudiar en un contexto específico por medio del uso de coeficientes de correlación simple de Spearman y a través del planteamiento de hipótesis correlacionales referentes a cómo se comporta una variable (violencia en el noviazgo) en función de los valores que adoptan otras variables asociadas (funcionamiento familiar, nivel socioeconómico y género) ofreciendo un nivel de explicación parcial sobre el fenómeno. En este sentido, se dice que es parcial debido a que, si bien existen otros factores que pudieran estar vinculados a la violencia en el noviazgo de adolescente; estos no se están tomando en cuenta ya que no son el foco de atención para el presente estudio (Hernández, Fernández y Baptista, 2015).

Población y Diseño Muestral

En lo que respecta a la población, se trata de adolescentes estudiantes, provenientes de varias unidades educativas, tanto públicas como privadas ubicadas en la Gran Caracas (específicamente de la ciudad de Guarenas y Caracas). Dichas instituciones son definidas así, según el artículo 70 de la Ley Orgánica del Ministerio de Educación; donde se señala que las unidades educativas atienden total o parcialmente más de un nivel o modalidad educativa (preescolar, básica, media-diversificada y/o técnica).

Por otro lado, población está constituida para el periodo escolar 2016-2017 por un total aproximado de 7.700.538 estudiantes, que cursan educación básica, media y diversificada. La muestra utilizada, la

componen 416 estudiantes de los cuales 247 son de sexo femenino y 169 masculino, con edades comprendidas entre 14 y 17 años, cursantes del 3er, 4to y 5to año de bachillerato, pertenecientes a instituciones públicas y privadas y que tienen actualmente o han tenido en los últimos 6 meses una relación de noviazgo.

Con respecto a las unidades educativas, han sido elegidos de manera intencional tres instituciones de carácter público, los cuales son: la U.E.N Alonso Andrea de Ledesma, U.E.N.B Miguel Otero Silva y la Escuela Técnica Popular (E.T.P) María Auxiliadora; y tres unidades educativas privados, siendo: el U.E Colegio Plaza, la U.E Nuestra Señora del Carmen, y la U.E Colegio Las Acacias, todos ubicados en la Gran Caracas.

Para seleccionar tal muestra, se utilizó un muestreo de tipo no probabilístico y propositivo, en el cual los sujetos no poseían la misma probabilidad de ser elegidos, por su parte el aspecto propositivo o intencional es caracterizado según Kerlinger y Lee (2002) por el uso de juicios e intenciones deliberadas para obtener muestras representativas al incluir áreas o grupos que se presumen son típicos en la muestra. Adicionalmente es de señalar que la participación de los adolescentes fue voluntaria.

Criterios de inclusión de la muestra

A continuación, se presentan una serie de requisitos que han sido considerados al momento de seleccionar los sujetos que conformaron la muestra:

Edad: comprendida entre 14 a 17 años, debido a que la población de interés de la presente investigación son los adolescentes.

Escolaridad: los estudiantes que participaron en la presente investigación, cumplieron con el requisito de estar cursando 3ro, 4to y 5to año de bachillerato en unidades educativas mixtos de la Gran Caracas, esto se realizó con la intención de homogenizar las características de la muestra (Santalla de Bandereli, 2011).

Tipo de institución académica: con el objetivo de que los adolescentes seleccionados resulten homogéneos en cuanto al nivel socioeconómico y se pueda tener un mayor acceso a jóvenes que provenga de diferentes estratos; se tomó como requisito el tipo de institución del que proviene el estudiante. Para ello, se seleccionaron de forma intencional seis unidades educativas mixtas (tres públicas y tres privadas) dentro del área de la Gran Caracas. (Santalla de Bandereli, 2011)

Tiempo de relación del noviazgo: para la presente investigación se tomó como un criterio de inclusión la experiencia y el tiempo de la relación de noviazgo. De manera que, la duración del vínculo debería ser igual o mayor a seis meses y deben haber tenido en la actualidad o previamente una relación de noviazgo. Estos requisitos fueron tomados en cuenta con la intención de lograr homogenizar las características de la muestra (Santalla de Bandereli, 2011).

Instrumentos

A. Cuestionario Simple de características sociodemográficas y relación de pareja.

Se utilizó esta técnica recolección de datos, que incluyó preguntas relativas al género, edad, estado civil de los padres, estructura familiar,

tipo de institución de la que proceden y el nombre de la misma. Adicionalmente, se recogió información referida a las relaciones de pareja mantenidas: si tienen o han tenido alguna relación de noviazgo (experiencia) así como la duración de la misma (tiempo de la relación), supeditado al criterio de inclusión que delimita un tiempo mínimo de seis meses.

Dichas preguntas, fueron anexadas en una hoja tamaño carta, antes de las escalas de medida correspondientes a las variables de estudio, en un formato de selección simple donde debían marcar con una "X" la respuesta. Por otra parte, para las preguntas referentes a: el nombre de la institución, experiencia y tiempo de la relación, las respuestas debían ser escritas en el espacio disponible otorgado para cada pregunta.

B. Escala de Nivel socioeconómico de Graffar elaborado por (Méndez y Castellanos, 1986) y aplicado en Venezuela por (García y Tachón, 2008).

Este instrumento tiene por objetivo clasificar a los sujetos en los distintos niveles socioeconómicos, el mismo consta de cuatro dimensiones:

- Profesión del jefe de familia
- Nivel de instrucción de la madre
- Fuente de ingreso familiar
- Condiciones de la vivienda de la familia

Cada criterio incluye cinco alternativas de respuesta, cuyo valor se encuentra comprendido entre uno (1) y cinco (5) puntos, donde los encuestados marcaron con una "X" la alternativa que más se ajustó a su posición socioeconómica. El puntaje total ha de variar de un mínimo de

cuatro (4) hasta un máximo de veinte (20) puntos. El puntaje de cada ítem elegido, ha sido sumado algebraicamente, y el resultado es el que lo ubicó en la categoría respectiva, las cuales son:

Puntaje	Estrato	Nivel
4-6	1	Alto
7-9	2	Medio-Alto
10-12	3	Medio-Bajo
13-16	4	Obrero
17-20	5	Marginal

En un estudio realizado por Delgado-Moreno (citado en García y Tachón, 2008) obtuvieron una confiabilidad a través del alpha de Cronbach de 0.68, mediante una prueba piloto realizada a 120 estudiantes de la Universidad Simón Bolívar. Posteriormente, con 300 estudiantes de la misma sede universitaria, obtuvieron una confiabilidad de 0.65, hallando a su vez una validez a través de un análisis de los componentes principales, donde obtuvieron una estructura factorial, cuyo factor explicaba el 52.71% de la varianza. En esta investigación el nivel socioeconómico fue dividido en dos niveles, el primero fue denominado "nivel socioeconómico bajo", donde se ubicaron los sujetos cuyo puntaje estaba comprendido entre 10 y 20; mientras que el segundo fue llamado "nivel socioeconómico alto, el cual estuvo compuesto por sujetos con puntajes entre 4 y 9.

García et al. (2008) se sirvieron del presente instrumento, para realizar una investigación cuya muestra fue de 332 estudiantes (187 masculinos y 145 femenino) con edades comprendidas entre los 12 y los 16 años, pertenecientes a escuelas del área metropolitana de Caracas; pretendían encontrar la influencia del nivel socioeconómico, la estructura y dinámica familiar, el sexo, la edad, la impulsividad y la búsqueda de sensaciones en la manifestación de conductas

antisociales en adolescentes; cuyos resultados reflejaron un índice de confiabilidad de alpha de Cronbach de 0.60.

Por lo cual, siendo esta una prueba con una confiabilidad alta, probada en la población venezolana, e incluso en la zona metropolitana de Caracas, y adicionalmente se ha utilizado en muestras de adolescentes con edades semejantes a la muestra del presente trabajo, se considera la escala adecuada para ser usada por las autoras de esta investigación.

C. La Escala APGAR elaborada por (Smilkstein, 1978) validado en Colombia por (Forero-Ariza, Avendaño-Durán, Duarte-Cubillos, Campo-Arias, 2006) y en Venezuela por Tellechea (2014).

Esta escala permite evaluar la funcionalidad familiar que sirvan a estudios que exploren las variables asociadas con los comportamientos y aptitudes frente a la salud en la adolescencia. De manera específica, esta escala evalúa cinco componentes, tal como sus siglas lo indica, 1) la adaptabilidad (*adaptability*), 2) la cooperación (*partnertship*), 3) el desarrollo (*growth*), 4) la afectividad (*affection*), y 5) la capacidad resolutive (*resolve*). Se encuentra compuesta por 5 ítems tipo Likert, los cuales se califican como: nunca, casi nunca, algunas veces, casi siempre y siempre, y se les asignan puntuaciones de 0 a 4, respectivamente. En este instrumento, los puntajes totales pueden oscilar entre 0 y 20 donde a mayor puntaje, mejor funcionalidad familiar, una puntuación total entre 0 y 9 indica disfunción grave; entre 10 y 13 moderada; entre 14 y 17, leve, y si es igual o superior a 18 se considera funcional.

Forero-Ariza et al. (2006) aplicó este instrumento con la finalidad de validarlo en la población Colombiana, con una muestra no

probabilística de 91 estudiantes adolescentes de la ciudad de Bucaramanga, Colombia; la edad de los participantes oscilaba entre 11 y 17 años (media: 13,9, desviación estándar: 1,4); 56 (61,5%) varones y 35 (38,5%) mujeres; el primer grupo, de 47 (51,6%) estudiantes, cursaba séptimo grado, y el segundo, de 44 (48,4%), noveno grado.

En la validación de la escala, obtuvieron una consistencia interna de 0,793 (alfa de Cronbach). En el análisis factorial encontraron, que los cinco ítems que hacen parte de la escala, representan un único factor que explicaba el 55,6% de la varianza. Y como resultado señalan, que la función familiar fue percibida como funcional por 24 estudiantes (26,4%), disfuncional leve por (37,4%), disfuncional moderada por (16,5%) y disfuncional grave por (19,8%).

Esta escala ha resultado adecuada para evaluar el nivel de funcionamiento de la familia, y es muy usado para medir la asociación de diversas variables en muestras adolescentes, particularmente Tellechea (2014) realizó un trabajo de investigación de tipo descriptivo, utilizando una muestra de 10 familias del casco histórico del Municipio Naguanagua. Edo. Carabobo, Venezuela, las cuales tenían hijos adolescentes con edades comprendidas entre 10 y 18 años, pudiendo discriminar de tal manera a su muestra, obteniendo que (20%) de las familias se ubicaron en disfunción leve, (40%) en disfunción moderada y (40%) en disfunción severa.

Por consiguiente, la presente escala será usada en la presente investigación, debido a que es una versión en castellano, adicionalmente se ha trabajado en investigaciones con muestras semejantes a la del presente estudio, como es el caso de (Forero-Ariza et al., 2006 y Tellechea, 2014) obteniendo coeficientes de confiabilidad altos.

D. Inventario de Conflictos en el Noviazgo Adolescente (The Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory, CADRI) elaborado por (Wolfe, Mecerle y Scott, 2001), traducido al castellano por (Fernández-Fuertes, Fuertes y Pulido, 2005) y adaptada para población Venezolana por (Medina y Ziccarelli, citado en Rojas-Solís, Carpintero, 2011)

Los creadores de la escala se centraron en los actos violentos en las relaciones de pareja de los jóvenes donde no sólo permita reflejar la violencia física sino también la violencia de tipo verbal-emocional (psicológica), ya que las agresiones emocionales y las tácticas indirectas de control suelen ser más frecuentes que las agresiones físicas en esta población (Jezl, Molidor y Wright, citado en Fernández-Fuertes et. al., (2005) por lo que el tipo de preguntas y las formas de agresión que contempla, como indica Fernández-Fuertes et. al., (2005) es el instrumento más próximo a la realidad de las relaciones de pareja de los jóvenes.

La escala consta de 35 ítems tipo Likert de naturaleza doble; esto se refiere a que cada elemento está formado por dos afirmaciones, una relativa a la conducta del que responde y la otra referida a esa misma conducta, pero observada en la pareja en situaciones en las que discutieron. Contiene cuatro opciones, que van desde “nunca = 0” (esto no ha pasado en nuestra relación), hasta “con frecuencia = 3” (esto se ha dado en seis o más ocasiones). Los resultados se valoran en función del nivel de frecuencia y se determina la prevalencia o no de la violencia de acuerdo a las sub escalas delimitadas y validadas en algunos estudios que se describen a continuación.

Investigaciones realizadas por autores Rojas-Solís y Carpintero (2011) han optado por utilizar este inventario ya que no solo fue

adaptado para jóvenes, sino que mide la violencia tanto perpetrada como recibida en el plano sexual, físico y verbal-emocional. Para verificar sus hipótesis, utilizaron una investigación de campo con muestra estratificada compuesta por 453 sujetos (74.8% mujeres y 25.2% hombres), todos alumnos de grado de la Universidad de Salamanca, con edades comprendidas entre 18 y 36 años ($M = 21.44$, $DT = 2.42$). Los autores pretendían analizar los niveles de sexismo benevolente y hostil en la muestra de ambos sexos, a su vez medir la frecuencia de las agresiones físicas, sexuales y verbales-emocionales en toda la muestra, por último hallar la relación entre niveles de sexismo y frecuencia de agresiones.

Como se menciona anteriormente, los autores obtuvieron una consistencia interna de las subescalas empleadas a través del alfa de Cronbach, encontrándose niveles aceptables en el sexismo hostil (.87) y benevolente (.84) y la de agresiones verbales-emocionales cometidas (.79) y sufridas (.80). De esta manera las puntuaciones medias de las subescalas de sexismo en el total de la muestra fueron: sexismo hostil $M = 1.36$ ($DT = .49$) y sexismo benevolente, $M = 2.57$ ($DT = .90$).

Por otra parte, autoras como Medina y Zicarelli (2011), sometieron la escala a un estudio piloto con la finalidad de validar el instrumento en la población venezolana. Dicho estudio, estuvo constituido por 320 jóvenes con edades comprendidas entre 12 a 18 años, residentes de la ciudad de Caracas, Venezuela; obteniendo una consistencia interna de 0.916 a través del coeficiente Alfa de Cronbach que corresponde a una categoría alta; asimismo los análisis del incremento o no de la confiabilidad al eliminar un ítem, indicaron que los 38 ítems que componen la escala total contribuyen significativamente a la confiabilidad. En cuanto a las subescalas del instrumento, encontraron

que la correspondiente a victimización posee una consistencia interna alta (coeficiente Alfa de Cronbach= 0.858) al igual que la de perpetración de la violencia, aunque ligeramente mayor (coeficiente Alfa de Cronbach= 0.860); para esta última subescala, la eliminación del ítem 25 supondría un ligero incremento a la confiabilidad a 0.868 (citado en Altuve y Gómez, 2014).

Además Medina y Zicarelli (2011) realizaron un análisis factorial con el método varimax y auto-valor 1.5 para evaluar la validez del instrumento, tanto para la subescala de violencia cometida como para la subescala de violencia sufrida; obteniendo una matriz factorial que arrojó inicialmente dos factores. Para la subescala violencia cometida, estos factores se llevaron a tres, con el objetivo de obtener mayor definición en las dimensiones, mientras que para la subescala de violencia sufrida, se mantuvieron los dos factores, debido a que mostraron mayor homogeneidad que en la subescala previamente mencionada (citado en Altuve y Gómez, 2014).

Estos tres factores de la violencia cometida explicaron el 42.320% de la varianza total, el primer factor presentó un auto-valor de 3.615 y se encontró asociado a los ítems 5, 8, 21, 23, 25, 30, 34 y 35; que hacen referencia a conductas abiertas de violencia (p.ej: amenazas, empujones, sacudidas, golpes, etc.), dicho factor corresponde a la dimensión de *violencia física* y explica un 19.027% de la varianza total. El segundo factor, obtuvo un auto-valor de 3.168, explicando un 16.675% de la varianza total y se encontró asociado a los ítems 12, 4, 7, 9, 17, 24, 28 y 32 que hacen referencia a conductas como insultar, decir algo con la intención de que la pareja se enoje, hablar en tono de voz hostil, ofender, etc. Este factor hace referencia a la dimensión *violencia verbal-emocional*. Por último, el tercer factor mostró un auto-valor de 1.827,

explicando un 9.618% de la varianza total y se encontró asociado a los ítems 2, 19 y 29 que corresponden al contacto sexual (p.ej: tocar o acariciar los senos, nalgas o genitales sin que la pareja lo desee); este factor se refiere a la dimensión de *violencia sexual* (citado en Altuve y Gómez, 2014).

En cuanto a la subescala violencia sufrida, Medina y Zicarelli (2011), encontraron que ambos factores explican el 39.27% de la varianza total; el primer factor presentó un auto-valor de 3.822, explicando el 20.11% de la varianza total y se encontró asociado a los ítems 7, 9, 4, 24, 2, 28, 19, 17, 21, 23 y 32 relativos a conductas como insultar, culpar a la pareja de algún problema, tono hostil al hablar, ofensas, etc.; lo cual conformaría la dimensión *violencia verbal-emocional*. Finalmente el segundo factor, mostró un auto-valor de 3.659, explicando el 19.25% de la varianza total y los ítems asociados a él fueron 34, 30, 8, 35, 25, 12 y 29 que en su mayoría aludían a conductas abiertas de violencia (p.ej: tirar objetos, golpear, empujar, sacudir, etc.) Estos ítems, conformaron la dimensión de violencia física. Cabe mencionar que, para la población venezolana, se incluyeron a esta dimensión dos ítems que se asociaron a violencia física como son el toque de senos, genitales o nalgas (ítem 2) y tratar de asustar a la pareja (ítem 29) (citado en Altuve y Gómez, 2014).

Es importante señalar que Medina et al. (2011) refieren que este instrumento cuenta con una adaptación de a la población española con las diferentes características demográficas, culturales y económicas, en su versión en castellano. Por tal motivo, se utilizará en la presente investigación, puesto esta versión, ha sido usada en muestras con características similares en aspectos demográficos, sociales y culturales de la población venezolana. Adicionalmente, se ha trabajado en

investigaciones con muestras similares a la del presente estudio, como es el caso de Rojas-Solís y Carpintero (2011) o Medina y Zicarelli (2011) (citado en en Altuve y Gómez, 2014) obteniendo coeficientes de confiabilidad altos en sus estudios.

Procedimiento

Luego de haber recibido la aprobación del proyecto de tesis por parte de la Comisión de trabajo de grado, se procedió a seleccionar de manera intencional seis unidades educativas (tres públicos y tres privados) los cuales imparten educación media y diversificada, para después contactarlos, entregarle al personal directivo correspondiente una carta de solicitud de aplicación de los instrumento, con la intención de darles información acerca del objetivo del estudio, para recibir su confirmación y así mismo la obtención de la muestra.

La siguiente fase, consistió en planificar con los coordinadores de cada institución los horarios disponibles y el tiempo aproximado que tomaría la aplicación, con la finalidad de no afectar la rutina diaria de los estudiantes. Asimismo, se les envió a los padres y/o representantes de los adolescentes una carta de consentimiento informado, para formalizar la autorización y la participación de sus hijos en el estudio.

Una vez finiquitado este proceso previo, se procedió a efectuar la recolección de los datos, para ello el mismo día de la aplicación de encuestas se explicaron las instrucciones a los jóvenes respecto a la actividad que se realizaría en ese momento, indicándoles que la encuesta está compuesta por dos partes, la primera referente a datos sociodemográficos, como la edad, género, tiempo de la relación,

estado civil de los padres, entre otras preguntas y la segunda parte, correspondiente a las escalas de medida de las variables de estudio.

Culminado la aplicación, se organizaron las encuestas según el número que se le asignó a cada estudiante en la medida que iban entregando los instrumentos ya respondidos y se realizó la codificación de las respuesta dadas en el apartado referente a los datos sociodemográficos, para obtener información sobre las características de la muestra respecto a la variable género y de los criterios de inclusión asociados, a saber: tiempo de la relación, experiencia previa, estado civil de los padres, edad y convivencia con las figuras parentales. Posteriormente, se efectuó la sumatoria de los puntajes derivados de sus respuestas; teniendo en consideración que cada adolescente obtuvo un puntaje diferente en cada una de los instrumentos. Dicho procedimiento de sumatoria de las respuestas, permitió ubicar a los estudiantes encuestados en una serie de categorías que indicaron el nivel socioeconómico y el nivel de funcionalidad o disfuncionalidad familiar reportado a través de la escala.

Por otra parte, para la variable violencia en el noviazgo se realizó la sumatoria de las respuestas, dividiéndolas de acuerdo al tipo de afirmación que plantea cada ítem, una relativa a la conducta que realiza la pareja hacia el encuestado, que corresponde a la violencia sufrida y otra relativa a la conducta que emite la persona que contesta la encuesta hacia su pareja, lo que corresponde a la violencia cometida. Además, se consideró la frecuencia de ocurrencia reportada según la modalidad de violencia sufrida o cometida, a saber: psicológica, sexual y física.

Seguidamente, se realizaron los análisis correspondientes a través del programa estadístico SPSS versión 24 para Windows 7 (32 bits), el cual

consistió en efectuar el cálculo de los estadísticos descriptivos y de las correlaciones simples a través del coeficiente de Spearman. Asimismo, se debe acotar que no resultó necesaria la aplicación de prueba piloto para cumplir con los objetivos de la presente investigación, ya que todos los instrumentos utilizados, se encontraban traducidos al español, fueron contruidos, diseñados y adaptados por profesionales de psicología y carreras afines, y del mismo modo, han sido adaptados y utilizados por otras investigaciones científicas y trabajos de grado en la población venezolana.

Finalizado este procedimiento, se elaboraron las conclusiones y se pretende realizar una devolución general de los resultados más relevantes obtenidos, a las instituciones que ofrecieron su colaboración y a los padres que requirieron información extra de dicha investigación.

IV. ANÁLISIS DE DATOS

Este capítulo presenta los resultados del procesamiento de los datos realizado para dar respuesta, con base en argumentos estadísticos pertinentes, a los objetivos planteados para el presente estudio. Tras un análisis exploratorio de los datos que descartó la presencia de errores en la base de datos o casos muy atípicos o aberrantes, se llevó a cabo: (1) la descripción de las variables en estudio, (2) las correlaciones entre las variables género, nivel socioeconómico, funcionamiento familiar y violencia en el noviazgo y (3) las pruebas para establecer las diferencias según el género y el tipo de institución en el que estudian los alumnos.

En términos específicos, el análisis exploratorio de los datos permitió evaluar la calidad de la data, en función de: (1) El análisis observacional de la distribución de las respuestas para todas las variables, (2) la identificación de valores atípicos (3) la identificación de variabilidad en la distribución y (4) la identificación del grado de ajuste que presentan los datos a una distribución normal.

En este sentido, el primer apartado muestra el análisis descriptivo con el fin representar la frecuencia y nivel de prevalencia de las variables consideradas para el estudio, a saber: la violencia en sus modalidades cometida, sufrida, sexual, física y psicológica, nivel socioeconómico, funcionamiento familiar y género. Además, se incluyeron otros criterios como la edad, el tiempo de la relación, experiencia en el noviazgo, convivencia familiar, estado civil de los padres y tipo de institución; como información adicional que permitió delimitar la muestra y describir sus características. Ahora bien, para realizar el análisis se consideró pertinente conocer el comportamiento de las variables de estudio con base en los estadísticos de tendencia

central, variabilidad, valores mínimos, máximo y forma de la distribución expresado en asimetría y curtosis de las distintas sub-escalas que lo conforman. Del mismo modo, se consideró pertinente conocer el grado de ajuste a la normal de las variables de estudio en base a la prueba de normalidad de kolmogorov-Smirnov.

El último apartado, muestra los resultados de las pruebas estadísticas con el fin de describir la relación existente entre las variables género, nivel socioeconómico, funcionamiento familiar y violencia en el noviazgo. Asimismo, se determinó si existen diferencias en la violencia en el noviazgo en función del género y el tipo de institución por medio de un contraste entre dichos factores. Por otra parte, los resultados se presentaron segmentados por cada una de las variables estudiadas.

Todos los cálculos e ilustraciones se llevaron a cabo con el uso del software para el análisis estadístico de datos SPSS versión 24 para Windows 7 (32 bit). Para el contraste de las hipótesis, se tomó en cuenta un nivel de significación del 5% ($\alpha=0.05$) y para las correlaciones un nivel de significación del 1% ($\alpha=0.01$). Los análisis con tablas y gráficas se presentan a continuación.

Análisis de las variables demográficas

Tabla 1.

Tabla Resumen de los descriptivos de variables demográficas

	Edad	Género	Tipo de institución	Año escolar	Experiencia en el noviazgo	Tiempo de la relación	Estado civil de los padres	Estructura familiar
Media	15,60	,41	,56	1,99	,18	1,52	2,11	1,50
Desviación estándar	1,045	,492	,497	,790	,387	,500	,923	,601
Asimetría	-,232	,383	-,243	,021	1,648	-,097	-,045	,778
Curtosis	-,977	-1,862	-1,950	-1,396	,720	-2,000	-1,510	-,371
Valor Máximo	13	0	0	1	0	0	1	1
Valor Mínimo	18	1	1	3	1	1	4	3

Como se puede observar, la muestra total estuvo compuesta por 416 estudiantes provenientes de seis colegios de la Gran Caracas, específicamente de zonas aledañas a Guarenas y Caracas. A continuación, se escindirán las características sociodemográficas de la muestra.

Edad

Con respecto a esta variable, se pudo observar en la gráfica 1 que el 36.1% reportó tener 16 años, el 22.8% 15 años, el 21.6% 17 años y el 18.8% 14 años; solo un pequeño grupo de alumnos reportó tener 13 y 18 años (0.5% y 0.2% respectivamente). Siendo la media 15,60 y su desviación típica 1,045.

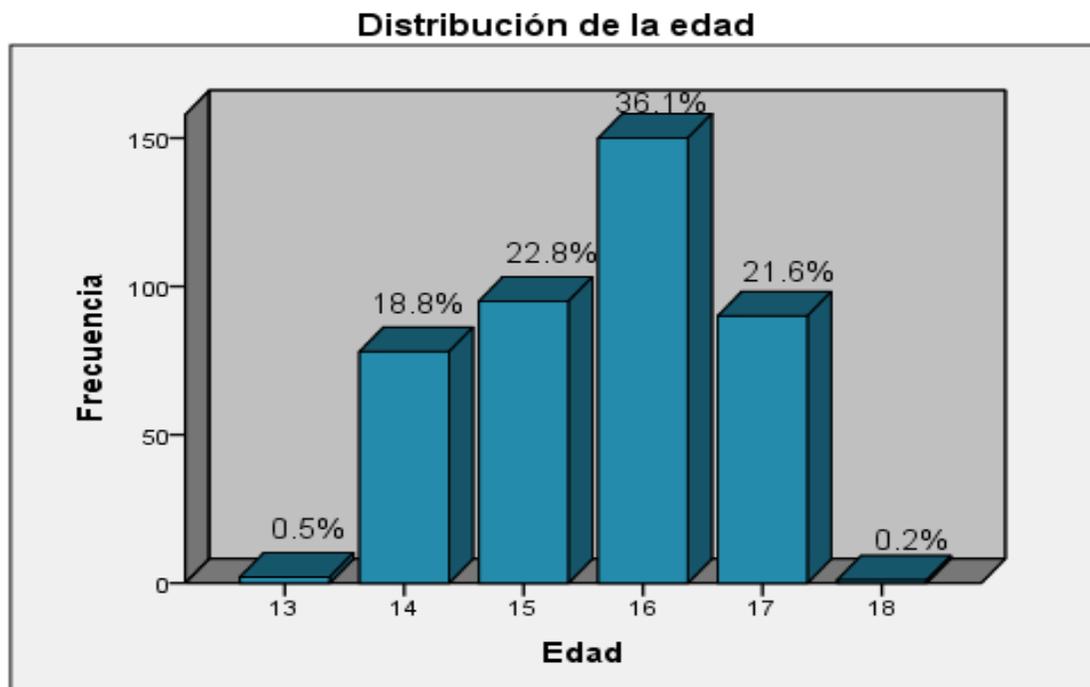


Grafico 1. Distribución de la muestra por Edad.

Género

Como se muestra en la gráfica 2, de los 416 estudiantes 247 fueron mujeres (59.4%) y 169 fueron hombres (40.6%), los cuales fueron seleccionados a través de un muestreo no probabilístico intencional.

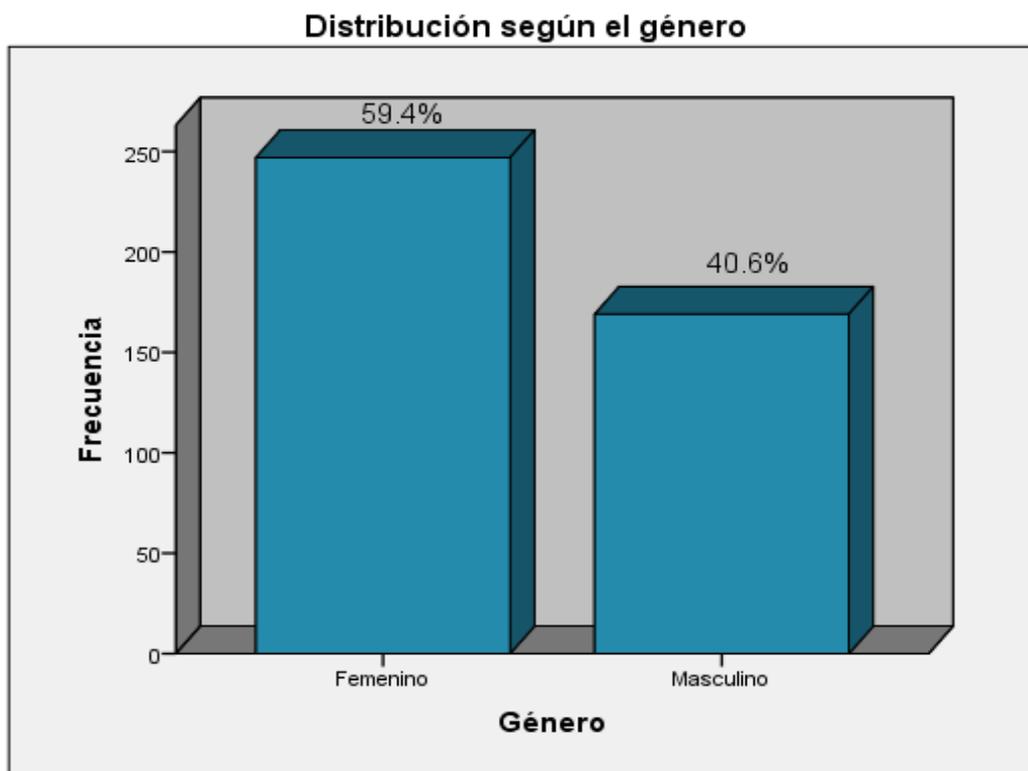


Gráfico 2. Distribución de la muestra por Género

Tipo de institución

Respecto a esta variable, es importante recordar que este criterio fue tomado en cuenta como un indicador del nivel socioeconómico y como una manera de poder controlar el acceso a una muestra en la que se incluyan distintos estratos socioeconómicos. En este sentido, se obtuvo que el 44% de los estudiantes cursan estudios en unidades educativas públicas, mientras que el 56% procedían de unidades educativas privadas. Estos resultados pueden observarse en la gráfica 3.

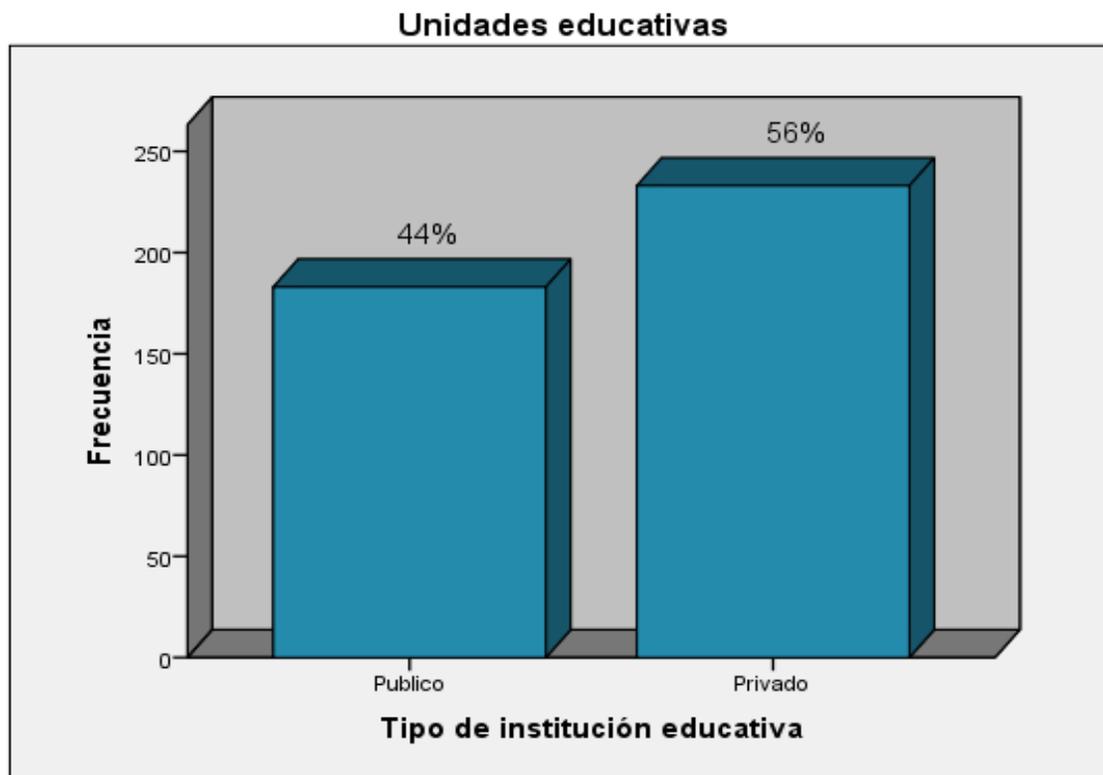
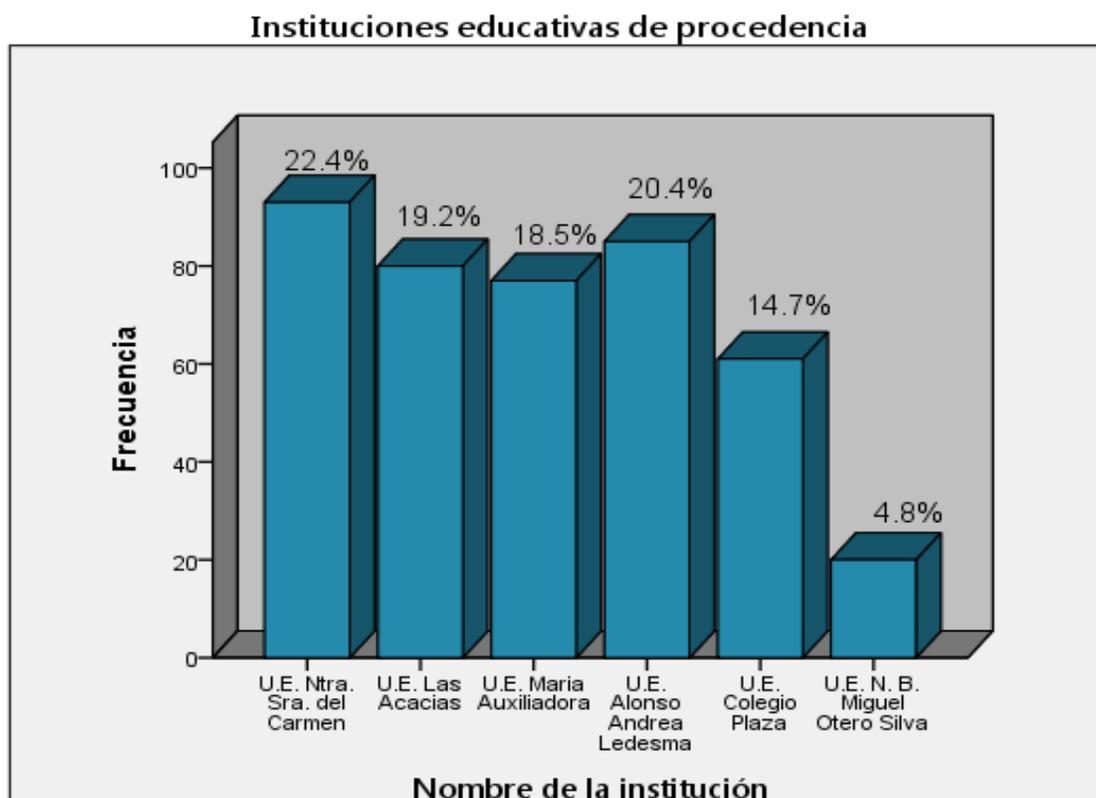


Gráfico 3. Distribución de la muestra por Tipo de institución

Además, la distribución de los estudiantes encuestados en los seis colegios fue la siguiente: para los colegios públicos; 77 alumnos fueron del E.T.P “María Auxiliadora” constituyendo el 18.5% de la muestra total, 20 de los alumnos encuestados fueron del U.E.N.B “Miguel Otero Silva” que constituye el 4.8% de la muestra total y 85 de los estudiantes encuestados fueron de la U.E.N “Alonso Andrea Ledesma” lo que representa el 20.4% de la muestra.

Por otro lado para los colegios privados; 93 de los alumnos fueron de la U.E “Nuestra Señora del Carmen”, lo que representan el 22.4% de la muestra total; 80 de los estudiantes provenían de la U.E “Las Acacias” que representan el 19.2% de la muestra, mientras que 61 de los adolescentes encuestados provenían de la U.E “Colegio Plaza” lo que

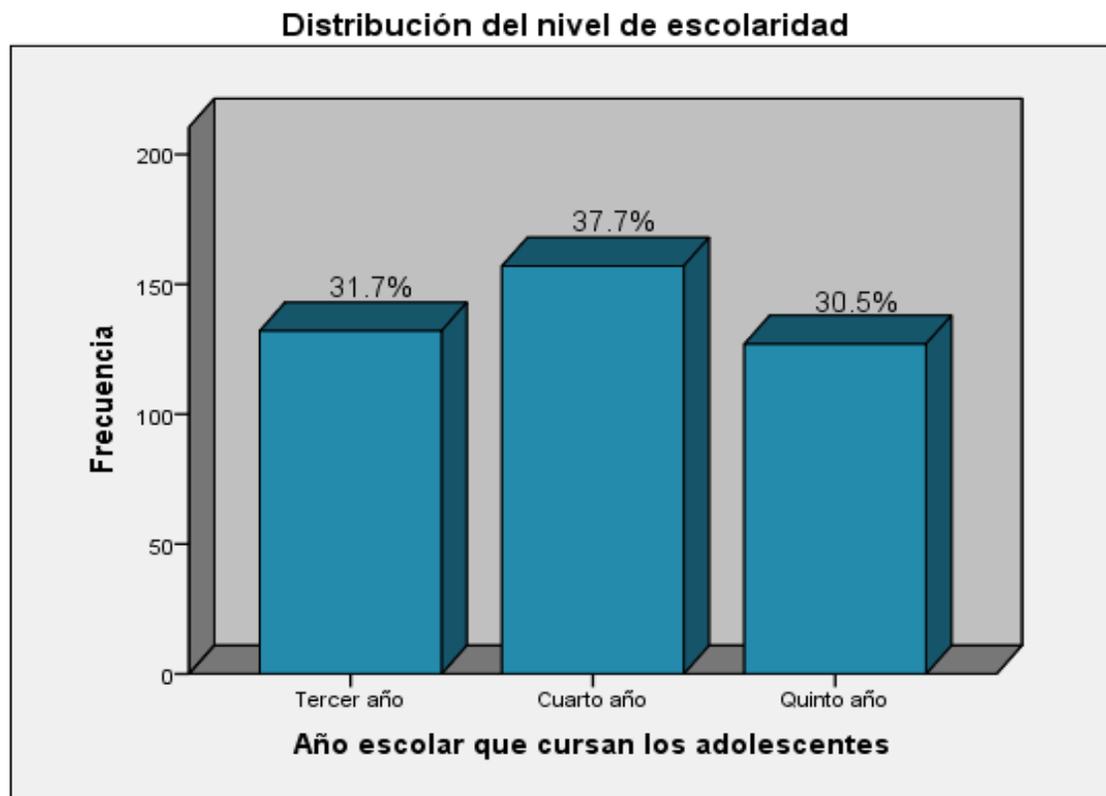
corresponden al 14.7% de la muestra total. Estos resultados pueden observarse en la gráfica 4.



Gráfica 4. Distribución de la muestra por Nombre del colegio

Escolaridad

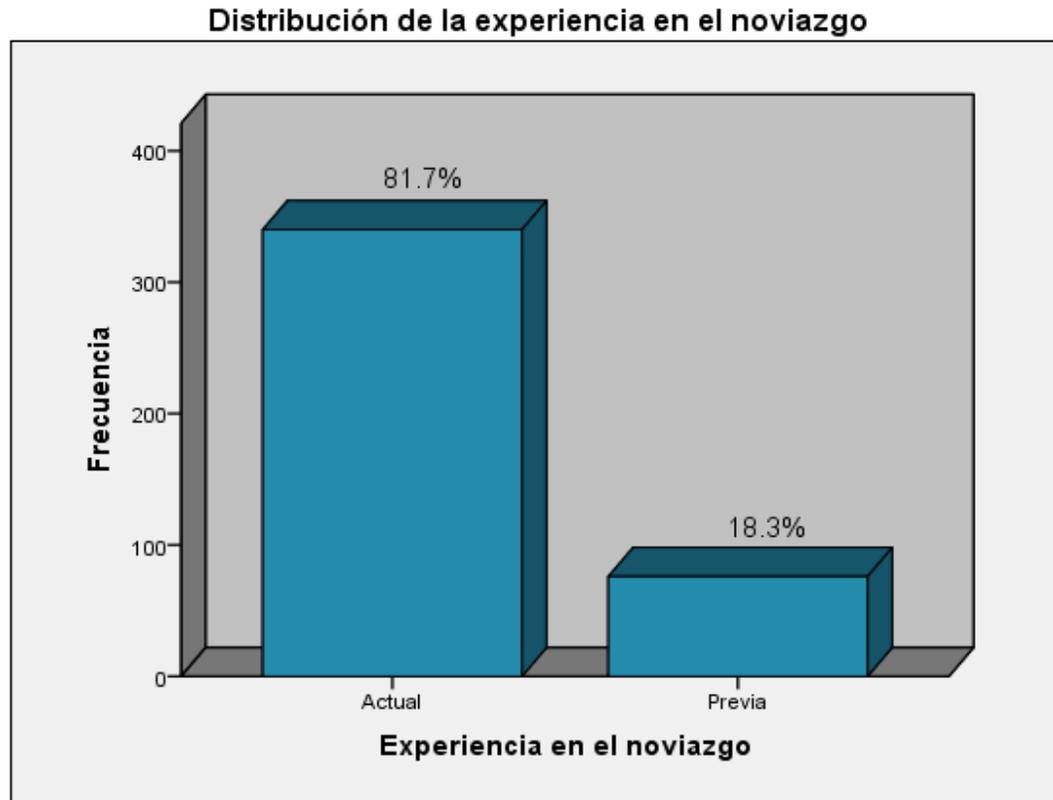
En cuanto a la distribución del nivel educativo que tienen los jóvenes, se encontró que el 31.7% de los estudiantes estaba cursando tercer año. A su vez, el 37.7% de los adolescentes estaba cursando cuarto año y 30.5% quinto año del nivel Medio Diversificado y Profesional (ver gráfica 5).



Gráfica 5. Distribución de la muestra por Nivel de escolaridad

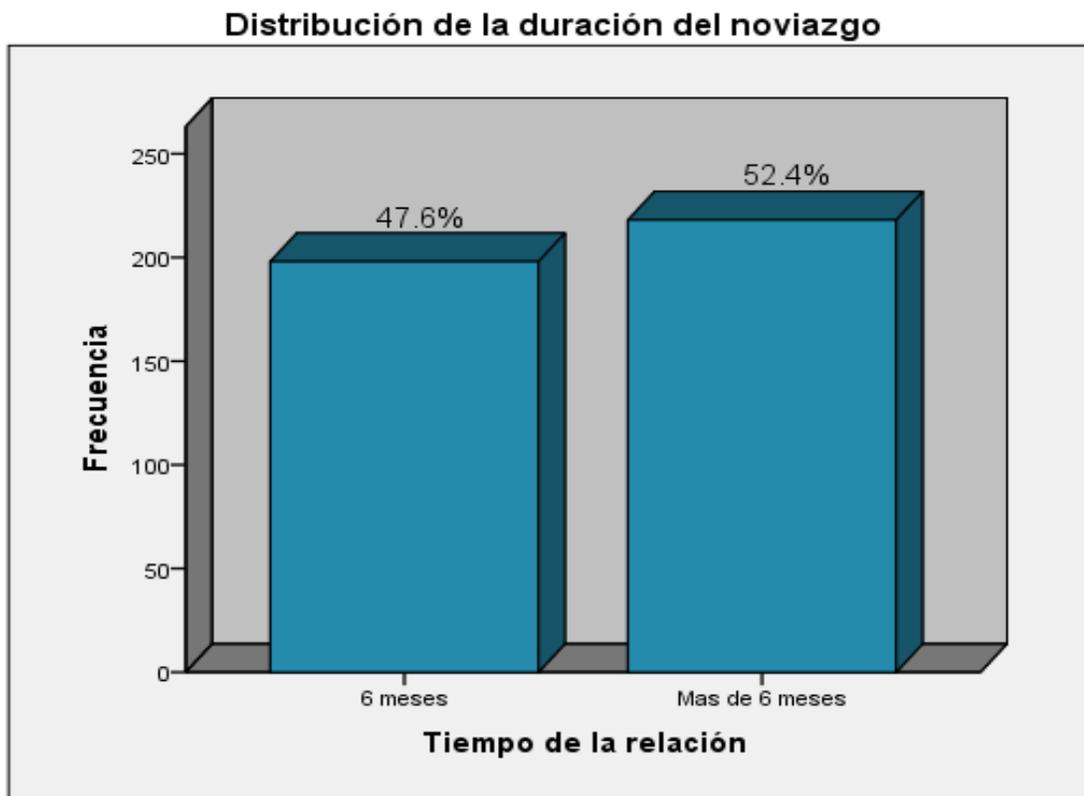
Experiencia en el noviazgo y tiempo de la relación

Tomando en cuenta los criterios de selección; se observó que la muestra se distribuyó de la siguiente manera: la mayoría de los jóvenes reportó que se encuentra en una relación de noviazgo actualmente (81.7%) (Ver grafica 6), mientras que el 18.3% mencionó que en la actualidad no está involucrado en una relación, pero que ha tenido al menos una relación con anterioridad.



Gráfica 6. Distribución de la muestra por Experiencia en el noviazgo

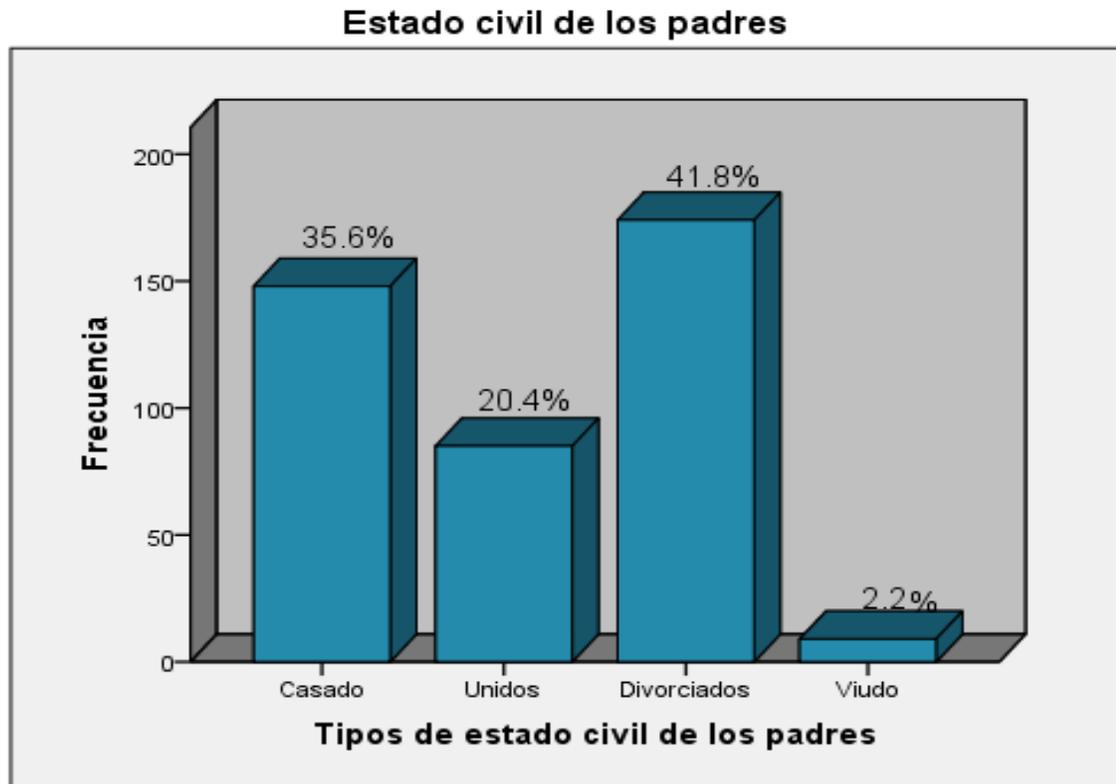
Del mismo modo, al analizar el tiempo de la relación los jóvenes encuestados reportaron con frecuencia haber tenido relaciones que han durado más de seis meses (52.4%). Por otra parte, el 47.3% de los estudiantes menciona que sus relaciones han durado al menos seis meses (Ver grafica 7).



Gráfica 7. Distribución de la muestra por tiempo en la relación

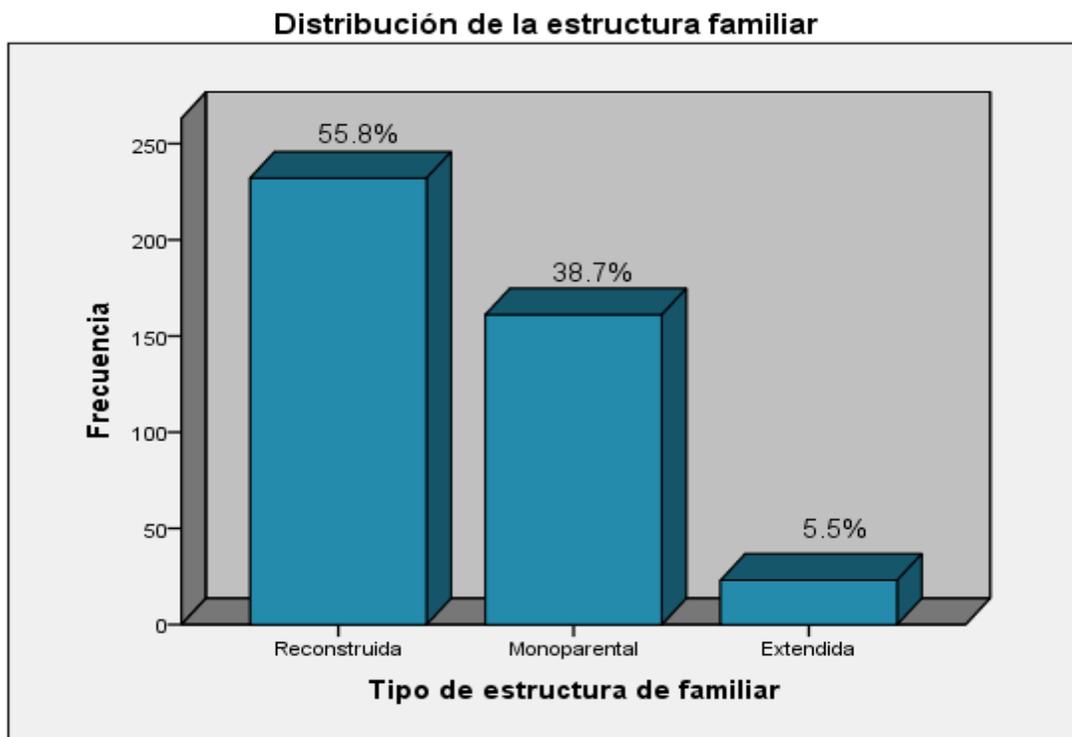
Estado civil de los padres y estructura familiar

Considerando las características de la relación de los padres e integrantes del grupo familiar, asociados al funcionamiento familiar, se destaca que una considerable proporción de jóvenes encuestados manifestó que sus padres están divorciados (41.8%) mientras que el 35.6% y 20.4% mencionó que sus padres están casados o unidos en concubinato; solo el (2%) de los alumnos menciona que sus padres eran viudos (ver gráfica 8).



Gráfica 8. Distribución de la muestra por Estado civil de los padres

Por otra parte, al explorar con quienes conviven los jóvenes, se encontró que el 55.8% de los adolescentes vive con ambos padres (en el caso de los padres divorciados con la madre o padre y su actual pareja), lo que los ubicaría dentro del tipo de familia nuclear o reconstruida y, el 38.7% vive con uno solo de los padres, que corresponde al tipo de familia monoparental, mientras que el 5.5% reportó que vivía con otros familiar (p. ej.: abuelos, tíos, etc.) que los ubicaría dentro del tipo de familia extendida. Estos resultados se muestran en la gráfica 9.



Gráfica 9. Distribución de la muestra por Estructura familiar

Análisis descriptivo de las variables

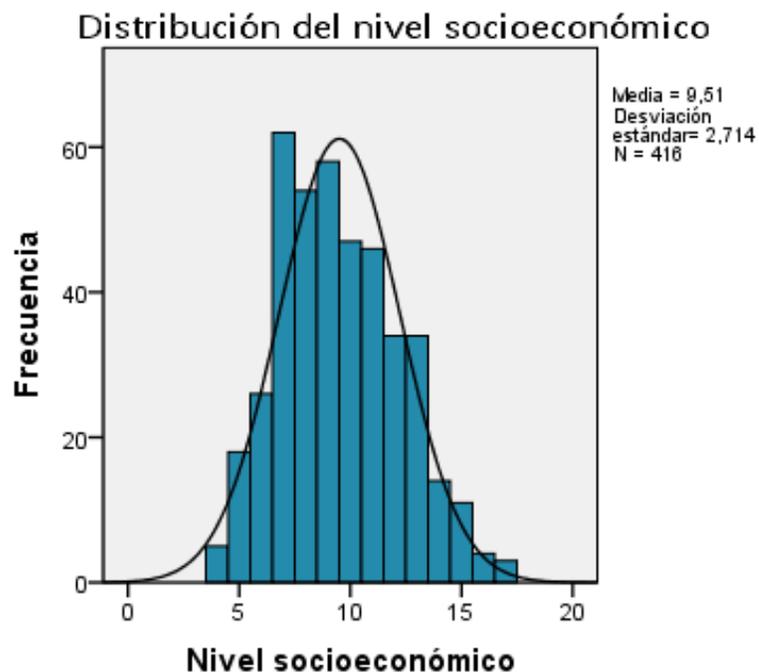
Tabla 2.

Tabla Resumen de los descriptivos de las variables de estudio

	NSE	Fun. Fam	Violencia Com	Violencia Sufr	Vio. Sexual Com	Vio. Sexual Sufr	Vio. Psicológica Com	Vio. Psicológica Sufr	Vio. Física Com	Vio. Física Sufr
N	416	416	416	416	416	416	416	416	416	416
Media	9,51	14,10	10,61	10,43	1,82	1,90	6,56	6,27	1,91	1,93
Desviación estándar	2,714	4,315	8,426	8,386	2,053	2,018	4,738	4,911	3,123	2,892
Asimetría	,338	-,645	1,542	1,529	1,114	,993	,716	,823	2,728	2,656
Curtosis	-,427	-,061	4,200	4,801	,530	,385	,097	,155	9,605	10,269
Valor Máximo	4	1	0	0	0	0	0	0	0	0
Valor Mínimo	17	20	60	65	9	9	23	24	21	23

Nivel socioeconómico

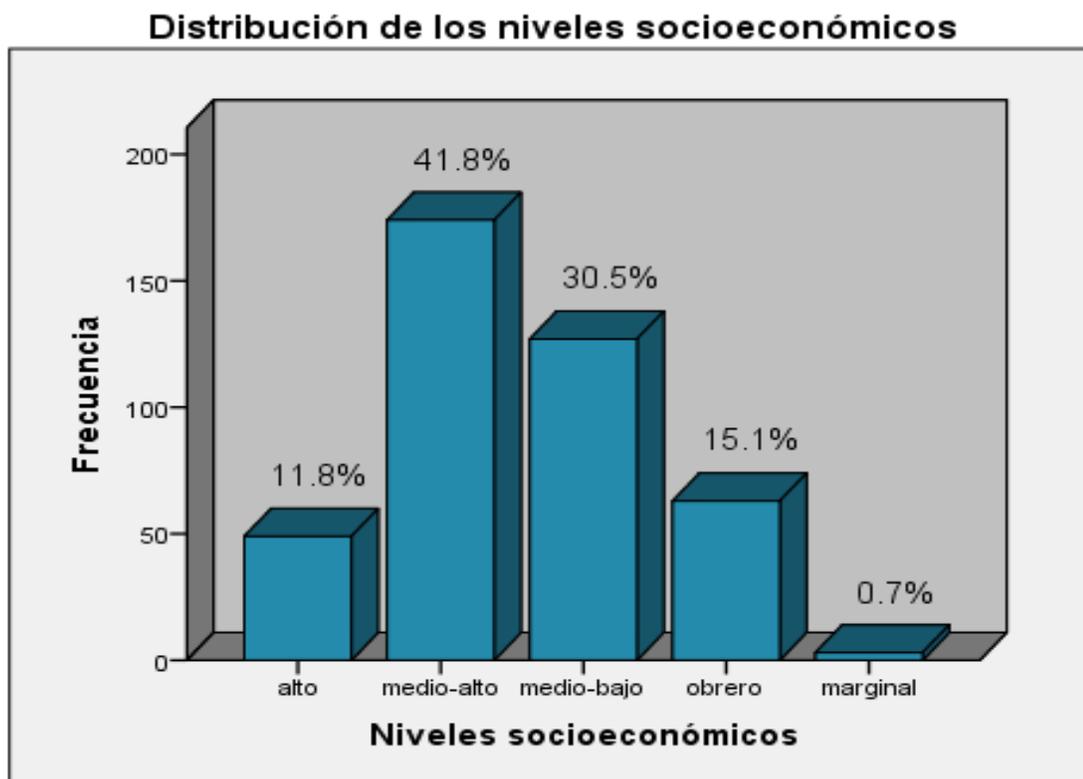
Respecto al nivel socioeconómico, los resultados descriptivos arrojaron una media de 9.50 puntos y una desviación de 2.714, siendo el puntaje mínimo obtenido por los estudiantes de 4 y el máximo de 17, junto a una distribución asimétrica ($As= 0.338$) platicúrtica ($K= -0.427$), indicando que hay poca concentración de los datos en torno a la media; es decir que los valores obtenidos en la escala tienden a ser un poco más dispersos y a distribuirse a lo largo del rango de puntajes, evidenciando que los jóvenes pueden ubicarse en diferentes niveles socioeconómicos (ver tabla 2 y ver gráfica 10).



Gráfica 10. Histograma de la variable Nivel socioeconómico

En cuanto a las respuestas; se encontró que el 41.8% de los jóvenes se ubican en el nivel socioeconómico medio-alto, seguido por un 30.5% de alumnos que se ubica en el nivel socioeconómico medio-bajo. A su vez, el 15.1% de los jóvenes se encuentra ubicado en el nivel obrero

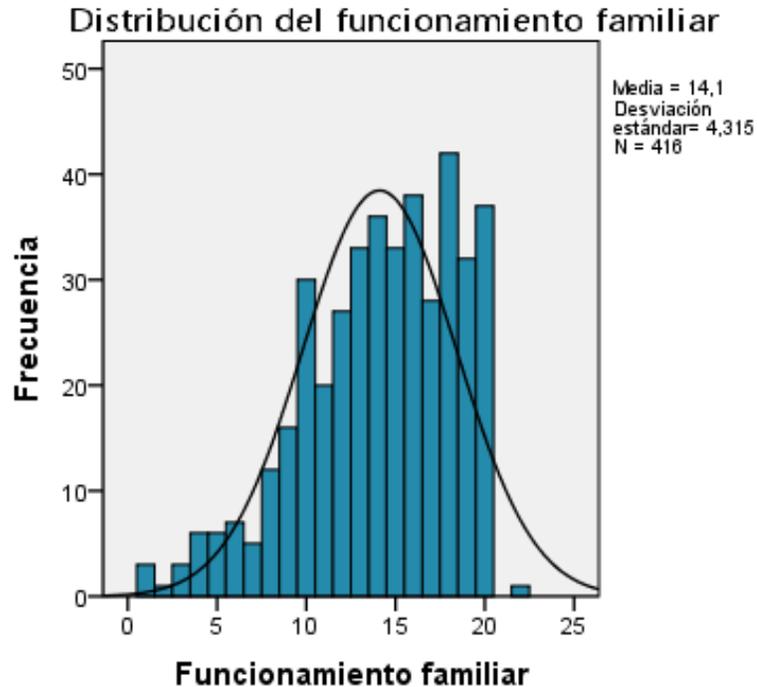
mientras que el 11.8% de los estudiantes se ubicó en el nivel alto. Solo un 0.7% de los encuestados se encontraba en el nivel socioeconómico marginal. Estos datos pueden observarse en la gráfica 11.



Gráfica 11. Distribución de la muestra por Niveles socioeconómico

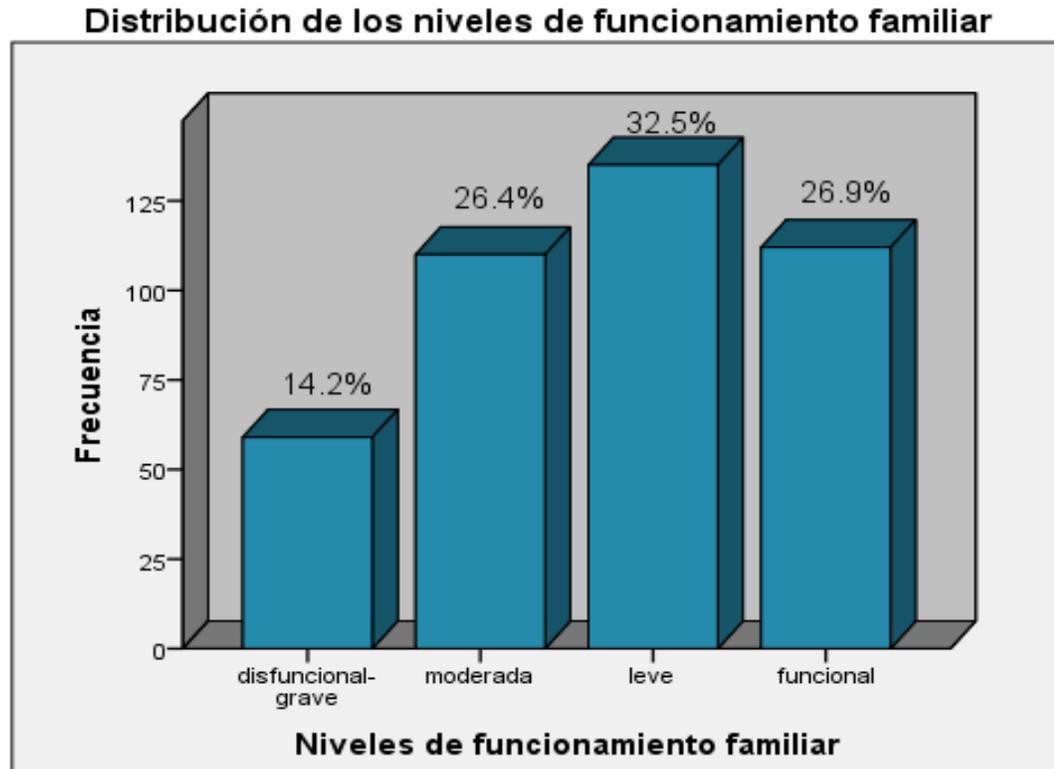
Funcionamiento familiar

La variable arrojó una media de 14.1 puntos, con una desviación típica de 4.315; siendo el puntaje mínimo obtenido 1 y el máximo 20, mientras que la distribución de los datos es asimétrica ($A_s = -0.645$) y platicúrtica ($K = -0.061$); lo cual sugiere por una parte, que los datos tienden a ser un poco dispersos mostrando poca concentración en torno al valor promedio; indicando que la muestra de adolescentes reflejaron puntajes que los ubicaron en diferentes categorías de funcionamiento familiar (ver tabla 2 y ver gráfica 12).



Gráfica 12. Histograma de la variable Funcionamiento familiar

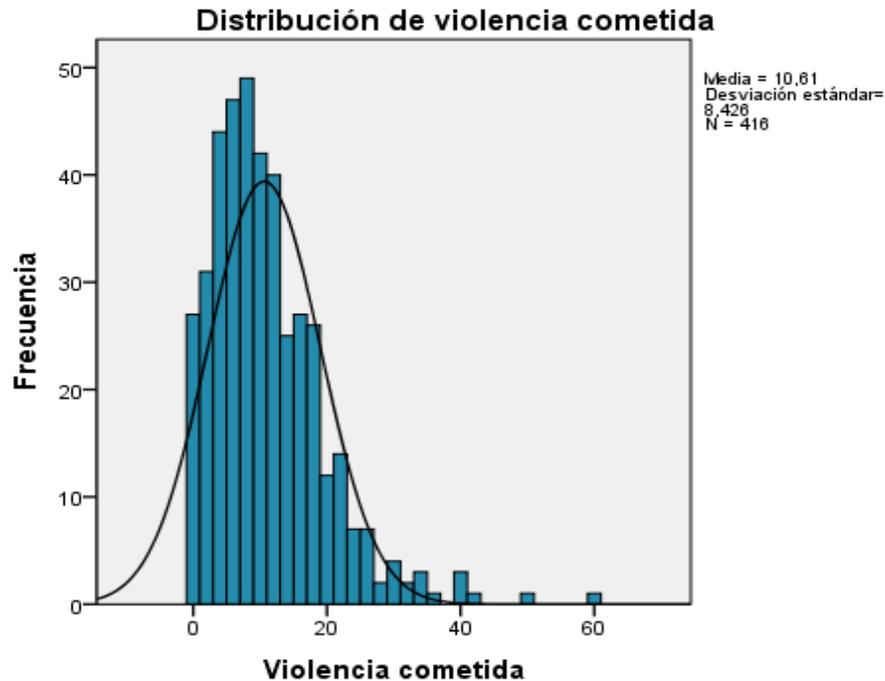
Con respecto a esta variable, se encontró que la mayoría de los adolescentes encuestados obtuvieron valores entre los 14 y 15 puntos, lo que corresponde a un nivel de disfuncionalidad familiar leve (32.5%). Por otro lado, el 26.4% de los estudiantes obtuvo puntajes que oscilaban entre los 10 y 13 puntos, evidenciando un nivel de disfuncionalidad familiar moderada. Del mismo modo, un 26.9% de estudiantes encuestados mostró un nivel de funcionamiento familiar óptimo, lo cual se vio reflejado en los puntajes mayores a 18 puntos que obtuvieron en la escala Apgar. Solo el 14.2% de los alumnos reportó tener un nivel de disfuncionalidad familiar grave, que corresponde a los puntajes entre 0-9 en la escala. Estos resultados también están representados en la gráfica 13.



Gráfica 13. Distribución de la muestra por Niveles de funcionamiento familiar

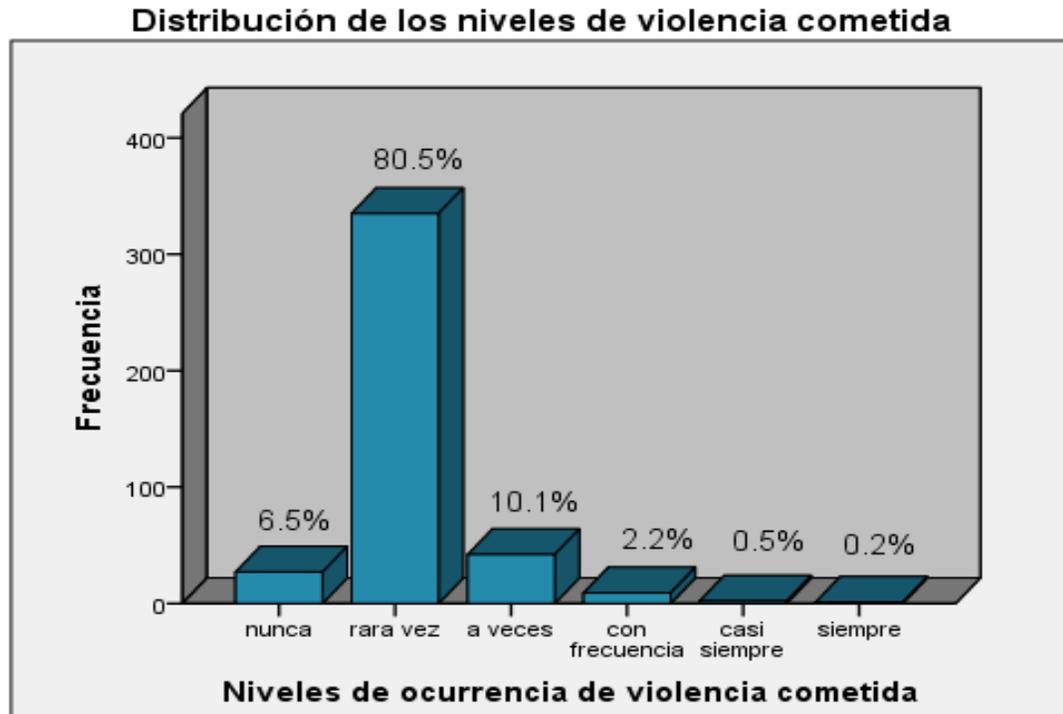
Violencia cometida

Para esta sub-escala se observó que la muestra ($n=416$), obtuvo una media de 10.61 puntos y una desviación típica de 8.426; siendo el puntaje mínimo 0 y máximo 60, evidenciando una distribución asimétrica ($As= 1.542$) con forma leptocurtica ($K= 4.200$). Esto evidencia, que en cuanto a esta variable, los datos tienden a concentrarse mayormente entorno al puntaje promedio en comparación a las otras dos variables analizadas previamente. Además, este puntaje promedio parece corresponder a la categoría "rara vez" debido a que se relaciona con los valores más bajos de la escala (ver tabla 2 y ver gráfica 14).



Gráfica 14. Histograma de la variable Violencia cometida

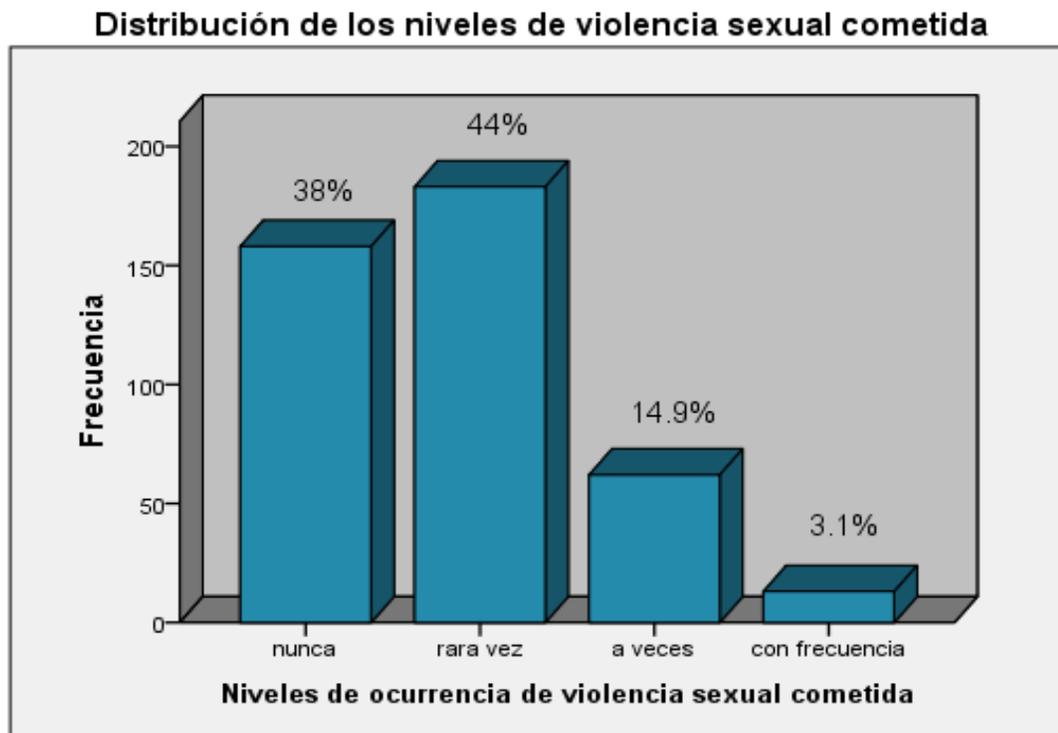
Esta tendencia se pudo observar más claramente al analizar los porcentajes de frecuencia, donde se evidencia que la mayoría de los jóvenes encuestados reporto que rara vez comete algún tipo de agresión contra su pareja (80.5%); mientras que el 10.1% señaló que a veces agrede a su pareja, seguido por el 6.5% de jóvenes que mencionaron que nunca han cometido algún tipo de agresión contra su pareja. Solo un pequeño porcentaje de estudiantes reporto que casi siempre o siempre agrede a su pareja (0.5% y 0.2% respectivamente) (ver gráfica 15).



Gráfica 15. Distribución de la muestra por Niveles de violencia cometida

Violencia Sexual cometida

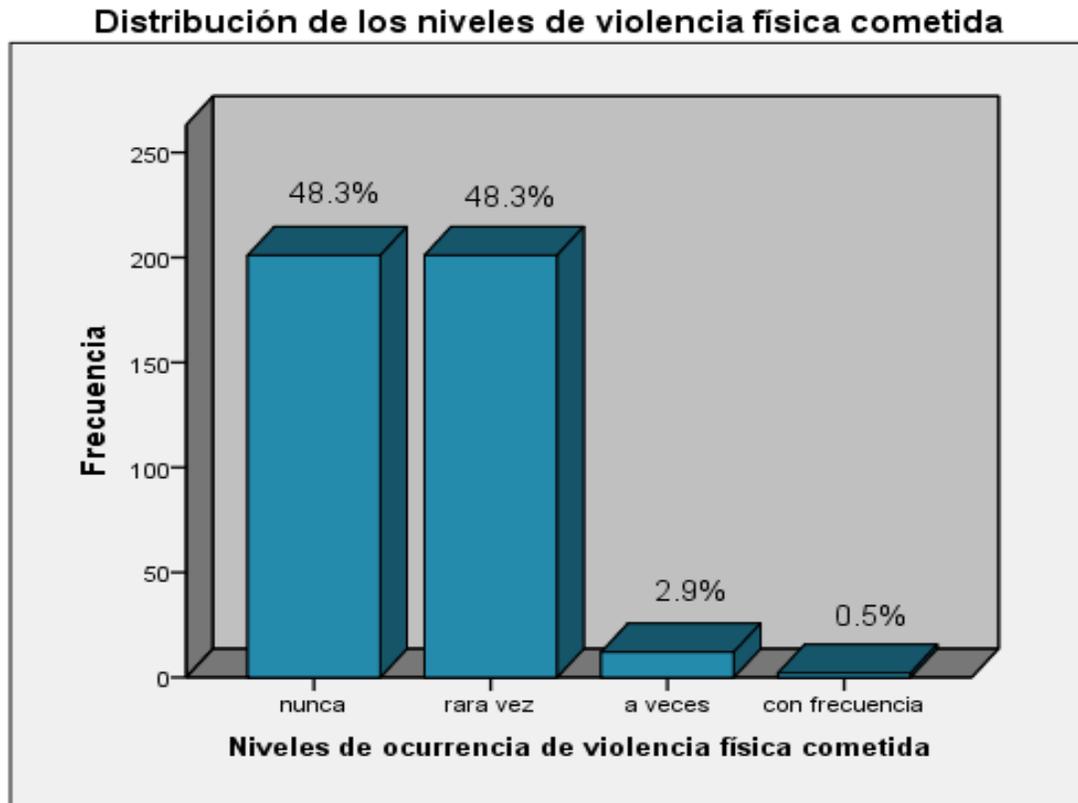
Los jóvenes encuestados obtuvieron una media de 1.82 puntos y una desviación típica de 2.053, siendo el puntaje mínimo 0 y el máximo 9 (ver tabla 2). Del mismo modo, se observó que el 44% de los estudiantes encuestados reporto que rara vez han cometido violencia sexual contra su pareja, mientras que el 38% señalo que nunca ha agredido sexualmente a su novio o novia. Por otro lado, el 14.9% y el 3.1% de los encuestados menciono que a veces o con frecuencia comete una agresión de tipo sexual contra su pareja respectivamente (ver gráfica 16).



Gráfica 16. Distribución de la muestra por Niveles de violencia sexual cometida

Violencia física cometida

El puntaje promedio obtenido es de 1.91 puntos con una desviación típica de 3.123, siendo el puntaje mínimo y máximo de 0 y 21 respectivamente (ver tabla 2). Ahora bien, al analizar las respuestas de los estudiantes encuestados, se encontró que la misma cantidad de adolescentes señaló que nunca (48.3%) o rara vez (48.3%) han agredido físicamente a su pareja; mientras que el 2.9% y el 0.5% de los encuestados reporto que a veces o con frecuencia (respectivamente) agrede físicamente a su pareja (ver gráfica 17).



Gráfica 17. Distribución de la muestra por Niveles de violencia física cometida

Violencia psicológica cometida

Respecto a esta variable se observó que de la muestra ($n=416$) se obtuvo una $MD= 6.56$ puntos y una $D.T= 4.738$, siendo el puntaje mínimo 0 y el puntaje máximo 23 (ver tabla 2). Del mismo modo, la distribución de los resultados refleja que 66.1% de los jóvenes encuestados reportó que raras veces cometen agresiones de tipo verbal o emocional contra su pareja, comparado con el 22.6% de los adolescentes que reporto que a veces agrede verbal o emocionalmente a su pareja. Sin embargo, un pequeño porcentaje de estudiantes reporto que nunca ha cometido violencia psicológica contra su novio o novia (9.1%) en contraposición al 2.2% de los encuestados quienes reportaron que con frecuencia

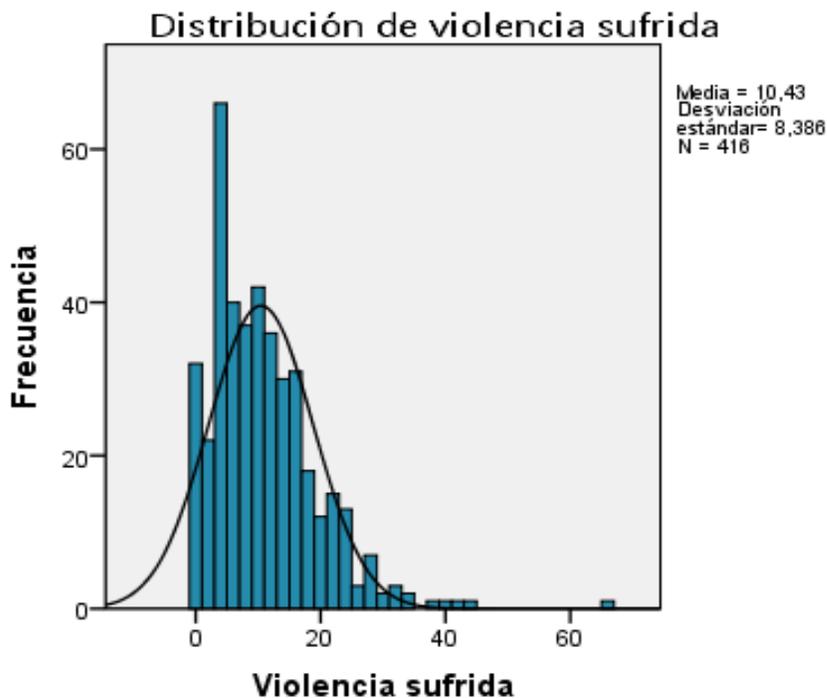
cometen este tipo de agresiones hacia su pareja. Estos resultados pueden observarse en la gráfica 18.



Gráfica 18. Distribución de la muestra por Niveles de violencia psicológica cometida

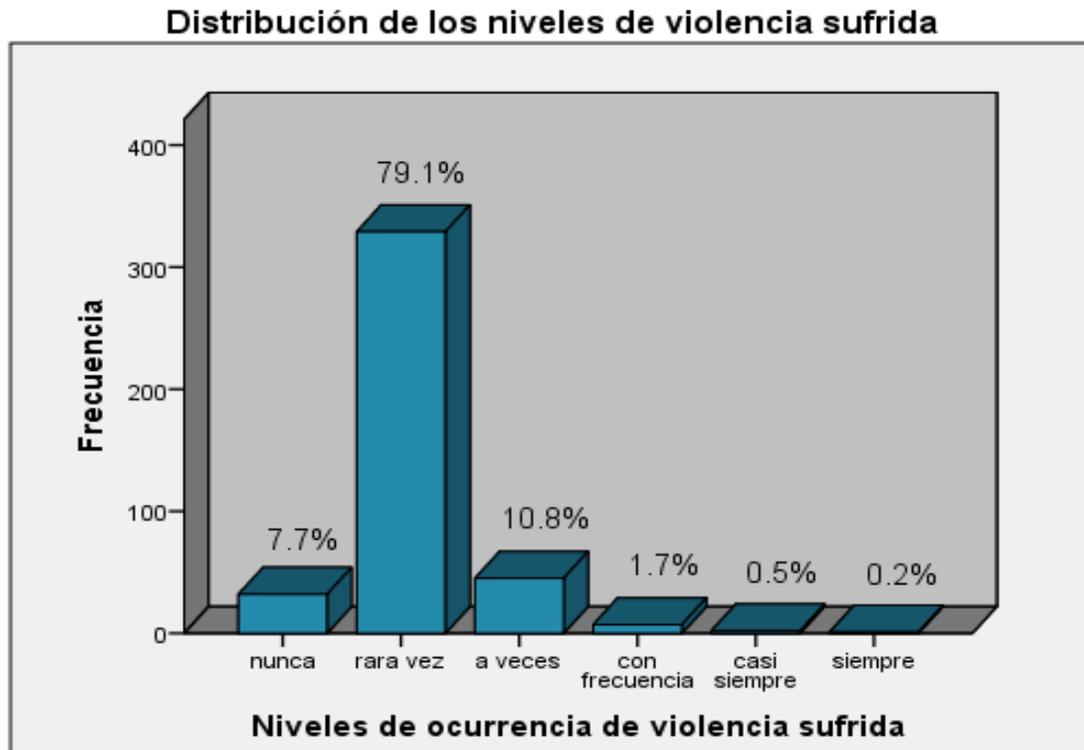
Violencia sufrida

El puntaje promedio para esta sub-escala fue de 10.43 mientras que la desviación típica fue de 8.386, siendo el puntaje mínimo obtenido 0 y el máximo de 65, unido a una distribución de los datos asimétrica ($As= 1.529$) con forma leptocurtica ($K= 4.801$). Es decir, que los valores obtenidos tienden a ser estar poco dispersos y a concentrarse más entorno al valor promedio; que pertenece a los puntajes más bajos de la escala y corresponde a la categoría "rara vez", tal y como se observó de manera similar en la sub-escala de violencia cometida (ver tabla 2 y ver gráfica 19).



Gráfica 19. Histograma de la variable Violencia sufrida

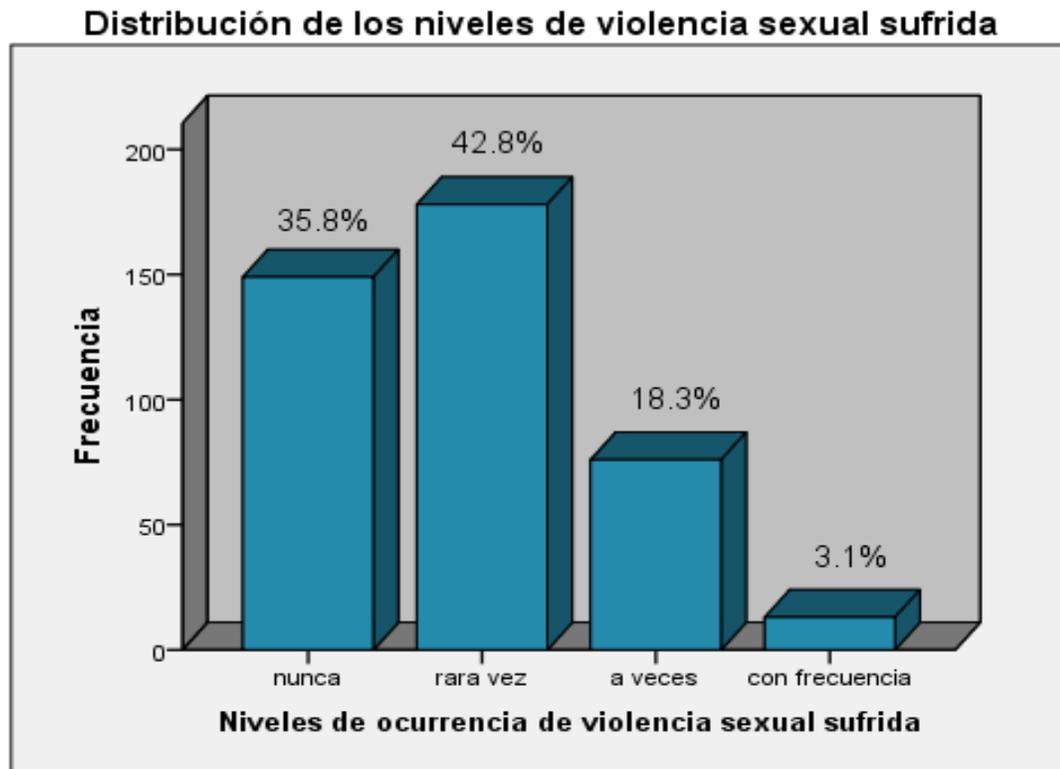
De esta manera, se observó al analizar la proporción de violencia sufrida reportada, se observó que la mayoría de los jóvenes encuestados señalo que rara vez sufren algún tipo de agresión por parte de su pareja (79.1%), mientras que el 10.8% menciona que a veces reciben algún tipo de agresión de su novio o novia; comparado con el 7.7% de los encuestados que reporto que nunca han sido agredidos por su pareja. Solo el 1.7% de los adolescentes señalo que con frecuencia es agredido por su pareja, seguido por el 0.5% y el 0.2% que reporta que casi siempre o siempre es agredido por su novio o novia (ver gráfica 20).



Gráfica 20. Distribución de la muestra por Niveles de violencia sufrida

Violencia sexual sufrida

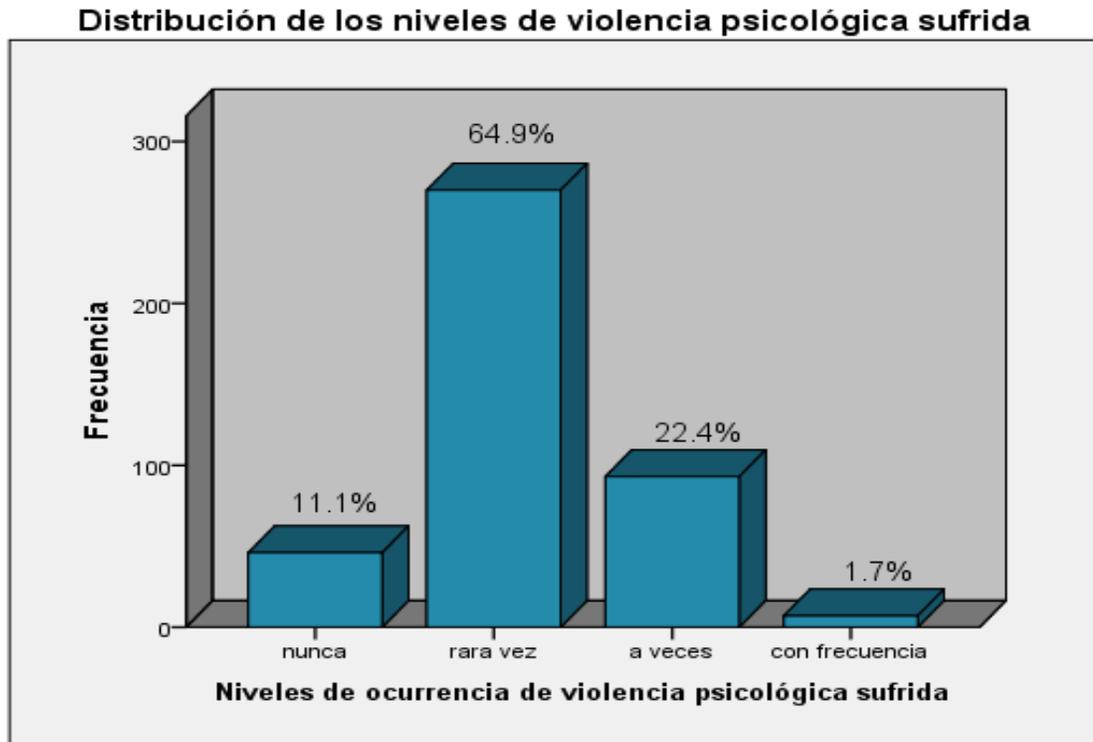
Al observar los resultados, se encontró un puntaje promedio de 1.90 con una desviación típica de 2.018, mientras que el puntaje mínimo fue de 0 y el máximo de 9 (ver tabla 2). Del mismo modo, se pudo observar que la mayoría de los adolescentes encuestados reportaron que raras veces han sufrido una agresión sexual por parte de su pareja, (42.8%) seguido por un 35.8% de los alumnos que señaló que nunca han sido violentados sexualmente por sus parejas. Por otra parte, el 18.3% de los jóvenes mencionó que a veces sufren violencia sexual por parte de su novio o novia mientras que el 3.1% reportó que con frecuencia sufre este tipo de agresiones (ver gráfica 21).



Gráfica 21. Distribución de la muestra por Niveles de violencia sexual sufrida

Violencia psicológica sufrida

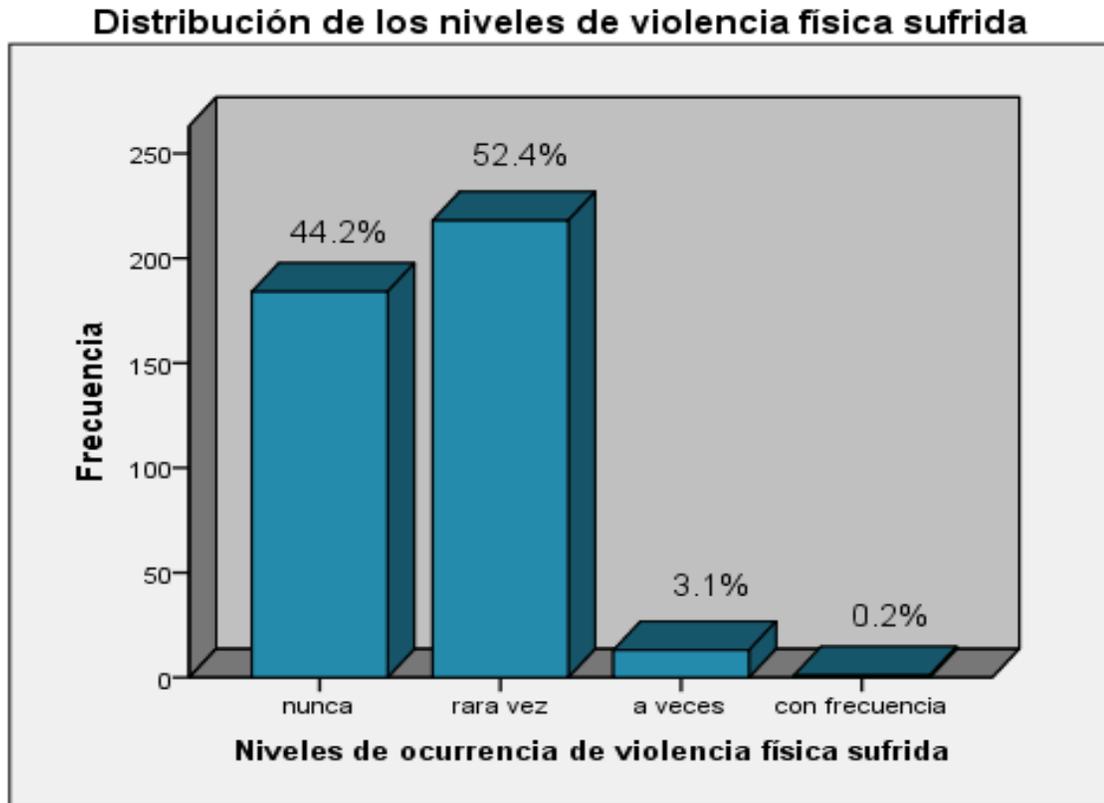
El puntaje promedio fue de 6.27 mientras que la desviación típica fue de 4.911; siendo el valor mínimo y máximo 0 y 24 respectivamente (ver tabla 2). Asimismo, se pudo encontrar que la mayoría de los estudiantes encuestados señalaron que raras veces han sufrido una agresión emocional o verbal por parte de su pareja (64.9%) seguido por un 22.4% de los alumnos que reportaron que a veces, sufren agresiones verbales y emocionales por parte de su pareja. Por otra lado, el 11.1% de los jóvenes mencionaron que nunca han sufrido violencia de este tipo, mientras que el 1.7% reportó, que con frecuencia sufre este tipo de agresiones. Estos resultados se evidencian en la gráfica 22.



Gráfica 22. Distribución de la muestra por Niveles de violencia psicológica sufrida

Violencia física sufrida

A partir de los resultados obtenidos, se observó una media de 1.93 y una desviación típica de 2.892; siendo el puntaje mínimo de 0 y el máximo de 23 (ver tabla 2). Así mismo, se encontró que el 52.4% de los jóvenes señalaron que, raras veces han sufrido violencia física por parte de su pareja, mientras que un 44.2% de los alumnos reportaron que nunca han sufrido agresiones físicas por parte de su novio o novia. Solo un pequeño porcentaje de adolescentes encuestados, reportaron que a veces (3.1%) o con frecuencia (0.2%) son agredidos físicamente por su pareja (ver gráfica 23).



Gráfica 23. Distribución de la muestra por Niveles de violencia física sufrida

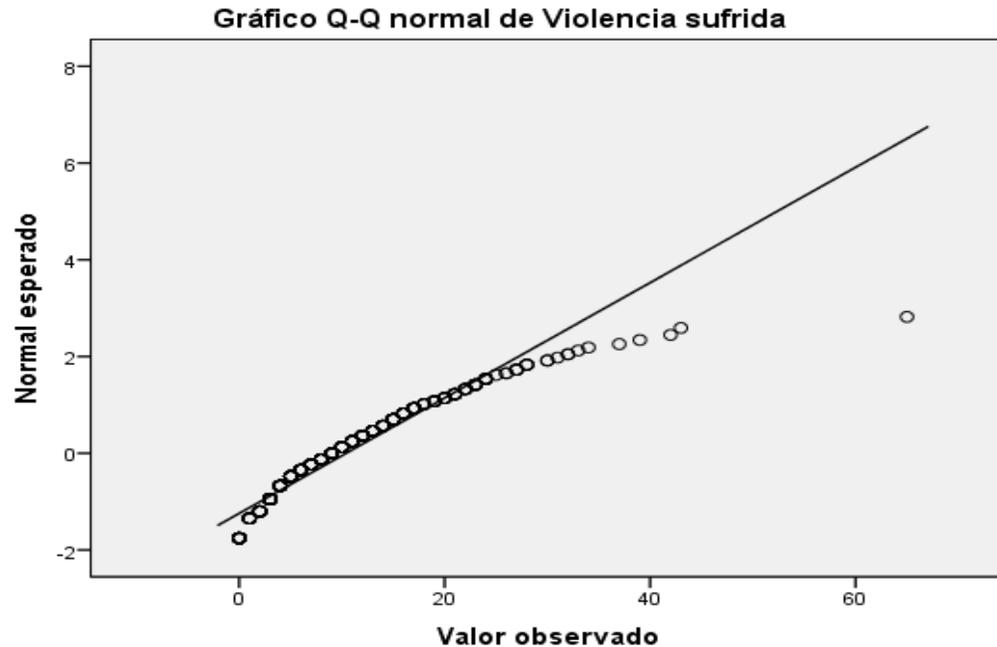
Análisis de la prueba de normalidad

Considerando los resultados previamente expuestos en el análisis descriptivo, donde se observa que las variables violencia en el noviazgo, funcionamiento familiar, género y nivel socioeconómico parecen tener una distribución que no se ajusta a una distribución normal, lo cual puede evidenciarse específicamente, en los histogramas y los valores de asimetría y curtosis (ver tabla 2); se consideró pertinente realizar la prueba de normalidad Kolmogorov-Smirnov; con el fin de obtener información más precisa, que permitiera determinar el grado de ajuste que tienen los valores de dichas variables a una distribución normal. A su

vez, estos resultados fueron utilizados al momento de tomar decisiones respecto a qué tipo de pruebas se podrán emplear para realizar el contraste de hipótesis (paramétricas o no paramétricas) y comprobar si se cumplen con todos los supuestos para calcular el coeficiente de correlación a través del producto momento de Pearson. A continuación los resultados.

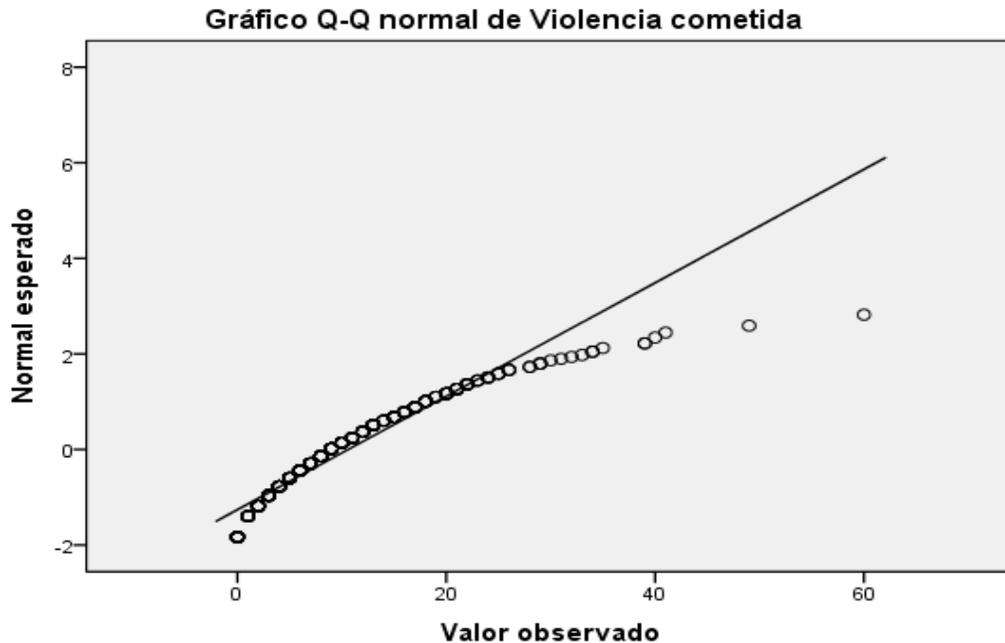
Violencia cometida y violencia sufrida

Como se puede observar en la gráfica 24 para la violencia sufrida, los puntos se distribuyen por encima de la recta evidenciando una asimetría hacia la derecha, lo que significa que la violencia sufrida no se distribuye normalmente, es decir, que los puntajes obtenidos por los jóvenes encuestados pueden ubicarse a lo largo del continuo de posibles valores de la prueba, tienden a desviarse hacia los valores más bajos de la escala; indicando que probablemente los estudiantes reportan, haber sufrido menos violencia por parte de su pareja.



Gráfica 24. Q-Q normal de violencia sufrida

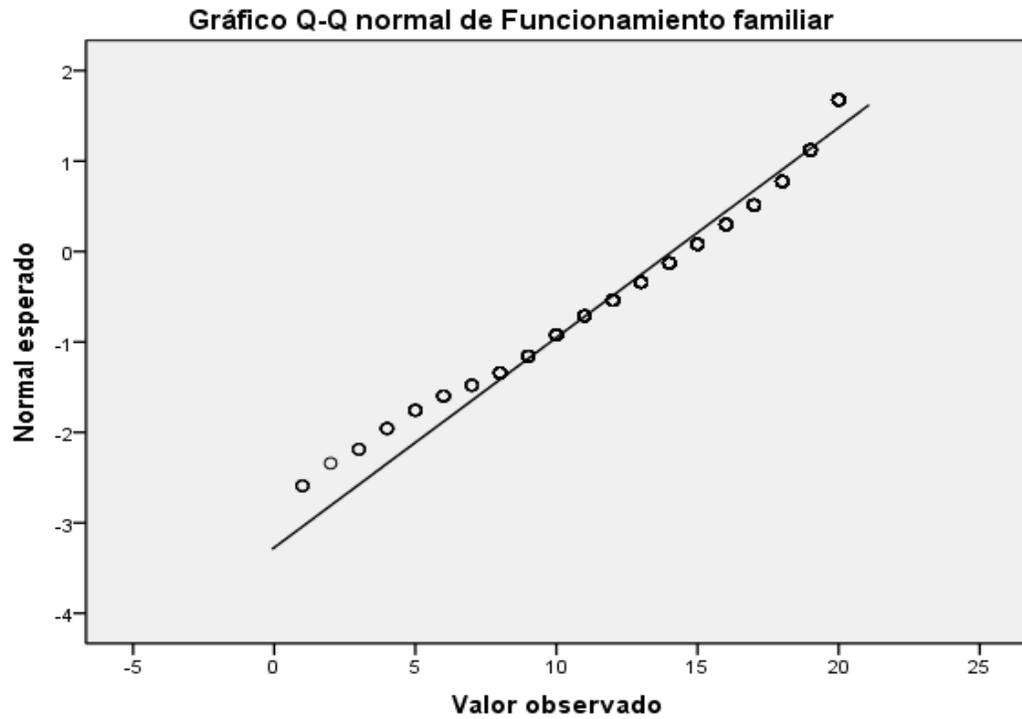
Un resultado similar, se obtuvo en la variable violencia cometida, donde la mayoría de los puntos se distribuyen por encima de la recta, indicando una asimetría hacia la derecha confirmando así, que la variable no se distribuye normalmente (ver gráfica 25). Dicho de otro modo, las respuestas de los estudiantes encuestados, son muy dispersas pudiendo ubicarse a lo largo del continuo de posibles puntajes, tendiendo a desviarse hacia los valores inferiores de la escala sugiriendo que probablemente los jóvenes reportaron haber cometido con menos frecuencia alguna agresión hacia su pareja.



Gráfica 25. Q-Q normal de violencia cometida

Funcionamiento familiar

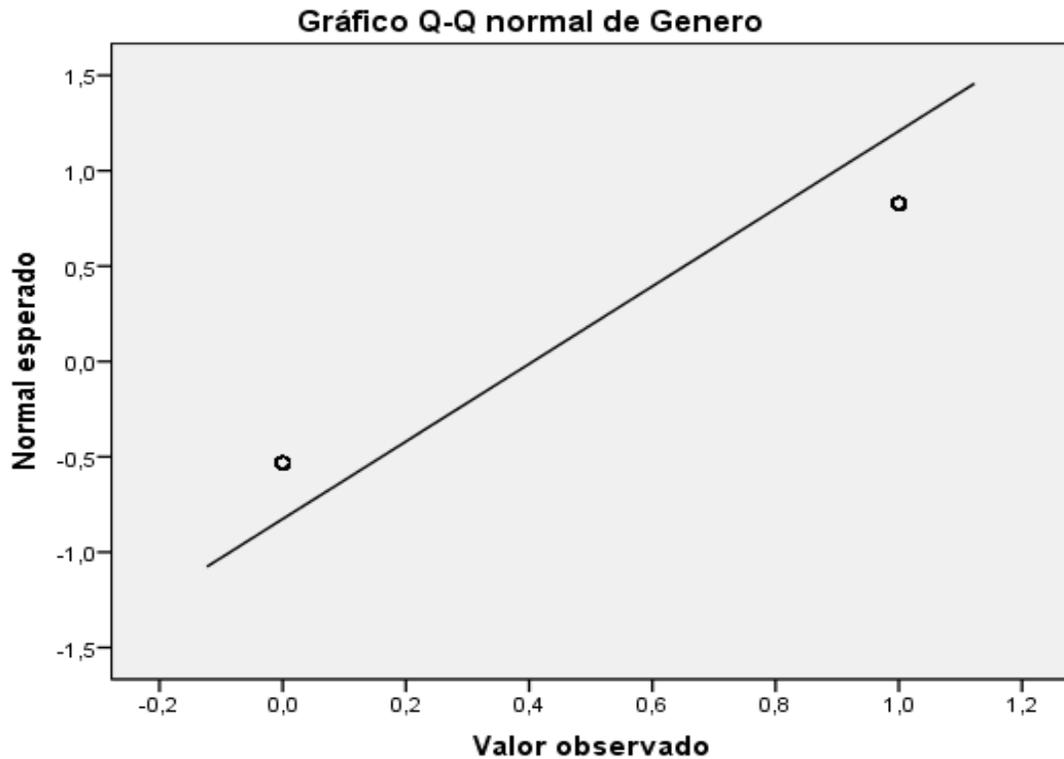
Al observar la gráfica 26 para el funcionamiento familiar, se evidencia, que si bien una pequeña cantidad de puntos parece distribuirse sobre la recta; resulta llamativo que hacia los extremos de la gráfica los puntos parecen mostrar mayor dispersión hacia ambos extremos y a separarse de la recta, evidenciando una asimetría positiva y negativa. Esto sugiere por una parte, que los datos no se ajustan a una distribución normal y a su vez, que los puntajes obtenidos por los jóvenes encuestados tienden a dispersarse, sugiriendo que algunos jóvenes pudieran ubicarse tanto hacia valores más bajos de la escala como hacia los valores más altos; reportando diferentes grados de funcionamiento familiar.



Gráfica 26. Q-Q normal de funcionamiento familiar

Género

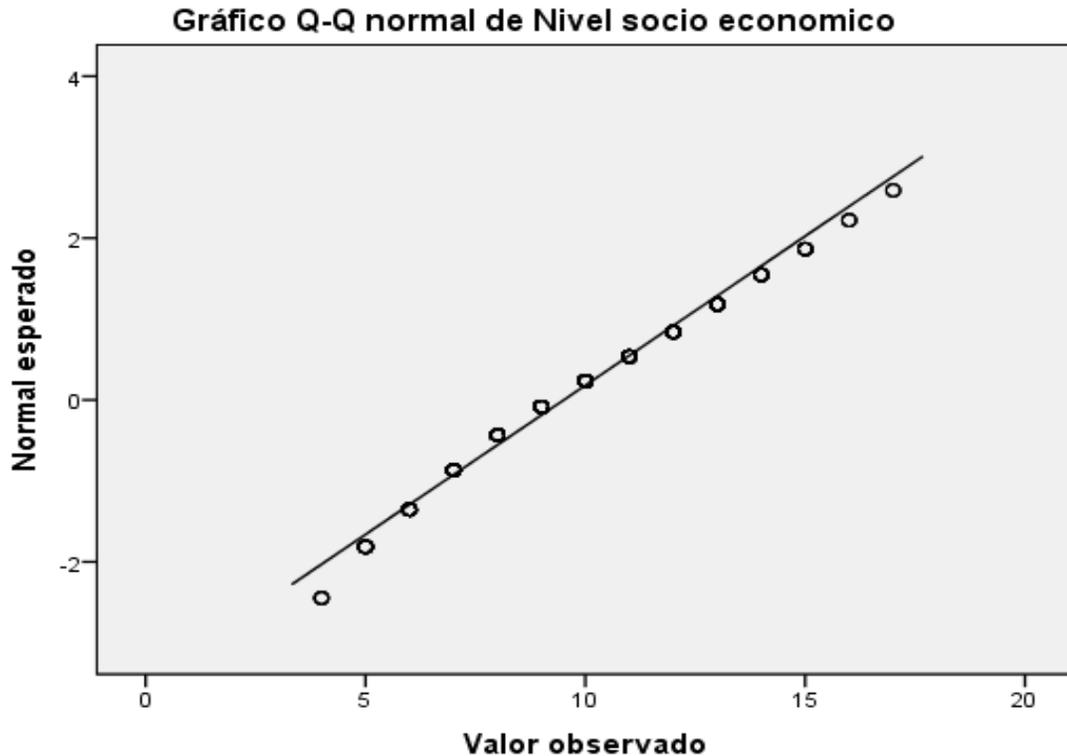
Con respecto a esta variable, tal como lo muestra la gráfica 27, se evidencia que los puntos tienden a alejarse de la recta y colocarse hacia ambos lados de la misma, indicando que la distribución de los datos es asimétrica, confirmando que la misma no se ajusta a la normal.



Gráfica 27. Q-Q normal de género

Nivel socioeconómico

Por último, al analizar la gráfica 28, se encontró que una pequeña cantidad de puntos se sitúan sobre la recta; sin embargo, hacia ambos extremos de la gráfica los puntos tienden a mostrar mayor dispersión y los datos se separan de la recta, evidenciando tanto una asimetría positiva y negativa. Esto sugiere que por una parte, los datos no se ajustan a una distribución normal y por otra indica, que los puntajes obtenidos por los jóvenes encuestados tienden a ser más dispersos, de manera que algunos alumnos pudieran ubicarse, tanto hacia valores más bajos de la escala como hacia los valores más altos; reportando así, que pertenecen a diferentes niveles socioeconómicos.



Gráfica 28. Q-Q normal de nivel socioeconómico

Análisis correlacional

Es importante acotar en este apartado que, a partir de los resultados obtenidos en la prueba de kolmogorov-Smirnov, que sugieren que la distribución de las variables no se ajustan a una distribución normal; se decidió realizar el cálculo de las correlaciones simples a través del coeficiente de Spearman, el cual es una variante similar al coeficiente de Pearson pero que resulta útil cuando no se cumple con el supuesto de normalidad y cuando se tienen variables que tienen al menos un nivel de medida ordinal. Además, este coeficiente resulta pertinente, debido a que calcula el grado de asociación a partir de la asignación de rangos a los valores ordenados; en lugar de medirlo a partir de los propios valores de la variable (Peña, 2009).

Teniendo estos aspectos en cuenta, para el presente apartado se tiene por objetivo responder a la hipótesis de investigación: determinar si existe una asociación entre las variables de estudio planteadas (género, funcionamiento familiar, nivel socioeconómico y violencia en el noviazgo). Dichas correlaciones fueron analizadas bajo el parámetro de un diseño de investigación correlacional, permitiendo delimitar la dirección y magnitud de las mismas.

Género y violencia en el noviazgo

Tabla 3.

Tabla Resumen correlación entre género y violencia cometida o sufrida.

			Genero	Violencia cometida	Violencia sufrida
Rho de Spearman	Género	Coeficiente de correlación	1,000	-,090	,020
		Sig. (bilateral)	.	,068	,687
		N	416	416	416
	Violencia cometida	Coeficiente de correlación	-,090	1,000	,835**
		Sig. (bilateral)	,068	.	,000
		N	416	416	416
	Violencia sufrida	Coeficiente de correlación	,020	,835**	1,000
		Sig. (bilateral)	,687	,000	.
		N	416	416	416

** . La correlación es significativa en el nivel 0,01 (bilateral).

Ante todo, se pudo observar que no existe una relación significativa entre género y violencia cometida ($r = -0.09$), ya que arrojó un coeficiente de magnitud bajo, dirección negativa, que resultó no significativa al nivel de 0.01. Esto sugiere, que no existe una relación entre

ser hombre o mujer y haber cometido violencia en el noviazgo (ver tabla 3). Un resultado similar se observó entre género y violencia sufrida, donde tampoco se encontró una relación significativa entre ambas variables ($r = -0.020$); arrojando un coeficiente de magnitud bajo y dirección negativa que resultó no significativa al nivel de 0.01 (ver tabla 3).

Estos hallazgos, acerca del bajo reporte de conductas violentas cometidas o sufridas por parte de los jóvenes encuestados, podrían obedecer a respuestas con un alto porcentaje de deseabilidad social, debido al proceso madurativo en el cual se encuentran. Aunado a los tipos de interacción que establecen los adolescentes con sus pares, ya que durante la aplicación del Inventario de Conflictos en el Noviazgo, se evidenció en sus verbalizaciones, que se les dificultaba percibir este tipo de actos como peligrosos o dañinos, para ellos o sus parejas, e incluso tendieron a reportarlos como formas de relacionarse con sus pares, calificando tales acciones como bromas o juegos. Algunos de estos actos fueron empujones, lanzar objetos, hablar en tono hostil, besar o ser besado por él o ella de manera forzada, asustar al otro.

Por otra parte, al analizar el grado de asociación con las tres modalidades de violencia considerados para el presente estudio, se encontraron algunas discrepancias que son relevantes para la investigación. Para empezar se observó, que no existe una relación significativa entre género y violencia sexual sufrida ($r = 0.059$), siendo el coeficiente de Spearman de magnitud baja, con dirección positiva y no significativa al 0.01 (ver tabla 4).

Al mismo tiempo, se encontró que no existe una asociación entre género y violencia psicológica sufrida ($r = -0.048$, $p > 0.01$) (ver tabla 5), ni tampoco entre género y violencia física sufrida ($r = 0.084$, $p > 0.01$) (ver tabla 6). Lo que parece indicar, que no hay una relación entre ser

hombre o mujer y haber sufrido o cometido violencia física y haber sufrido violencia psicológica o sexual por parte de la pareja.

Tabla 4.

Tabla Resumen correlaciones entre género y violencia sexual cometida o sufrida

			Genero	Violencia Sexual cometida	Violencia Sexual sufrida
Rho de Spearman	Género	Coeficiente de correlación	1,000	,254**	,059
		Sig. (bilateral)	.	,000	,228
		N	416	416	416
	Violencia Sexual cometida	Coeficiente de correlación	,254**	1,000	,700**
		Sig. (bilateral)	,000	.	,000
		N	416	416	416
	Violencia Sexual sufrida	Coeficiente de correlación	,059	,700**	1,000
		Sig. (bilateral)	,228	,000	.
		N	416	416	416

** . La correlación es significativa en el nivel 0,01 (bilateral).

Tabla 5.

Tabla Resumen correlaciones entre género y violencia psicológica cometida o sufrida

			Genero	Violencia Psicológica cometida	Violencia Psicológica sufrida
Rho de Spearman	Genero	Coeficiente de correlación	1,000	-,191**	-,048
		Sig. (bilateral)	.	,000	,331
		N	416	416	416
	Violencia Psicológica cometida	Coeficiente de correlación	-,191**	1,000	,796**
		Sig. (bilateral)	,000	.	,000
		N	416	416	416
	Violencia Psicológica sufrida	Coeficiente de correlación	-,048	,796**	1,000
		Sig. (bilateral)	,331	,000	.
		N	416	416	416

** . La correlación es significativa en el nivel 0,01 (bilateral).

Tabla 6.

Tabla Resumen correlaciones entre género y violencia física cometida o sufrida

			Género	Violencia Física cometida	Violencia Física sufrida
Rho de Spearman	Género	Coeficiente de correlación	1,000	-,109*	,085
		Sig. (bilateral)	.	,027	,083
		N	416	416	416
	Violencia Física cometida	Coeficiente de correlación	-,109*	1,000	,669**
		Sig. (bilateral)	,027	.	,000
		N	416	416	416
	Violencia Física sufrida	Coeficiente de correlación	,085	,669**	1,000
		Sig. (bilateral)	,083	,000	.
		N	416	416	416

** . La correlación es significativa en el nivel 0,01 (bilateral).

No obstante, si bien la relación entre dichas variables no fueron significativas; se encontró una relación significativa entre género y violencia sexual cometida ($r= 0.254$), arrojando una magnitud moderada, dirección positiva y significativa al nivel de 0.01 (ver tabla 4). Así como también, se encontró una relación significativa entre género y violencia psicológica cometida ($r= -0.191$), arrojando una magnitud baja, dirección negativa y significativa al 0.01 (ver tabla 5). Estos hallazgos sugieren, que existe una relación entre ser hombre o mujer y cometer violencia sexual o psicológica hacia la pareja.

Nivel socioeconómico y violencia en el noviazgo

Tabla 7.

Tabla Resumen correlaciones entre nivel socioeconómico y violencia cometida o sufrida

			Nivel socio económico	Violencia cometida	Violencia sufrida
Rho de Spearman	Nivel socio económico	Coeficiente de correlación	1,000	-,081	-,045
		Sig. (bilateral)	.	,101	,362
		N	416	416	416
	Violencia cometida	Coeficiente de correlación	-,081	1,000	,835**
		Sig. (bilateral)	,101	.	,000
		N	416	416	416
	Violencia sufrida	Coeficiente de correlación	-,045	,835**	1,000
		Sig. (bilateral)	,362	,000	.
		N	416	416	416

** . La correlación es significativa en el nivel 0,01 (bilateral).

Como se pudo observar en la tabla, no se encontró una relación significativa entre nivel socioeconómico y violencia cometida, cuyo coeficiente de Spearman fue de $r = -0.081$ con una magnitud baja, dirección negativa y no significativa al nivel 0.01 (tabla 7). Tampoco se encontró una relación significativa entre nivel socioeconómico y violencia sufrida, donde el coeficiente de Spearman fue de $r = -0.045$ con una magnitud baja, dirección negativa y no significativa al 0.01 (ver tabla 7).

Resultados similares se observaron al analizar el grado de asociación entre el nivel socioeconómico y las tres modalidades de violencia considerados para el estudio. Encontrándose una relación de

magnitud baja, dirección negativa y no significativa al nivel 0.01 con violencia psicológica cometida ($r = -0.107$) o sufrida ($r = -0.119$); violencia sexual cometida ($r = -0.046$) o sufrida ($r = 0.004$) y con violencia física cometida ($r = -0.010$) o sufrida ($r = -0.024$). Estos hallazgos, parecen indicar que no existe una relación entre el estrato socioeconómico en que se encuentran los jóvenes encuestados y haber cometido o sufrido algún tipo de agresión durante el noviazgo.

Funcionamiento familiar y violencia en el noviazgo

Tabla 8.

Tabla Resumen de correlaciones entre funcionamiento familiar y violencia cometida o sufrida

			Funcionamiento familiar	Violencia cometida	Violencia sufrida
Rho de Spearman	Funcionamiento familiar	Coeficiente de correlación	1,000	-,180**	-,167**
		Sig. (bilateral)	.	,000	,001
		N	416	416	416
	Violencia cometida	Coeficiente de correlación	-,180**	1,000	,835**
		Sig. (bilateral)	,000	.	,000
		N	416	416	416
	Violencia sufrida	Coeficiente de correlación	-,167**	,835**	1,000
		Sig. (bilateral)	,001	,000	.
		N	416	416	416

** . La correlación es significativa en el nivel 0,01 (bilateral).

Se encontró una relación significativa entre funcionamiento familiar y violencia cometida ($r = -0.18$) arrojando una magnitud baja, dirección negativa y significativa al nivel de 0.01 (ver tabla 8). Asimismo, se evidenció una asociación significativa entre funcionamiento familiar

y violencia sufrida ($r = -0.167$) con una magnitud baja, dirección negativa y significativa al nivel de 0.01 (ver tabla 8); lo cual sugiere que existe una relación entre tener elevados puntajes en la escala de funcionamiento familiar y reportar haber cometido o sufrido menos agresiones durante la relación de noviazgo.

Por su parte, al analizar el grado de asociación entre funcionamiento familiar y los tres tipos de violencia estudiadas, se encontró que existe una relación significativa, baja y negativa entre dicha variable y violencia psicológica cometida ($r = -0.184$, $p < 0.01$) al igual que con la variable violencia psicológica sufrida ($r = -0.133$, $p < 0.01$) (ver tabla 9). Indicando que en la medida que los jóvenes encuestados obtengan puntajes más elevados en la escala de funcionamiento familiar; sugiriendo un funcionamiento más óptimo, reportaran haber sufrido o cometido menos agresiones verbales y emocionales en la relación de noviazgo.

Tabla 9.

Tabla Resumen correlaciones entre funcionamiento familiar y violencia psicológica cometida o sufrida

			Funcionamiento familiar	Violencia Psicológica cometida	Violencia Psicológica sufrida
Rho de Spearman	Funcionamiento familiar	Coeficiente de correlación	1,000	-,180**	-,133**
		Sig. (bilateral)	.	,000	,007
		N	416	416	416
	Violencia Psicológica cometida	Coeficiente de correlación	-,180**	1,000	,796**
		Sig. (bilateral)	,000	.	,000
		N	416	416	416
	Violencia Psicológica sufrida	Coeficiente de correlación	-,133**	,796**	1,000
		Sig. (bilateral)	,007	,000	.
		N	416	416	416

** . La correlación es significativa en el nivel 0,01 (bilateral).

A su vez, se observó una correlación baja, dirección negativa y significativa al nivel de 0.01 entre funcionamiento familiar y violencia física cometida ($r = -0.193$). Resultados similares se obtuvieron con la variable violencia física sufrida, donde se encontró una relación significativa, con magnitud baja y negativa ($r = -0.137$, $p < 0.01$) (ver tabla 10). Estos sugieren, que los adolescentes que se ubicaron en un nivel de funcionamiento familiar óptimo reflejado en puntajes elevados en la escala, reportaran haber cometido o sufrido menos agresiones físicas durante la relación de pareja.

Tabla 10.

Tabla Resumen correlaciones entre funcionamiento familiar y violencia física cometida o sufrida

			Funcionamiento familiar	Violencia Física cometida	Violencia Física sufrida
Rho de Spearman	Funcionamiento familiar	Coefficiente de correlación	1,000	-,193**	-,137**
		Sig. (bilateral)	.	,000	,005
		N	416	416	416
	Violencia Física cometida	Coefficiente de correlación	-,193**	1,000	,669**
		Sig. (bilateral)	,000	.	,000
		N	416	416	416
	Violencia Física sufrida	Coefficiente de correlación	-,137**	,669**	1,000
		Sig. (bilateral)	,005	,000	.
		N	416	416	416

** . La correlación es significativa en el nivel 0,01 (bilateral).

No obstante, al analizar la asociación entre funcionamiento familiar y violencia sexual cometida no se encontró una relación significativa entre ambas variables ($r = -0.025$, $p > 0.01$); sin embargo, si se encontró una relación significativa entre dicha variable y la violencia sexual sufrida ($r = -0.123$), arrojando un coeficiente de Spearman bajo, negativo y significativo al nivel de 0.01 (ver tabla 11).

Con este último hallazgo, se infiere que en la medida que los jóvenes evidencien tener un nivel de disfuncionalidad familiar moderado o grave, caracterizado por poca afectividad y cooperación, poca capacidad para adaptarse a las situaciones estresantes y poca capacidad para emplear estrategias de resolución de problemas adecuadas (p.ej: la negociación), serán más propensos a reportar haber

sufrido más agresiones de tipo sexual por parte de la pareja (p.ej: recibir caricias en senos, genitales sin que él/ella lo desee).

Tabla 11.

Tabla Resumen correlaciones entre funcionamiento familiar y violencia sexual cometida o sufrida

			Funcionamiento familiar	Violencia Sexual cometida	Violencia Sexual sufrida
Rho de Spearman	Funcionamiento familiar	Coeficiente de correlación	1,000	-,025	-,128**
		Sig. (bilateral)	.	,607	,009
		N	416	416	416
	Violencia Sexual cometida	Coeficiente de correlación	-,025	1,000	,700**
		Sig. (bilateral)	,607	.	,000
		N	416	416	416
	Violencia Sexual sufrida	Coeficiente de correlación	-,128**	,700**	1,000
		Sig. (bilateral)	,009	,000	.
		N	416	416	416

** . La correlación es significativa en el nivel 0,01 (bilateral).

Análisis del contraste de hipótesis

Con el objetivo de dar respuesta a las hipótesis específicas planteadas en la presente investigación, las cuales plantean por una parte, que hay diferencias entre violencia en el noviazgo y el tipo de institución en el que estudian los jóvenes (sea público o privado). Y por otra, plantean que hay diferencias entre violencia en el noviazgo y el género de los estudiantes encuestados y entre el tipo de violencia (cometida o sufrida) y el género; se decidió realizar un contraste de

hipótesis no paramétrica a través del estadístico Mann-Whitney con un nivel de significación de $\alpha = 0.05$.

Entre los resultados más importantes, se encontraron discrepancias significativas entre el tipo de institución y violencia cometida ($Z = -3.345$, $p < 0.05$) (ver tabla 12). Dicha diferencia muestran puntajes más elevados de violencia cometida, reportados por los adolescentes que estudian en colegios privados, quienes obtuvieron un rango promedio superior al rango promedio de los colegios públicos (ver tabla 13). Esto evidencia que los estudiantes pertenecientes a unidades educativas privados, tendieron a reportar mayor cantidad de conductas agresivas cometidas en contra de la pareja, en comparación a estudiantes de liceos públicos.

Tabla 12.

Tabla Resumen prueba de estadísticos Mann-Whitney para tipo de institución y violencia cometida

Estadísticos	Violencia cometida
U de Mann-Whitney	17253,000
W de Wilcoxon	34089,000
Z	-3,345
Sig. asintótica (bilateral)	,001

Tabla 13.

Tabla Resumen rangos promedios para tipo de institución y violencia cometida

	Tipo del institución en que estudian los adolescentes	N	Rango promedio	Suma de rangos
Violencia cometida	Publico	183	186,28	34089,00
	Privado	233	225,95	52647,00
	Total	416		

Asimismo, durante el proceso de contraste entre el tipo de institución y violencia sufrida se encontraron discrepancias estadísticamente significativas ($Z = -4.350$, $p < 0.05$) (ver tabla 14). Esta diferencia, muestran puntajes más elevados de violencia sufrida, reportados por los estudiantes que provienen de instituciones educativas privados, mostrando un rango promedio superior, en contraste al rango promedio de la muestra perteneciente a liceos públicos (ver tabla 15); lo que sugiere, que los jóvenes encuestados de colegios privados tendieron a reportar haber sufrido mayor cantidad de conductas agresivas por parte de la pareja.

Por otra parte, es importante resaltar con respecto al contraste anterior, que estos resultados pudieran responder, a que se encuestó a una proporción mayor de estudiantes de unidades educativas privadas en comparación con los adolescentes de instituciones educativas públicas.

Tabla 14.

Tabla Resumen contraste Mann-Whitney para tipo de colegio y violencia sufrida

	Violencia sufrida
U de Mann-Whitney	1 6031,000
W de Wilcoxon	32867,000
Z	-4,350
Sig. asintótica (bilateral)	,000

Tabla 15.

Tabla Resumen rangos promedios para tipo de colegio y violencia sufrida

	Tipo del colegio en que estudian los adolescentes	N	Rango promedio	Suma de rangos
Violencia sufrida	Publico	183	179,60	32867,00
	Privado	233	231,20	53869,00
	Total	416		

Ahora bien, con respecto a la posible asociación entre las variables género y violencia cometida; resulto llamativo que no se encontraran diferencias significativas entre ambos elementos ($Z = -1.825$, $p > 0.05$) (ver tabla 16), al igual, que no se encontraron discrepancias significativas en cuanto al género y la violencia sufrida ($Z = -0.404$, $p > 0.05$) (ver tabla 17). Lo que pudiera evidenciar, que tanto los hombres como las mujeres pueden llegar a reportar que han sufrido o cometido violencia durante una relación de noviazgo.

Tabla 16.

Tabla Resumen contraste Mann-Whitney para género y violencia cometida

Estadísticos	Violencia cometida
U de Mann-Whitney	18676,000
W de Wilcoxon	33041,000
Z	-1,825
Sig. asintótica (bilateral)	,068

Tabla 17.

Tabla Resumen contraste Mann-Whitney para género y violencia sufrida

Estadísticos	Violencia sufrida
U de Mann-Whitney	20386,000
W de Wilcoxon	51014,000
Z	-,404
Sig. asintótica (bilateral)	,686

Siguiendo este orden de ideas, en el contraste realizado entre género y los tipos de violencia en el noviazgo; se encontró en primer lugar, que no hay discrepancias significativas en cuanto al género y haber sufrido violencia sexual ($Z = -1.208$, $p > 0.05$) (ver tabla 18), violencia psicológica ($Z = -0.974$, $p > 0.05$) (ver tabla 19) y violencia física ($Z = -1.731$, $p > 0.05$) (ver tabla 20). Lo que apunta, a que sin importar que los adolescentes sean hombres o mujeres, ambos pueden llegar a reportar que han sufrido alguno de estos tipos de agresión durante una relación de noviazgo.

Tabla 18.

Tabla Resumen contraste Mann-Whitney para género y violencia sexual sufrida

Estadísticos	Violencia Sexual sufrida
U de Mann-Whitney	19458,000
W de Wilcoxon	50086,000
Z	-1,208
Sig. asintótica (bilateral)	,227

Tabla 19.

Tabla Resumen contraste Mann-Whitney para género y violencia psicológica sufrida

Estadísticos	Violencia Psicológica sufrida
U de Mann-Whitney	19702,500
W de Wilcoxon	34067,500
Z	-,974
Sig. asintótica (bilateral)	,330

Tabla 20.

Tabla Resumen contraste Mann-Whitney para género y violencia física sufrida

Estadísticos	Violencia Física sufrida
U de Mann-Whitney	18886,500
W de Wilcoxon	49514,500
Z	-1,731
Sig. asintótica (bilateral)	,083

En segundo lugar y contrariamente a los resultados señalados anteriormente, se halló que existen diferencias significativas entre hombres y mujeres, respecto a la violencia psicológica cometida ($Z = -3.894$, $p < 0.05$) (ver tabla 21). Dicha desigualdad, refleja que las mujeres mostraron un rango promedio superior al rango promedio de los hombres (ver tabla 22); lo que alude a que entre los jóvenes encuestados, las féminas reportaron haber cometido con mayor frecuencia agresiones verbales o emocionales (p.ej: humillaciones, insultos, hablar en tono hostil, etc.) hacia su pareja, en comparación a los varones.

Tabla 21.

Tabla Resumen contraste Mann-Whitney para género y violencia psicológica cometida

Estadísticos	Violencia Psicológica cometida
U de Mann-Whitney	16194,000
W de Wilcoxon	30559,000
Z	-3,894
Sig. asintótica (bilateral)	,000

Tabla 22.

Tabla Resumen rangos promedios para género y violencia psicológica cometida

	Género	N	Rango promedio	Suma de rangos
Violencia Psicológica cometida	Femenino	247	227,44	56177,00
	Masculino	169	180,82	30559,00
	Total	416		

Un resultado similar se encontró en violencia sexual cometida, donde también se observaron desigualdades estadísticamente significativas entre ambos géneros ($Z = -5.173$, $p < 0.05$) (ver tabla 23). En esta discrepancia son los alumnos varones encuestados, quienes mostraron un rango promedio superior. (ver tabla 24).

Visto de esta forma, los resultados demuestran que entre los estudiantes encuestados, los hombres reportaron haber cometido con mayor frecuencia agresiones sexuales hacia su pareja (p.ej: acaricias

pechos, genitales sin que él/ella lo desee o besarlo cuando él/ella no lo desea) en contraste con las mujeres.

Tabla 23.

Tabla Resumen contraste Mann-Whitney para género y violencia sexual cometida

Estadísticos	Violencia Sexual cometida
U de Mann-Whitney	14849,500
W de Wilcoxon	45477,500
Z	-5,173
Sig. asintótica (bilateral)	,000

Tabla 24.

Tabla Resumen rangos promedios para género y violencia sexual cometida

	Género	N	Rango promedio	Suma de rangos
Violencia Sexual cometida	Femenino	247	184,12	45477,50
	Masculino	169	244,13	41258,50
	Total	416		

Para finalizar, también se observaron diferencias estadísticamente significativas entre ambos géneros, en lo que respecta a la violencia física cometida ($Z = -2.213$, $p < 0.05$) (ver tabla 25). Estos hallazgos evidencian que las adolescentes encuestadas, obtuvieron un rango promedio superior en comparación al rango promedio de los varones. (ver tabla 26). En otras palabras, las mujeres reportaron haber cometido con mayor frecuencia agresiones físicas hacia su pareja (p.ej: abofetear, golpear, empujar, etc.) en contraposición a los hombres.

Tabla 25.

Tabla Resumen contraste Mann-Whitney para género y violencia física cometida

Estadísticos	Violencia Física cometida
U de Mann-Whitney	18369,000
W de Wilcoxon	32734,000
Z	-2,213
Sig. asintótica (bilateral)	,027

Tabla 26.

Tabla Resumen rangos promedios para género y violencia física cometida

	Género	N	Rango promedio	Suma de rangos
Violencia Física cometida	Femenino	247	218,63	54002,00
	Masculino	169	193,69	32734,00
	Total	416		

V. DISCUSIÓN DE RESULTADOS

El objetivo principal de la presente investigación consistió en conocer la relación existente entre el género, funcionamiento familiar, nivel socioeconómico y violencia durante el noviazgo de adolescentes con edades comprendidas entre los 14 y 17 años, pertenecientes a diferentes liceos de educación media y diversificada, situados en la Gran Caracas.

El estudio realizado, se llevó a cabo en una muestra de 416 estudiantes de los cuales, 247 fueron mujeres y 169 hombres, con edades comprendidas entre 14 y 17 años, cursantes de tercer año de educación media y cuarto y quinto año de educación diversificada, donde 232 alumnos provenían de unidades educativas privadas y 184 alumnos provenían de unidades educativa públicas. De igual modo, la mayoría de los jóvenes encuestados reportó tener una relación de noviazgo actualmente, la cual tiene una duración mayor a los seis meses. Además, en la muestra se observó un predominio de adolescentes que provenían de una estructura familiar reconstruida, donde conviven con su padre o madre y la actual pareja. Por último, en cuanto al nivel socioeconómico, los jóvenes encuestados se ubicaron mayormente en el estrato socioeconómico medio-alto. Estas características, son similares a otros estudios realizados por Pazos-Gómez, et. al (2014) en España y por los autores Rey-Anacona (2016) en Colombia, Foshee, et. al (2009) o Mailk, et. al (1997) en Estados Unidos.

Como primera evidencia se encontró la ausencia de una asociación significativa entre el género y la violencia general cometida y/o sufrida, lo que sugiere que en la muestra estudiada la condición de

ser hombre o mujer no se relaciona con haber cometido o sufrido violencia en el noviazgo en general, estos resultados concuerdan con lo planteado por Alegría del Ángel y Rodríguez (2015), en los cuales sugieren, que en los noviazgos de adolescentes y jóvenes adultos, tanto hombres como mujeres tienen igual probabilidad de ser violentos con sus parejas, pudiendo mostrarse una asimetría a estos efectos, en años posteriores cuando alcancen cierta madurez evolutiva. Del mismo modo, y en el territorio venezolano, Rodríguez (2013) no encontró diferencias significativas entre ambos sexos, en lo referente a la victimización o perpetración de malos tratos en la relación de pareja, ya que tanto hombres como mujeres manifestaron haber recibido algún tipo de agresión durante el noviazgo.

En contraposición, se observó una correlación significativa entre género y algunas modalidades de maltrato, específicamente; se encontró una asociación significativa y negativa entre la violencia de tipo psicológica y el género, mientras que con la violencia sexual, se encontró una correlación positiva con respecto al género. En este sentido, la primera evidencia permite inferir que es la mujer la que ejerce mayor violencia de tipo psicológica o verbal hacia su pareja (p.ej: humillaciones, insultos, hablar en tono hostil, etc.); dichos resultados concuerdan con los hallazgos obtenidos en población Latina por Rey-Anaconda (2013) en Colombia y Rodríguez (2013) en Venezuela, así como los hallazgos obtenidos en población Europea por Pazos-Gómez, Oliva-Delgado y Hernando-Gómez (2014) en España. Estos autores confirman, que las mujeres tienden a realizar con mayor frecuencia conductas de maltrato psicológico hacia la pareja, en comparación a los hombres que mostraron una incidencia menor.

Con respecto al segundo hallazgo asociado a la predominancia de la violencia sexual con respecto al género, se pudo evidenciar que

los adolescentes varones, son quienes ejercen este tipo de agresiones con mayor frecuencia hacia su pareja (p.ej: acariciar pechos, genitales sin que él/ella lo desee o besarlo cuando él/ella no lo desee) dichos resultados son apoyados por Rojas-Solís (2013) quien resalta que aunque ambos sexos pueden ser víctimas y agresores, la excepción está, en la violencia sexual grave, donde la mujer siempre es la víctima y el hombre el victimario, así mismo Salazar, Torres y Rincón (2005) encontraron que las víctimas que acudían a la medicatura forense en Mérida, Venezuela en su mayoría eran mujeres, donde el maltrato sexual era el tercer tipo de violencia más común.

Con respecto a la violencia física cometida, en el contraste de hipótesis, se halló que el rango promedio fue superior en la mujer, lo que sugiere que comete con mayor frecuencia maltrato de tipo físico hacia el hombre (p.ej: abofetear, golpear, empujar, etc.), tal como los resultados de Pazos-Gómez et al. (2014).

Estas evidencias discrepantes entre el género y el tipo de violencia cometida; podrían ser explicados por Valdivia y González (2014) quienes consideran que en la adolescencia suelen ocurrir una serie de cambios madurativos, que pueden incidir en cierta medida en la manera en que se manifiestan las conductas violentas durante el noviazgo, en los jóvenes que cursan por esta etapa del ciclo vital.

Un ejemplo de ello, lo reportan Windle & Mrug, (2009) quienes hallaron que las conductas de dominación y control hacia la pareja, cambia de significado y se van haciendo cada vez más pronunciados a favor de un género (masculino o femenino); en la medida que se van asentando los roles de género transmitidos por la sociedad y de acuerdo a los estadios de la juventud, como si fuera un continuo, de manera que va desde niveles más sutiles de agresión, que pudieran confundirse con

coqueteos hacia el sexo opuesto, pudiendo significar inmadurez en la adolescencia temprana; pasando posteriormente por conductas más hostiles que reflejan dominación interpersonal o control sobre la pareja, que podrían aparecer en la adolescencia tardía, hasta terminar en violencia hacia la pareja instalada en la adultez temprana (citado por Valdivia et al 2014).

En lo que respecta a la asociación entre funcionamiento familiar y violencia en el noviazgo, tal y como se esperaba, se encontró que los jóvenes que cuentan con un funcionamiento familiar alto, reportaron menor cantidad de violencia general, tanto cometida como sufrida en el noviazgo. Específicamente, en cuanto a los tres tipos de violencia, se encontró que a mayor funcionamiento familiar menor violencia psicológica sufrida y cometida, menor violencia física sufrida y cometida y, menor violencia sexual sufrida.

Sin embargo, los resultados no fueron significativos para evaluar la asociación con la violencia sexual cometida, lo que se podría explicar, inicialmente por el hecho de que muchos de los adolescentes que conformaron la muestra, debido a su edad, no se han iniciado sexualmente, por lo cual no han podido experimentar dichas situaciones. En otros casos, es probable que estos resultados se deban a cierta resistencia que poseen los jóvenes a admitir que cometen tales conductas, sea por deseabilidad social, o simplemente no les parece equivalente admitir que han sufrido violencia sexual a admitir que la han cometido.

Por lo cual, según las evidencias anteriores, se confirmaron las hipótesis de estudio, referentes a la relación del nivel de funcionamiento familiar y la ocurrencia de violencia en el noviazgo. En este sentido se obtuvo, que a menor funcionalidad familiar, mayor será la probabilidad

de ser objeto de agresiones y ser perpetrador de malos tratos durante el noviazgo en la adolescencia, concordando con otros estudios obtenidos en población Española y Colombiana, de los que resaltan, González-Méndez y Santana-Hernández (2001) y Rey-Anacona et al., (2016).

Estos resultados evidencian que siendo la familia el primer ente de socialización y uno de los subsistemas más importantes donde se forma el individuo, puede cumplir una función como factor protector o de riesgo en cuanto a que proporciona modelos o patrones conductuales sobre cómo resolver problemas o vincularse con los demás o con la pareja, los cuales son adquiridos a través de la observación por los adolescentes y luego reproducidas en un futuro al momento de establecer sus relaciones interpersonales.

Ahora bien, las familias que logran ejercer un rol como factor protector para los jóvenes, son aquellas donde predomina una estructura familiar donde se encuentran presentes ambas figuras parentales; que para el caso de la muestra, dicha estructura resulto ser de tipo reconstruida, conformada por la madre o el padre y su actual pareja. Asimismo, las familias que fungen como factor protector son las que proporcionan un espacio para la comunicación y expresión adecuada del afecto o emociones; que tenga la capacidad para adaptarse a los cambios o retos que se presentan a lo largo del ciclo vital y que ofrece apoyo a cada miembro de la familia con el fin de favorecer su desarrollo personal.

Por otro lado, se presume que las familias que son consideradas como un factor de riesgo, son aquellas que presentan cierto grado de disfuncionalidad familiar, la cual implicaría problemas de comunicación, insatisfacción de las necesidades emocionales o de afecto entre sus

integrantes y poco apoyo o capacidad para afrontar y adaptarse a los cambios o retos del ciclo vital; lo cual generaría discusiones, frustraciones y hostilidades entre sus miembros, al igual que un deterioro significativo en la calidad de la relación familiar (Tellechea, 2014). Estos aspectos pudieran estar relacionados en el caso de la muestra empleada para el presente estudio, a estructuras familiares monoparentales o extendidas (Foshee, et. al, 2009).

En este sentido, si los miembros de la familia afrontan los problemas con actitudes o comportamientos agresivos, marcados por insultos, humillaciones, hablando en tono hostil, empujones o golpes (p.ej: bofetadas), omitiendo soluciones más asertivas como la negociación; podrían terminar convirtiéndose en un entorno familiar violento, con carencia de afectos y que se vería reflejado en grados de disfuncionalidad leve, moderados o graves como los reportados por los adolescentes encuestados; provocando a su vez una mayor tendencia por parte de los jóvenes a mostrarse agresivos en sus propias relaciones de pareja como lo menciona González-Méndez et al. (2001).

Estos hallazgos pueden deberse, a que los jóvenes que manifiestan o reportan haber cometido o sufrido menos violencia en el noviazgo, no han observado este tipo de conductas o actitudes agresivas en sus hogares, específicamente entre sus padres; los cuales cumplen la función de modelos de aprendizajes respecto a cómo funciona una relación de pareja y como pueden afrontar los problemas que se susciten en ella, que han sido observados por el adolescente el cual replica estos patrones en sus relaciones de noviazgo (Villegas, 2012, Gámez y Calvete, 2011 y Bandura, 1963).

En otras palabras, se puede presumir que las familias constituidas eficientemente, con un funcionamiento familiar óptimo, que cuenta con

las características descritas, modelaran relaciones más asertivas, lo que explicaría la baja incidencia de agresiones en las relaciones de noviazgo en algunos adolescentes encuestados. En cambio, aquellos familiar que presenten cierto grado de disfuncionalidad (p.ej: moderado o grave), modelaran relaciones violentas y conductas menos asertivas, explicando así la alta incidencia de agresiones en las relaciones de pareja de los jóvenes que conformaron la muestra.

Por otro lado, en lo que corresponde a la asociación entre nivel socioeconómico y violencia en el noviazgo, los resultados obtenidos reflejan que no se encontró una relación significativa entre las conductas violentas y este factor sociodemográfico. Dichos hallazgos concuerdan con los obtenidos por Lavoie y Vézina (2002) quienes también observaron que ninguna modalidad de violencia (psicológica, física y sexual) se asoció significativamente con el nivel socioeconómico.

No obstante y opuesto a los resultados obtenidos en el presente trabajo; los autores Halpern, Oslak, Young, Martin y Kupper (2001), y Bosch y Ferrer (2003), encontraron que en efecto, existe una asociación entre ambas variables. Específicamente, observaron que aquellos jóvenes cuyos padres tenían al menos un nivel de estudio universitario, que los ubicaba en un estatus socioeconómico medio-alto o alto; tenían menos probabilidades de sufrir o cometer algún tipo de agresión en sus relaciones de noviazgo, en comparación a los adolescentes cuyos padres tenían un nivel de estudio de secundaria. Un hallazgo similar los reportó Foshee et al. (2009) en su investigación, donde encontró que los adolescentes cuyos padres no habían completado la secundaria, tenían mayor probabilidad de cometer abuso psicológico y abuso físico moderado en sus relaciones de pareja.

Sin embargo y pese a la evidencia expuesta previamente respecto a la correlación entre ambas variables, resulta llamativo que en esta investigación al realizar el contraste de hipótesis, se encontraron diferencias significativas en relación al tipo de unidad educativa (privado y público) y la violencia cometida en el noviazgo, siendo que los jóvenes encuestados provenientes de unidades educativas privadas tendieron a reportar una mayor ocurrencia de conductas agresivas cometidas en contra de la pareja, en comparación a los jóvenes que estudiaban en unidades educativas públicas. Estos resultados pueden explicarse por algunas características de la muestra, como por ejemplo el tipo de institución, debido a que la muestra estuvo compuesta por una mayor proporción de alumnos que estudiaban en unidades educativas privadas, lo cual pudiera estar asociado a pertenecer a un nivel socioeconómico medio-alto. De manera que los resultados referidos al nivel socioeconómico, deben ser analizados con cautela y ser contrastados por investigaciones posteriores.

A modo de conclusión, los resultados referidos al nivel socioeconómico (NSE), resaltan la complejidad del fenómeno de conductas violentas, ya que no es posible determinar la tendencia de un individuo a maltratar a su pareja, teniendo como base únicamente el contexto socioeconómico donde se desenvuelva. Por lo cual, los presentes hallazgos confrontan los contenidos estigmatizantes asociados a los jóvenes de NSE bajo, quienes son considerados comúnmente como aquellos que están involucrados en mayor medida, en contexto de pobreza y violencia.

En este sentido, Foshee et al. (2005) Sugiere que la relación entre la violencia parental y la violencia ejecutada posteriormente en el noviazgo de los adolescentes, pudiera diferir entre los subgrupos en

función de las situaciones culturales y socioeconómicas del país; evidenciando el posible impacto generado por un contexto social en el que, los actos violentos forman parte de la cotidianidad, no son sancionados adecuadamente por las entidades correspondientes o son justificados por razones poco factibles. Asimismo, es probable que en el contexto venezolano, esta situación se haya ido extendiendo y naturalizando en toda la sociedad generando un efecto negativo sobre los jóvenes, al punto de normalizar la violencia en la comunidad donde se desenvuelven, lo cual incide en los modos de relacionarse con sus pares y familiares, así como en el reporte de dichas conductas violentas de las que pueden estar siendo víctimas o victimarios (Moreno, citado en González 2016 y OMS, 2014).

Dicho en otras palabras, esta situación puede estar marcando un hito en la adolescencia de los jóvenes actuales, haciéndolos más vulnerables o propensos a ser víctimas de cualquier tipo de agresión o malos tratos, ya que no logran percibir y discriminar con claridad que están siendo violentados, debido a que forman parte de su cotidianidad. Además de interferir en el desarrollo de otras áreas, como por ejemplo la familiar, escolar o social, específicamente en sus relaciones de amistad y de noviazgo.

Por ello y en base a lo planteado hasta ahora, los resultados referidos al nivel socioeconómico presentados en este trabajo, deberán ser analizados con cautela y ser cotejados por investigaciones posteriores, donde se elija una muestra más amplia, con cantidades similares de jóvenes en cada estrato socioeconómico, con la finalidad de constatar si el fenómeno sigue la misma línea que en la presente investigación.

Finalmente, para cerrar con la discusión de resultados obtenidos en el presente estudio, se destaca que fueron cumplidas seis de las diez hipótesis específicas planteadas, así como también la hipótesis general, debido a que en efecto se pudo establecer una asociación entre el género, funcionamiento familiar, nivel socioeconómico y violencia en el noviazgo (en sus tres tipos psicológica, física y sexual) de adolescentes.

VI. CONCLUSIONES

El fenómeno de la violencia ha sido arduamente estudiado a través de los años, especialmente las investigaciones se han focalizado en la violencia contra la mujer, debido a la alta frecuencia de agresiones y actos violentos que en ocasiones su desenlace ha sido fatal, generando repercusiones y secuelas psicológicas en el ámbito familiar. Es por ello que recientemente han aumentado exponencialmente la cantidad de investigaciones dirigidas a la violencia en el noviazgo adolescente, ya que el individuo que transita por esta etapa es también vulnerable y propenso a sufrir daños, los cuales pueden repercutir en su vida adulta, en especial al momento de iniciar una relación estable; debido a que esta pudiera ser un buen predictor de relaciones posteriores e incluso del maltrato en el seno familiar futuro, pues en la etapa de la adolescencia, se está ensayando cómo comportarse dentro de una relación amorosa.

Considerando lo planteado, el objetivo principal de la presente investigación consistió en conocer la relación existente entre el género, funcionamiento familiar, nivel socioeconómico y violencia durante el noviazgo de adolescentes con edades comprendidas entre los 14 y 17 años, pertenecientes a diferentes unidades educativas, situadas en la Gran Caracas.

Ahora bien, una vez realizado el análisis de los resultados y de haberlo contrastado con la evidencia empírica recolectada; con el fin de darle respuesta a la pregunta de investigación, se observó que la muestra del presente estudio estuvo compuesta por jóvenes que en su mayoría se encontraban en el nivel de educación media y diversificada,

el cual marca el último paso para incursionar en un futuro inmediato al nivel universitario. Además, la mayoría de los adolescentes reporto mantener una relación de pareja actualmente, cuya duración supera los seis meses. Es menester destacar que este dato resulta de interés para futuras investigaciones, ya que las características de sus vínculos actualmente resultan un buen predictor de su vida sentimental como universitarios, debido a la proximidad con dicha etapa.

Por otro lado, entre los hallazgos consistentes; se evidenció la asociación negativa entre las variables, funcionamiento familiar y la violencia en el noviazgo. Dicho en otras palabras, en la medida que los jóvenes tengan niveles óptimos de funcionamiento familiar, disminuirá la frecuencia de cometer o sufrir actos violentos durante el noviazgo, especialmente de cometer o sufrir agresiones físicas y psicológicas, así como de sufrir agresiones de tipo sexual.

Dichos resultados son relevantes al considerar algunas características de la muestra, como el predominio de familias reconstruidas conformados por el padre o madre y la actual pareja del representante. A saber que, la percepción de los adolescentes de su dinámica familiar, se ubicó en un buen nivel de funcionamiento familiar, caracterizada por una capacidad para adaptarse, demostrar afecto y emplear estrategias de resolución de problemas adecuada (p.ej: negociación). En efecto, se podría aseverar que la ausencia de disfuncionalidad familiar, ha contribuido en la poca incidencia de parte de este grupo de estudiantes de cometer o sufrir violencia en el noviazgo.

Con respecto al género, se observó una correlación negativa con la modalidad psicológica, mientras que, con la violencia sexual, se encontró una correlación positiva entre género y dicha variable; lo que

indica que existe una relación entre ser hombre o mujer y cometer violencia sexual o psicológica hacia la pareja.

En consecuencia, se observó que las adolescentes encuestadas tendieron a manifestar con mayor frecuencia haber cometido violencia psicológica o verbal (p.ej: insultos, reproches, hablar en tono hostil). A diferencia de los hombres, quienes reportaron mayor ocurrencia de agresiones de tipo sexual contra su pareja (p.ej: Tocar o acariciar los pechos, nalgas o genitales sin que él/ella lo desee, besarlo sin que él/ella lo desee). Estos hallazgos constituyen una explicación parcial que confirma la asociación planteada en las hipótesis del estudio, entre funcionamiento familiar, género y violencia en el noviazgo adolescente.

No obstante, en cuanto a los resultados no concluyentes, se halló que no existe una asociación entre los niveles de funcionamiento familiar y haber cometido violencia sexual durante su relación de pareja. Tampoco se encontró una relación entre género y violencia cometida o sufrida en general durante la relación de noviazgo.

Adicionalmente, aunque no se encontró una relación entre género y violencia física cometida o sufrida; resulta llamativo el hecho de que, en el contraste de hipótesis, se hallaron discrepancias significativas en función del género, siendo las mujeres las que reportaron haber cometido con mayor frecuencia agresiones físicas hacia su pareja, en comparación a los hombres. Esta última evidencia, debe ser indagada y corroborada a mayor profundidad en futuras investigaciones, que incluyan una muestra más homogénea de hombres y mujeres a fin de determinar si en efecto, se observan dichas discrepancias en cuanto al reporte de las agresiones físicas cometidas o sufridas.

Asimismo, no se encontró correlación entre el nivel socioeconómico y la violencia sufrida o cometida en el noviazgo adolescente en general ni con sus modalidades o tipos, lo que implica la aceptación de la hipótesis nula. Pero resulta interesante resaltar el hecho que los jóvenes que provenían de unidades educativas privadas reportaron una mayor ocurrencia de comportamientos agresivos en sus relaciones de noviazgo en comparación a los estudiantes de instituciones públicas. Dichos resultados, respecto al nivel socioeconómico son importantes analizarlos, en vista que la mayoría de los jóvenes provenía de unidades educativas privadas y se ubicaron en el nivel socioeconómico medio-alto; lo que pudo haber incidido en mayor o menor medida en el reporte de dichas conductas, lo cual pudo deberse a la discrepancia evidente entre la mayor proporción adolescentes provenientes de instituciones privadas con respecto a los estudiantes de unidades educativas públicas.

Dichos descubrimientos, deben ser comprendidos, indagados y replicados por otros investigadores, a la luz de las características señaladas en los apartados anteriores con el propósito de esclarecer las inconsistencias encontradas y aumentar el conocimiento respecto a la violencia en el noviazgo adolescente e incluso considerar la posibilidad de considerar otras variables que pudieran estar asociadas al fenómeno.

VII. LIMITACIONES Y RECOMENDACIONES

Una de las principales limitaciones que obstaculizó el proceso de recolección de datos fue la situación socio-política de Venezuela, debido a que dificultó el acceso a la muestra por el constante cierre de algunas unidades educativas como mecanismo de resguardo y en otros casos por el ausentismo de los estudiantes, por vivir en zonas de protesta. Lo cual generó discrepancias entre la cantidad de participantes encuestados en unidades educativas públicas y privadas.

Como consecuencia de la anterior, fue necesario reprogramar en varias oportunidades, el día y hora de aplicación en función de la disponibilidad que tenían los coordinadores y la cantidad de alumnos que lograban asistir a las aulas. Adicionalmente, dada la imposibilidad para acceder a algunas de las unidades educativas en las que se pretendía realizar el estudio; fue necesario realizar un ajuste, contactando otras instituciones que estuviesen en zonas más accesibles o lejos de las zonas de protesta y trabajar con los estudiantes presentes para el momento, lo cual influyó en no contar con un mayor número de sujetos en la muestra.

Adicionalmente, es menester destacar que durante el proceso de aplicación del inventario de violencia en el noviazgo, varios estudiantes verbalizaron desestimar algunas afirmaciones expuestas, debido al hecho que ellos no lo consideraban violencia sino juegos cotidianos con sus pares. Lo cual pudo repercutir en los puntajes obtenidos en las subescalas de violencia. Igualmente, los adolescentes reportaron desconocer algunos datos o no estar seguro de algunos indicadores solicitados en la escala de Graffar acerca del sueldo que devengan sus

padres y nivel de instrucción, lo cual pudo repercutir en datos obtenidos con respecto a la variable Nivel socioeconómico.

Teniendo en cuenta lo expuesto hasta ahora, se recomienda a los futuros investigadores que tomen como línea de estudio la violencia en el noviazgo adolescente; replicar estos resultados con un muestreo de tipo probabilístico, ampliando el rango de edad, incluyendo jóvenes que cursen niveles de escolaridad menores a los considerados para el estudio (p.ej: primer y segundo año de educación básica que corresponde a séptimo y octavo grado) con el propósito que los hallazgos puedan ser extrapolados a la población.

Adicionalmente, se sugiere tener una adecuada organización al momento de recolectar los datos, previniendo posibles complicaciones que puedan presentarse, especialmente al solicitar la colaboración de los colegios con los que se pretende trabajar y al momento de enviar los consentimientos informados a los padres; se considera pertinente que se entreguen con mayor antelación, para evitar retrasos innecesarios ya que, se requiere de su aprobación para que los jóvenes puedan formar parte de la muestra.

A su vez, es recomendable que los estudios posteriores utilicen muestras con mayor representatividad de todos los estratos socioeconómicos y que los grupos sean equivalentes, con el fin de cotejar si el NSE no se relaciona con la violencia, tal como los hallazgos que la presente investigación ha mostrado. Para lograrlo, se sugiere incluir un número mayor y homogéneo de instituciones tanto públicas como privadas. Asimismo, no descartar que los padres sean los encargados de responder la escala Graffar para evitar imprecisiones.

Por otra parte, se invita a los próximos investigadores aumentar el rango de comprensión de dicho fenómeno, realizando un estudio en conjunto que abarque tanto los aspectos cuantitativos como cualitativos de la violencia en el noviazgo adolescente; que contenga además de escalas válidas y confiables, preguntas abiertas, dirigidas a indagar aspectos como por ejemplo: qué entienden los jóvenes por violencia en el noviazgo, valoración de los roles de género, también a cuando y como perciben los niveles de agresión en una relación; a fin de poder incluir algunos elementos subjetivos referentes a la vivencia de la violencia en el noviazgo.

También, se sugiere incluir para próximas investigaciones, algunas variables como, por ejemplo: rol de género y experiencia previa de violencia en el núcleo familiar, con el objetivo de delimitar la influencia de estos factores con la prevalencia de la violencia y su impacto en las relaciones de pareja de los jóvenes. En el mismo orden de ideas, no descartar realizar un estudio comparativo entre adolescentes y estudiantes universitarios con respecto a la violencia en las relaciones de pareja.

Asimismo, se propone explorar los diversos modos de interacción que tienen los adolescentes con sus pares, ya que durante la recolección de datos, varios alumnos encuestados reportaron no percibir determinados actos como violentos, debido a que los consideraban como modos de trato o de bromear entre ellos; por lo que sería interesante realizar estudios donde se realicen talleres de sensibilización de las dimensiones de la violencia en el noviazgo y realizar medidas de pretest y posttest, y así explorar el impacto que este elemento tiene sobre los jóvenes y su capacidad para percibir la violencia en sus relaciones de pareja.

Por último, en vista del nivel de apertura de varias instituciones educativas para realizar investigaciones de este tipo y haber reportado la necesidad de explorar el repunte de episodios violentos entre los adolescentes de diferentes escenarios del contexto educativo, se exhorta ampliar la investigación a variables como violencia escolar, violencia juvenil, entre otras.

VII. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adame, A. (2003, Febrero). *Violencia en el noviazgo*. Artículo presentado en la conferencia La manifestación ordinaria del amor, México. http://www.cimac.org.mx/cedoc/violencia_de_genero/informacion_general_sobre_violencia/violencia_noviazgo.pdf.

Alejandro Moreno. (2012, Mayo 16) en Venezuela la gente "empieza a considerar la violencia de manera natural" [Mensaje de grupo de noticias]. Noticias24. Recuperado de <http://www.noticias24.com/venezuela/noticia/107592/alejandro-moreno-en-venezuela-estamos-sometidos-a-un-proceso-de-naturalizacion-de-la-violencia/>

Amor, P., Corral, P., Bohórquez, I., Oria, J., Rodríguez, M., López, F., & Calderón, D. (2010). *Violencia de género y adicción a drogas en Centros de Día*. http://www.juntadeandalucia.es/igualdadybienestarsocialopencms/system/bodies/Drogodependencia/Publicacion/VIOLENCIA_GENERO_CD/violencia_de_genero_y_drogas.pdf

Amor, P., Echeburúa, E., De Corral, P., Sarasua, B., & Zubizarreta, I. (2001). Maltrato físico y maltrato psicológico en mujeres víctimas de violencia en el hogar: un estudio comparativo. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, (6)3, 167-178. Recuperado de [www.aepcp.net/arc/02.2001\(3\).Amor-Echeburua-Corral-Sarasua-Zubizarreta.pdf](http://www.aepcp.net/arc/02.2001(3).Amor-Echeburua-Corral-Sarasua-Zubizarreta.pdf)

Alegría del Ángel, M. y Rodríguez, A. (2015). Violencia en el noviazgo: perpetración, victimización y violencia mutua: Una revisión.

Actualidades en psicología 29, (118), 57-78. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5162204>

Altuve, J y Gómez, Y (2014). *Relación entre las características de personalidad, antecedentes de violencia intrafamiliar y práctica religiosa sobre la victimización en el noviazgo de estudiantes universitarios* (Trabajo de Grado de Licenciatura no publicado). Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.

Bandura, A., Ross, D., & Ross S. (1967). Imitation of film-mediated aggressive models. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 66(1), 3-11. Recuperado de <https://www.uky.edu/~eushe2/Bandura/Bandura1963JASP.pdf>

Blanco, M.T., García, S. M., Grissi, L y Montes, L. B. (2006). *Relaciones de Violencia entre adolescentes: influencia de la familia, la escuela y la comunidad* (1era ed.). Buenos aires, Argentina: Editorial Espacio.

Benítez-Mesa, M. & Dunia-Dahdah, M. (2011). *Evaluación del método de estratificación social Graffar-Méndez y Castellano*. (Trabajo de Grado de Licenciatura no publicado). Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.

Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development: experimentd by nature and desing*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Cáceres, A. & Cáceres, J. (2005). Violencia en relaciones íntimas en dos etapas evolutivas. *International Journal of Clinical and Health Psychology*. 6 (2), 271-284. Recuperado de http://www.aepc.es/ijchp/articulos_pdf/ijchp-177.pdf

Centros Comunitarios de Aprendizaje (CECODAP). (2013). *El impacto de la violencia en niños, niñas y Adolescentes* Caracas, Venezuela

[Archivo en pdf]. Recuperado de http://www.cecodap.org.ve/descargables/derechosNNA/El_Impacto_de_la_Violencia_en_NNA.pdf

Carrizo, S. (2011). *Adolescencia y estilos de amor*. (Trabajo de grado de Licenciatura) Universidad Abierta Interamericana, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <http://imgbiblio.vaneduc.edu.ar/fulltext/files/TC104098.pdf>

Corral, S. (2009). Estudio de la violencia en el noviazgo en jóvenes universitarios/as: Cronicidad, severidad y mutualidad de las conductas violentas. *Psicopatología clínica legal y forense* 9, 29-48. Recuperado de <http://masterforense.com/pdf/2009/2009art2.pdf>

Di Doménico, R. (2012). El adolescente venezolano: familia y género. *Psicología* 31, (1), 27-61. Recuperado de <file:///C:/Users/CG/Downloads/6052-13328-2-PB.pdf>

Escuela de Psicología (2002). *Contribuciones a la deontología de la investigación en psicología* (1era ed.) Caracas, Venezuela: Publicaciones Universidad Católica Andrés Bello.

Fernández-Fuertes, A., Fuertes, A. & Pulido, R. (2005). Evaluación de la violencia en las relaciones de pareja en adolescentes. Validación del Conflic in Adolescent Dattng Relationships Inventory (CADRI) – Versión Española. *International Journal of Clinical Health Psychology*, 6(2), 339-358. Recuperado de http://www.aepc.es/ijchp/articulos_pdf/ijchp-181.pdf.

Fernández-Fuertes, A., Orgaz, B. & Fuertes, A. (2011) Características del comportamiento agresivo en las parejas de los adolescentes españoles, *Behavioral Psychology / Psicología Conductual*, 19(3),

501-522. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3786013>

Fernández, P., Socarras, E., L.C., Nápoles, M. & Díaz, R. (2012). Violencia intrafamiliar en el sector venezolano Las Tunitas. *MEDISAN* 16(7), 1090-1097. Recuperado de http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S1029-30192012000700010&script=sci_arttext.

Forero-Ariza, L., Avendaño-Durán, M., Duarte-Cubillos, Z., Campo-Arias, A. (2006). Consistencia interna y análisis de factores de la escala APGAR para evaluar el funcionamiento familiar en estudiantes de básica secundaria. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 35(1), pp. 23-29. Recuperado en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80635103>

Foshee, V., Benefield, T., Suchindran, Ch., Ennett, S., Bauman, K., Karriker-Jaffe, K., McNaughton-Reyes & Mathias, J. (2009). The development of four types of adolescent dating abuse and selected Demographic Correlates. *Journal Of Research On Adolescence*, 19(3), 380–400. DOI: 10.1111/j.1532-7795.2009.00593.x

Foshee, V., Ennett, S., Bauman, K., Benefield, T. & Suchindran, CH. (2005). The association between family violence and adolescent dating violence onset does it vary by race, socioeconomic status, and family structure?. *Journal of Early Adolescence*, 25(3), 317-344. DOI: 10.1177/0272431605277307

Gámez-Guadix, M. & Calvete, E. (2012). Violencia filio-parental y su asociación con la exposición a la violencia marital y la agresión de padres a hijos. *Psicothema*. 24(2). 277-283. Recuperado de <http://www.psicothema.com/pdf/4011.pdf>

García, E. (septiembre, 2013). La violencia de género en Venezuela y sus manifestaciones generales en el área Metropolitana de Caracas (Publicación del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ildis)). Recuperado de <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/caracas/10322.pdf>

García, J. & Tachón, D. (2008). *Influencia del nivel socioeconómico, la estructura y dinámica familiar, el sexo, la edad, la impulsividad y la búsqueda de sensaciones en la manifestación de conductas antisociales en adolescentes*. (Trabajo de Grado de Licenciatura no publicado). Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.

González, M. (productor). (2016). Alejandro Moreno, Pbro. y Dr. en Ciencias sociales, habla sobre la violencia en el barrio. [MP3]. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=Qj3p2khN64w>

González, C., Mejía, M., Angulo, L. & D'Avila M. (2005). Funcionalidad familiar, estrato socio-económico y red de apoyo social de los residentes de postgrado de la facultad de medicina de la universidad de los andes. Mérida. Venezuela. *MedULA, Revista de Facultad de Medicina, Universidad de Los Andes*, 12(1-4), 26-30. Recuperado de <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/21847/2/articulo5.pdf>

González-Méndez, R & Santana-Hernández, J. (2001). La violencia en parejas jóvenes. *Psicothema*. 13(1), 127-131. Recuperado de <http://www.psicothema.com/pdf/423.pdf>

González-Ortega, I., Echeburúa, E. y Corral, P. (2008). Variables significativas en las relaciones violentas en parejas jóvenes: Una

revisión. *Behavioral Psychology* 16, (2), 207-225. Recuperado de <http://www.uv.mx/cendhiu/files/2012/09/Variablespsic.manoella.pdf>

Halpern, C., Oslak, S., Young, M. y Kupper, L. (2001). Partner violence among adolescents in opposite-sex romantic relationships: findings from the National Longitudinal Study of Adolescent Health. *American Journal of Public Health*, 91, (10), 1679-1685. DOI: 10.2105/AJPH.91.10.1679

Hernández-Sampieri, R., Fernández-Callado, C. Baptista, P. (2015). *Metodología de la investigación* (5ta ed.). D.F., México: Editorial McGraw-Hill.

Instituciones educativas de Caracas iniciaron nuevo año escolar 2015-2016. (2015, Septiembre 16). Correo del Orinoco. Recuperado de <http://www.correodelorinoco.gob.ve/educacion-venezuela-categorias/instituciones-educativas-caracas-iniciaron-nuevo-ano-escolar-2015-2016/>

Kerlinger, F., & Lee, H. (2002). *Investigación del comportamiento: Métodos de investigación en ciencias sociales* (4ta ed.). D.F., México: Editorial McGraw-Hill.

Laurens, Y (2009). Reporte de maltrato infantil [Archivo en pdf]. Recuperado de http://www.alcaldiamunicipiosucre.gob.ve/sitioweb/wp-content/uploads/2009/09/maltrato_infantil.pdf

Lamas, M. (1999). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género. *Papeles de población* 021, 147-178. Recuperado de <http://cdd.emakumeak.org/ficheros/0000/0585/11202105.pdf>

- Lavoie, F. & Vézina, L. (2002). Violence dans les relations amoureuses á l'adolescence. [La violencia en las relaciones amorosas de pareja en adolescentes]. Institut de la Statistique de Québec, Capitulo 21, pag. 471-484. Recuperado de http://www.viraj.ulaval.ca/sites/viraj.ulaval.ca/files/isq_1999.pdf#page=471
- Ley Orgánica Para la Protección del Niño y del Adolescente. Caracas, Venezuela. Recuperado de [http://www.unicef.org/venezuela/spanish/LOPNA\(1\).pdf](http://www.unicef.org/venezuela/spanish/LOPNA(1).pdf)
- Losada, A. (2015). *Familia y psicología*. Recuperado de https://books.google.co.ve/books?id=dj8gCAAQBAJ&sitesec=buy&source=gbs_atb
- Malik, Sh., Sorenson, S. y Aneshensel, C. (1997). Community and dating violence among adolescents: Perpetration and victimization. *Journal of Adolescent Health*, 21, 291-302. DOI: [http://dx.doi.org/10.1016/S1054-139X\(97\)00143-2](http://dx.doi.org/10.1016/S1054-139X(97)00143-2)
- Martin, M. y Navarro, M. (2012) Publicidad y leyes de violencia de género: estudio empírico en España y Argentina. *Questiones publicitarias* 1, (17), 139-155. Recuperado de <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/25712#vpreview>
- Meras-Liebre, A. (2003). Prevención de la violencia de género en adolescentes. *Revista de estudios de juventud* 62, 143-151. Recuperado de <http://www.justagomeznavajas.es/wp-content/uploads/2009/06/injuveviolencia-juvenil.pdf#page=138>
- Minuchin, Salvador. (1977) *Familias y Terapia Familiar*. Recuperado de <https://books.google.co.ve/books?hl=es&lr=&id=5CsIBQAAQBAJ&oi=fnd&pg=PA9&dq=minuchin+salvador+familias+y+terapia+familiar>

&ots=CjNFAawC7s&sig=VgFum3xcF65U4YzXAWHyIxArrwl#v=onepage&q=minuchin%20salvador%20familias%20y%20terapia%20familiar&f=false

- Morales, M.F., Montenegro, D. P., Pulido, S. Y., Herazo, E. & Campos-Arias, A. (2011). Variables asociadas a abuso físico y psicológico a la pareja. *Revista Ciencias de la Salud*. 9, (3), 271-280. Recuperado de <http://revistas.urosario.edu.co/index.php/revsalud/article/view/1823>.
- Moreno, A. (1998). El padre en la familia popular venezolana. La familia: trama, escenario y drama de los barrios populares. *Avepso*. 9, 73-84.
- Moreno-Martín, F. (1999). La violencia en la pareja. *Rev Panam Salud Pública*, 5 (4/5, 245-258. Recuperado de <http://iris.paho.org/xmlui/handle/123456789/8943>
- Observatorio Venezolano de Violencia (OVV). (2015, Diciembre 28). *El Universal*. Recuperado de <http://images.eluniversal.com//2015/12/28/informe-del-observatorio-venez.pdf>
- Observatorio Metropolitano de Seguridad Ciudadana (OMSC). (2011). *Informe sobre la situación de violencia en el área Metropolitana de Caracas*. Caracas, Venezuela [Archivo en pdf]. Recuperado de http://images.eluniversal.com/2012/03/12/informe%20de%20violencia_2011_omsc.pdf
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (1999). Programa para la salud y el desarrollo de los adolescentes. Ginebra, Suiza [Archivo en pdf].

Recuperado de
[http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/42260/1/WHO_TRS_886_spa_\(p1-p142\).pdf](http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/42260/1/WHO_TRS_886_spa_(p1-p142).pdf)

Organización Mundial de la Salud (OMS). (2002). Informe mundial sobre la violencia y la salud. Washington, DC: OPS [Archivo en pdf]. Recuperado de
<http://www.uv.mx/psicologia/files/2014/11/Violencia-y-Salud-Mental-OMS.pdf>

Organización Mundial de la Salud (OMS). (2014). Informe sobre la situación mundial de la prevención de la violencia. [Archivo en pdf]. Recuperado de:
http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/145089/1/WHO_NMH_NVI_14.2_spa.pdf

Oropeza-Lozano, Armenta- Hurtarte, García-Arista, Padilla-Gómez, & Díaz-Loving (2010). *Validación de la Escala de Evaluación de Relaciones en la Población Mexicana*. 18(2), 56-65. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/1339/133915921007.pdf>

Papalia, D., Wendkos, S. & Duskin, R. (2009). *Desarrollo Humano* (11ma ed.). D.F., México: Editorial McGraw Hill.

Paz-Castaño, H. & Garrido, M. (1993). *Formación de la Pareja, Ritos de Casamiento y Familia Hoy* (1era ed.). Salamanca, España. Universidad Pontificia de Salamanca.

Pazos-Gómez, M., Oliva-Delgado, A., & Hernando-Gómez, A. (2014). Violencia en relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes. *Rev Latinoam Psicol.*, 46(3), 148-159. DOI: 0120-0534

- Peña, G. (2009). Estadística inferencial: una introducción para las ciencias del comportamiento. (1era ed.) Caracas, Venezuela. Publicaciones UCAB.
- Puentes-Martínez, A., Ubillos-Landa, S., Echeburúa, E. & Páez-Rovira, D. (2016). Factores de riesgo asociados a la violencia sufrida por la mujer en la pareja: una revisión de meta-análisis y estudios recientes. *Anales de psicología*, 32, (1), 295-306. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.32.1.189161>
- Pueyo, A. (2009). La predicción de la violencia contra la pareja. En E. Echeburúa, J. Fernández-Montalvo, & P. Corral (Eds.). *Predicción del riesgo de homicidio y de violencia grave en la relación de pareja. Instrumentos de evaluación del riesgo y adopción de medidas de protección* (pp. 1-163). Valencia, España: Diseñarte-Goaprint, s.l.
- Recagno-Puente, I., Otálora, C. y Mora, L. (2006). Género y adolescencia en familias populares. *Revista de la escuela de Psicología de la Universidad Central de Venezuela*, 25(1), 2-25. Recuperado de http://www.ucv.ve/uploads/media/Psicologia_2006_1_Completa.pdf
- Restepo, L y González, J. (2007). De Pearson a Spearman. *Revista colombiana de ciencias pecaurias* 20, 183-192. Recuperado de <file:///C:/Users/CG/Downloads/Dialnet-DePearsonASpearman-3239054.pdf>
- Rey-Anaconda, C. (2011). Exposición a violencia entre los padres de adolescentes y adultos jóvenes víctimas de alguna conducta de maltrato en el noviazgo. *Revista Diversitas-Perspectivas en Psicología*, 7, (2), 253-264. Recuperado de

<http://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/diversitas/article/view/101>

Rey-Anaconda, C. (2015). Variables asociadas a los malos tratos en el noviazgo en adolescentes y adultos jóvenes. *Acta Colombiana de Psicología*, 18, (1), 159-171. DOI: 10.14718/ACP.2015.18.1.15

Rey-Anaconda, C. (2013). Prevalencia y tipos de maltrato en el noviazgo en adolescentes y adultos jóvenes. *Terapia psicológica* 31, (2), 143-154. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-48082013000200001&script=sci_arttext

Rey-Anaconda, C., Bolívar-Suárez, Y., Martínez-Gómez, J. (2016). Funcionalidad familiar, número de relaciones y maltrato en el noviazgo en estudiantes de secundaria. *Psicología desde el Caribe* 34(1), 1-21. Recuperado de <http://rcientificas.uninorte.edu.co/index.php/psicologia/article/viewFile/8848/9777>

Rey-Anaconda, C. A., Bolívar, Y. & Martinez, J. A. (2017). Funcionamiento familiar, número de relaciones y maltrato en el noviazgo en estudiantes de secundaria. *Psicología desde el caribe* 34, 1-21. Recuperado de <http://rcientificas.uninorte.edu.co/index.php/psicologia/article/viewFile/8848/9777>

Rivera-Rivera, L., Allen, B., Rodríguez-Ortega, G., Chávez-Ayala, R., & Lazcano-Ponce, E. (2006). Violencia durante el noviazgo, depresión y conductas de riesgo en estudiantes femeninas (12-24 años). *Salud Pública de México*. 48, 288-296. Recuperado de http://scielo.unam.mx/scielo.php?pid=S0036-36342006000800009&script=sci_arttext.

- Rodríguez, J. A. (2013). Violencia en el noviazgo de estudiantes universitarios venezolanos. *Archivos de Criminología, Criminalística y Seguridad Privada* 7, 1-20. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4714103>.
- Rojas-Solís, J. L. (2013). Violencia en el noviazgo y sociedad mexicana posmoderna: algunos apuntes sobre la figura del agresor y las agresiones bidireccionales. *Uaricha*, 10, (22), 1-19. Recuperado de http://www.revistauaricha.umich.mx/ojs_uaricha/index.php/urp/article/view/95/93
- Rojas-Solís, J. L. & Carpintero, E. (2011) Sexismo y agresiones físicas, sexuales y verbales-emocionales en relación al noviazgo de estudiantes universitarios. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology*. 9, (2), 541-564. Recuperado de <https://www.aacademica.org/dr.jose.luis.rojas.solis/5.pdf>
- Rojas-Solís, J. L., Vázquez-Aramburu, G. & Llamazares-Rojo, J.A. (2016). Violencia filio-parental: Una revisión de un fenómeno emergente en la investigación psicológica [Child-to-Parent Violence: A review of an emerging phenomenon in psychological research]. *Ayaju*. 14(1). 140-161. Recuperado de <https://www.aacademica.org/dr.jose.luis.rojas.solis/23.pdf>
- Rubio-Garay, F., Carrasco, M., Amor, P., & López-González, M. (2015). Factores asociados a la violencia en el noviazgo entre adolescentes: una revisión crítica. *Anuario de Psicología Jurídica* 25, 47-56. Recuperado de www.redalyc.org/pdf/3150/315040291007.pdf
- Rubia-Garay, F., López-González, M. A., Saúl, L. y Elvira-Pariagua, A. (2012). Direccionalidad y expresión de la violencia en las

relaciones de noviazgo de los jóvenes. *Acción psicológica* 9, (1), 61-70. Recuperado de <http://revistas.uned.es/index.php/accionpsicologica/article/view/437>

Salazar, T., Torres, E. y Rincón, V. (2005). Violencia de pareja. *Capítulo Criminológico* 33(1), 1-20. Recuperado de <http://www.produccioncientifica.luz.edu.ve/index.php/capitulo/article/viewFile/5144/5134>.

Salazar, C. y Saravo, M. (2011). *Relacion entre en el sexo, clima familiar, autoestima y agresividad escolar en estudiantes de cuarto a sexto grado de primaria* (Trabajo de Grado de Licenciatura no publicado). Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.

Sánchez, M. (2016, Octubre 15). Material a revisar [Mensaje de lista de correo electrónico]. Recuperado de <https://outlook.live.com/owa/?path=/mail/inbox/rp>

Sánchez, M (2016, Octubre 15). Tesis familia disfuncional adolescentes [Mensaje de lista de correo electrónico]. Recuperado de <https://outlook.live.com/owa/?path=/mail/inbox/rp>

Santalla, Z. (2011). Guía para la elaboración formal de reportes de investigación (2da ed.). Caracas, Venezuela: Publicaciones Universidad Católica Andrés Bello.

Sarasua, B., Zubizarreta, I., Echeburúa, E & Corral, P. (2007). Perfil psicopatológico diferencial de las víctimas de violencia de pareja en función de la edad. *Psicothema*, 19(3), 459-466. Recuperado de www.redalyc.org/pdf/727/72719316.pdf

- Stephenson, P. S., Martsolf, D. & Draucker, C. B. (2013). Peer involvement in adolescent dating violence. *The Journal of School Nursing*, 29(3), 204-211. DOI: 10.1177/1059840512469232
- Straus, M. (2004). Prevalence of violence against dating partners by male and female university students worldwide. *Violence Against Women*. 10(7) 790-811. DOI: 10.1177/1077801204265552
- Tellechea, L. (2014). *Abordaje del adolescente que se encuentra en una familia disfuncional*. (Trabajo de Post grado no publicado). Universidad de Carabobo, Carabobo, Venezuela.
- Valdivia-Peralta, M., González-Bravo, L. (2014) Violencia en el noviazgo y pololeo: una actualización proyectada hacia la adolescencia. *Revista de Psicología* 32(2), 329-355. Recuperado de http://www.scielo.org.pe/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0254-92472014000200006&lng=es&nrm=iso
- Valladares González, A.M. (2008). La familia. Una mirada desde la Psicología. *MediSu*. 6(1), 4-13. Recuperado de <http://www.medisur.sld.cu/index.php/medisur/article/view/402/3800>
- Villegas, I. (2012). *Violencia escolar y su incidencia en el comportamiento de los estudiantes del tercer año del liceo bolivariano "Manuel alcázar"*. (Trabajo de Post grado no publicado). Universidad de Carabobo, Carabobo. Venezuela.
- Vézina, J. y Hébert, M. (2007). Risk factors for victimization in romantic relationships of young woman: A review of empirical studies and implications for prevention. *Trauma, Violence and Abuse* 8, (1), 33-66. DOI: 10.1177/1524838006297029

ANEXO A

Variables Sociodemográficas y Relacionales.

Encuesta

Edad:
Género: F (<input type="checkbox"/>) M (<input type="checkbox"/>)
Institución educativa:
Institución pública: (<input type="checkbox"/>) Institución privada: (<input type="checkbox"/>)
Tienes o has tenido una relación de noviazgo:
¿Cuál ha sido el tiempo de duración más largo en los noviazgos que has mantenido?:
Señale el tipo de relación que mantienen sus padres actualmente:
Casados (<input type="checkbox"/>) Unidos (<input type="checkbox"/>) Divorciados (<input type="checkbox"/>) Viudos (<input type="checkbox"/>)
Indique cuantas personas viven en su casa:
Padre (<input type="checkbox"/>) Madre (<input type="checkbox"/>) Hermanos, cuantos (<input type="checkbox"/>) Otros:

INSTRUCCIONES GENERALES

A continuación se te presentan una serie de cuestionarios que deben ser contestados por ti, con la mayor sinceridad posible. Léelos cuidadosamente y luego escribe tu respuesta en el espacio destinado para ello. Todo lo contestado será absolutamente confidencial. Por favor levanta la mano para consultar cualquier duda que tengas con respecto a lo que tienes que contestar.

¡Gracias por tu colaboración!

ANEXO B

Escala de Nivel Socioeconómico de Graffar

Indique con una "X" la profesión que corresponde al jefe de la familia, según las categorías indicadas a continuación:

1. Profesión universitaria o su equivalente, se incluyen en este grupo empresarios o comerciantes de alto nivel	
2. Profesiones técnicas especializadas. Ejercicio profesional en alguna de las menciones del ciclo diversificado. Se incluyen profesionales gerenciales medios.	
3. Empleados sin profesión universitaria o técnica definida. Se incluyen los pequeños comerciantes.	
4. Obreros especializados	
5. Obreros no especializados.	

Marque con una "X" el nivel de instrucción de la madre, según las categorías indicadas a continuación:

1. Instrucción universitaria o su equivalente.	
2. Instrucción secundaria completa (bachillerato y escuela técnica)	
3. Instrucción secundaria incompleta	
4. Instrucción primaria completa/incompleta	
5. Analfabeta	

Indique con una "X" cuál es la fuente de ingreso de la familia.

1. Resultado de la inversión de empresas, entidades financieras, negocios o fortuna heredad o adquirida.	
2. Los ingresos consisten en honorarios profesionales, ganancias o beneficios.	
3. Los ingresos es un sueldo, es decir, una remuneración calculada sobre una base mensual o anual, generalmente pagada mensual o quincenalmente.	
4. El ingreso consiste en un salario fijo, es decir, una remuneración calculada por semana o por día.	
5. El ingreso proviene de la ejecución de trabajos ocasionales, la relación de tareas a destajo o donaciones de origen público o privado.	

Indique con una "X" cuáles son las condiciones de vivienda de su familia.

1. Una casa o un apartamento muy lujoso, que ofrece las máximas comodidades.	
2. Un alojamiento de categoría intermedia, que sin querer ser tan lujoso como el de la categoría anterior es espacioso, muy cómodo y en óptimas condiciones sanitarias.	
3. Un alojamiento con buenas condiciones sanitarias, en espacio reducido, es decir, una casa o parte de una casa o apartamento modesto. Se incluyen los apartamentos del banco INAVI.	
4. Vivienda con ambiente espacioso o reducido con deficiencias en algunas condiciones sanitarias.	
5. Rancho o vivienda con condiciones sanitarias muy deficientes.	

ANEXO C

Escala APGAR

Indique con una "X" la situación que refleja mejor sus experiencias con su familia, donde

Nunca= 0

Casi nunca= 1

Algunas veces = 2

Casi siempre= 3

Siempre= 4

	0	1	2	3	4
1. ¿Me satisface la ayuda que recibo de mi familia cuando tengo algún problema y/o necesidad?					
2. ¿Me satisface la forma como mi familia habla de las cosas y comparte los problemas conmigo?					
3. ¿Me satisface cómo mi familia acepta y apoya mis deseos de emprender nuevas actividades?					
4. ¿Me satisface cómo mi familia expresa afecto y responde a mis emociones como rabia, tristeza, amor?					
5. ¿Me satisface cómo compartimos en familia? a) el tiempo de estar juntos b) los espacios en la casa c) el dinero					

ANEXO D

**Inventario de Conflictos en el Noviazgo Adolescente (The
Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory, CADRI)**

A continuación aparece un conjunto de frases, unas se refieren a ti y otras a tu pareja, en la cual vas a pensar al responder; que representan situaciones que han podido suceder en el transcurso de discusiones, conflictos o peleas con él o ella durante, aproximadamente, estos últimos seis meses. Debes indicar con sinceridad cuáles de estos episodios se han producido, cuáles no y con qué frecuencia, durante peleas, discusiones o pequeñas diferencias con esta pareja en estos últimos meses. Según el siguiente donde:

- Nunca = 0 (esto no ha pasado en nuestra relación).
- Rara vez = 1 (únicamente ha sucedido en 1 o 2 ocasiones).
- A veces = 2 (ha ocurrido entre 3 o 5 veces).
- Con frecuencia = 3 (se ha dado en 6 o más ocasiones)

	0	1	2	3
1. Le di razones sobre mi punto de vista en la discusión.				
Mi pareja me dio razones sobre su punto de vista en la discusión.				
2. Acaricé sus pechos, genitales y/o nalgas cuando él/ella no quería.				
Acarició mis pechos, genitales y/o nalgas cuando yo no quería.				
3. Traté de poner a sus amigos en su contra.				
Trató de poner a mis amigos en mi contra.				
4. Hice algo para poner a mi chico/a celoso/a.				
Hizo algo para ponerme celoso/a.				
5. Destrocé o amenacé con destrozar algo que él/ella valoraba.				
Destrozó o amenazó con destrozar algo que yo valoraba.				
6. Le dije que, en parte, la culpa era mía.				
Me dijo que, en parte, la culpa era suya.				
7. Saqué a relucir algo malo que él/ella había hecho en el pasado.				
Mi pareja sacó a relucir algo malo que yo había				

hecho en el pasado.				
8. Le lancé algún objeto.				
Me lanzó algún objeto				
9. Le dije algo sólo para hacerle enfadar.				
Me dijo algo sólo para hacerle enfadar.				
10. Le di las razones por las que pensaba que él/ella estaba equivocado/a.				
Me dio las razones por las que pensaba que yo estaba equivocado/a.				
11. Estuve de acuerdo en que él/ella tenía parte de razón.				
Estuvo de acuerdo en que yo tenía parte de razón.				
12. Le hablé en un tono de voz hostil u ofensivo.				
Me habló en un tono de voz hostil u ofensivo.				
13. Le forcé a practicar alguna actividad sexual cuando él/ella no quería.				
Me forzó a practicar alguna actividad sexual cuando yo no quería.				
14. Di una solución que pensé que nos beneficiaba a ambos.				
Dio una solución que pensaba que nos beneficiaba a ambos.				
15. Le amenacé para que no se negase a mantener algún tipo de relación sexual conmigo.				
Me amenazó para que no me negase a mantener algún tipo de relación sexual con él/ella.				
16. Paré de hablar hasta que nos tranquilizamos.				
Paró de hablar hasta que nos tranquilizamos.				
17. Le insulté con frases despectivas.				
Me insultó con frases despectivas.				
18. Discutí el asunto calmadamente.				
Discutió el asunto calmadamente.				
19. Le besé cuando él/ella no quería.				
Me besó cuando yo no quería.				
20. Dije cosas a sus amigos sobre él/ella para ponerlos en su contra.				
Dijo cosas a mis amigos sobre mí para ponerlos en mi contra.				
21. Le ridiculicé o me burlé de él/ella delante de otros.				
Me ridiculizó o se burló de mí delante de otros.				
22. Le dije cómo estaba de ofendido/a.				

Mi pareja me dijo cómo estaba de ofendido/a.				
23. Le seguí para saber con quién y dónde estaba.				
Me siguió para saber con quién y dónde estaba yo.				
24. Le culpé por el problema.				
Me culpó por el problema.				
25. Le di una patada, le golpeé o le di un puñetazo.				
Me dio una patada, me golpeó o me dio un puñetazo.				
26. Dejé de discutir hasta que me calmé.				
Dejó de discutir hasta que se calmó.				
27. Cedí únicamente para evitar el conflicto.				
Cedió únicamente para evitar el conflicto.				
28. Le acusé de flirtear o coquetear con otro/a.				
Me acusó de flirtear o coquetear con otro/a.				
29. Traté deliberadamente de asustarle.				
Trató deliberadamente de asustarme.				
30. Le abofeteé o le tiré del pelo.				
Me abofeteó o me tiró del pelo.				
31. Amenacé con herirle.				
Amenazó con herirme.				
32. Le amenacé con dejar la relación.				
Me amenazó con dejar la relación.				
33. Le amenacé con golpearle o con lanzarle algo.				
Me amenazó con golpearme o con lanzarme algo.				
34. Le empujé o le zarandeé.				
Me empujó o me zarandeó.				
35. Extendí rumores falsos sobre él/ella.				
Extendió rumores falsos sobre mí.				

ANEXO E

**Modelo de Consentimiento Informado utilizado en la
Investigación**

Caracas, XXX de 2017

Sr. Representante del Alumno (a): _____

La presente notificación tiene como objetivo solicitar su consentimiento para que su representado(a) participe en una investigación cuya meta fundamental reside en estudiar la correlación existente entre el género, nivel socioeconómico y, funcionamiento familiar en la prevalencia de la violencia en el noviazgo de adolescentes con edades comprendidas de 14 a 17 años. Dicho estudio es realizado por dos estudiantes del último año de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) y está diseñado siguiendo criterios éticos entre los cuales se mencionan (a) resguardo de los datos suministrados por el estudiante (b) autorización del representante para participar en el estudio y (c) la participación voluntaria de los estudiantes, respetando por tanto su derecho de abandonar la investigación cuando así lo prefieran. De esta manera, les garantizamos que el estudio no afectará de ninguna manera la integridad de los estudiantes.

El proyecto a realizar fue aprobado por la Comisión de Tesis de la Escuela de Psicología de la referida universidad. En caso de dudas sobre el estudio o la actividad de los investigadores, puede contactarse con las tesis, a través de los siguientes números de contacto (0424) 1044632 y (0424) 2867350, o directamente con la profesora Mary Sánchez, tutora de la presente investigación a través de la dirección de correo electrónico marysanchezr@gmail.com

Agradecemos de antemano su valiosa colaboración,

Atentamente:

Karen Ariza y Johanna Carballo

Yo, _____ otorgo el consentimiento para que mi representado(a) _____, estudiante del colegio _____, del año _____, sección _____ participe en la investigación mencionada.

Firma del Representante _____

ANEXO F

Carta de Autorización entregada en los colegios encuestados

Caracas xxx de 2017

Señores: Colegio XXXX

Nosotros, alumnas de quinto año de Psicología de la de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), con la finalidad de realizar el Trabajo Especial de Grado, aprobado por la Escuela de Psicología de la referida universidad, el cual tiene como objetivo evaluar la relación existente entre el género, el nivel socioeconómico, el funcionamiento familiar y la violencia en el noviazgo de adolescentes con edades de 14 a 17 años, cuyo tutora es la profesora Mary Sánchez, nos dirigimos a ustedes para solicitar la autorización para la aplicación de las escalas e instrumentos a través de las cuales se medirán dichas variables.

Dichos instrumentos serian administrados a los estudiantes en el siguiente orden: **Cuestionario no estructurado** para medir Variables Sociodemográficas y Relacionales, la **Escala de Nivel Socioeconómico de Graffar**, la **Escala APGAR**, para medir nivel de funcionamiento familiar y **el Inventario de Conflictos en el Noviazgo Adolescente (The Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory, CADRI)** para medir la violencia en el noviazgo adolescente.

El proceso de administración de los instrumentos tiene una duración aproximada de 45 a 60 minutos en cada grupo a evaluar (**3ro, 4to y 5to año del ciclo diversificado**). La muestra requerida en su institución para el estudio está conformada por adolescentes de ambos sexos, con edades comprendidas entre **14 y 17 años**, y serán seleccionados al azar.

Agradeciendo de antemano la atención brindada y, esperando su colaboración, queda de ustedes:

Atte.

Karen Ariza.

Johanna Carballo